

El Malcontento, estas palabras

Primera edición, Diciembre 2010



*Esta obra está bajo una licencia
Attribution-NoDerivs 3.0 Unported
de Creative Commons. Para ver una
copia de esta licencia, visite
<http://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/>*

Otramérica Editorial cree abiertamente en la difusión de la producción intelectual de la Humanidad. Te pedimos que reproduzcas, copies y/o distribuyas el contenido de este libro sin alterar los textos y atribuyendo los mismos al autor y a la editorial.

¡Defender la creación es compartirla!

Si te quieres comunicar con nosotros, escribe a info@otramerica.com

Diseño de portada: Carlos Reyes Le Paliscot

ISBN 978-9962-00-971-9

Impreso en Legis Colombia

El Malcontento, estas palabras

Paco Gómez Nadal

A los pueblos que
resisten, a las gentes
que aún alzan su voz

estas palabras

Las palabras evolucionan, maduran, encuentran su sitio en el tiempo, fermentan como chicha fuerte para alimentar rituales, incendian, tranquilizan, animan, golpean. Las palabras no tienen tiempo, son el triunfo de Zeus contra Cronos, son la no historia que construye la Historia.

Los que firmamos palabras en las páginas de opinión de un diario somos, en caso de imprudente honestidad, una suerte de exhibicionistas masivos, depravados sociales dispuestos a quitarnos la ropa del alma delante de miles de lectores. Nos metemos en sus casas u oficinas, somos lectura previa al amor, o simple protector de aguacates; estimulamos el espíritu rebelde en el comedor o remediamos, gracias al papel, pequeños derrames caseros; provocamos una sonrisa cómplice en aquellos con los que construimos vínculo de ideas y generamos auténtico asco a aquellos otros con los que no lograremos congeniar jamás.

El Malcontento ha sido un reto de largo aliento pero con velocidad de final olímpica. Cada semana, mirar y opinar. Cada siete días, tratar de provocar alguna reacción en lectores y en generadores de opinión pública. Cuando **La Prensa** de Panamá me ofreció el espacio tenía claro que era un privilegio (no una oportunidad) y que, como tal, debía utilizarlo lo mejor posible. Por eso el nombre de la columna: una declaración de principios para no engañar a nadie y para darme a mi mismo una trinchera lo suficientemente confortable como para desnudarme sin sentir la fría soledad del prostíbulo ni el excesivo calor del salón de te.

El Malcontento ya ha superado las 200 semanas ininterrumpidas de publicación. Unas más acertadas, otras menos. Y sigue vivo y coleando. A pesar del intento del Gobierno de Ricardo Martinelli de borrar del mapa su pluma, a pesar de los enfados de unos y de los cariños de los otros.

Opinar es, a fin de cuentas, un ejercicio de libertad y leer, imagino yo, un acto de interés y de respeto. No tenemos por qué estar de acuerdo en todo, pero seremos más ciudadanos en la medida en que opiniones contrapuestas puedan convivir en el papel y en la sociedad en que somos gente.

Este libro recopila y selecciona algunas de esas columnas, 84 para ser preciso, ordenadas cronológicamente porque el ejercicio periodístico de opinión no tiene otra medida que la fecha

de publicación. ¿Por qué publicarlas reunidas en este momento? Porque los sucesos y la represión acontecida en Changuinola (Bocas del Toro) entre el 8 y el 11 de julio de 2010 y el hostigamiento a varios periodistas en el país me parecen un punto de inflexión que nos permite reflexionar pero que, ante todo, nos obliga a actuar. Esta es mi forma de hacerlo.

Publico este volumen con la voluntad -quizá presuntuosa- de evitar el olvido o de provocar el recuerdo. También como una reivindicación de la ciudadanía activa y de la obligación que ésta comporta de hablar y hacerlo en público. No se construye comunidad en el salón de casa ni en las goteras del poder, sino voz en ristre en espacios públicos de discusión o debate. En alguna columna escribí: “Defiendo la posibilidad de ser apasionados en las ideas, de navegar incluso en los extremos, siempre que seamos capaces de la autocrítica, de redefinir nuestros postulados, de alimentarlos con lo que el otro carga en la mochila de su saber particular”. Hoy, pienso igual.

Paco Gómez Nadal, Panamá, diciembre de 2010

2007

encuentro de política (i) realidad¹

La política comparte, en ocasiones, unos lazos complejos con las patologías psiquiátricas de nuestra época. Los desórdenes de ansiedad, tan de moda en los certificados de ausencia laboral, se han filtrado en los despachos oficiales con, al menos, dos manifestaciones externas: la despersonalización y la desrealización.

En el primer caso, los políticos sufren de “experiencias persistentes o recurrentes de distanciamiento o de ser un observador externo de los propios procesos mentales o del cuerpo”. Aquí no puedo negar mi solidaridad con los líderes que dirigen nuestros destinos. Pobrecitas y pobrecitos –para que vean que hay equidad en esto–. Ausentes de sí mismos, olvidan todo lo que fueron, se alejan de su forma de pensar –quizá otrora noble–, renuncian a los valores inculcados desde su tierna infancia –también la tuvieron, salpicada de inseguridades, vómitos y granos–, y se miran desde fuera.

Lo que ven no es agradable: agarrando por la pierna a Maquiavelo, justifican lo injustificable, se arman de palabras sin sentido y defienden proyectos a los que, si no sufrieran de despersonalización, se habrían opuesto ferozmente.

Ejemplos hay muchos. Véase a Balbina la soberanista saludar a George W. Bush con afecto diplomático; nótese a Blades vendiendo alegremente a cachitos su “patria” en videos diseñados para jubilados gringos; obsérvese al comandante carretero sentado en la mesa del Gabinete con algunos de los que en otro tiempo serían enemigos furibundos; señálense los almuerzos diversos en los que Mireya, Endara o el Toro van mudando discurso al mismo tiempo que se distancian de sí mismos... Pero las desgracias psiquiátricas no llegan solas y la despersonalización suele ir acompañada –explican los expertos– de la desrealización. Y este fenómeno sí que afecta a los ciudadanos comunes. Técnicamente, con la desrealización, al afectado “el mundo le parece falso, brumoso, lejano, como si se estuviera fuera o como si se viera en una película”.

¹ Primer artículo de la columna **El Malcontento** publicado el 3 de abril de 2007

A nuestros políticos la patología se les complica porque ellos viven realmente fuera de este mundo. Ocupan burbujas refrigeradas a las que sus políticas no rozan.

Si cambian el modelo educativo público, sus hijos nunca lo sabrán porque van a colegios privados; si reforman el Seguro Social, a ellos no les quitará el sueño porque tienen seguro privado; si buscan barriadas para instalar a damnificados de incendios u otros desastres, las familias de los políticos no se afanarán porque en Costa del Este o en el cerro Ancón no vivirán los de Curundú; si hablan de desarrollo y de justicia, a ellos les rebota el discurso porque Ubaldino estará supervisando los detalles de su mansión de casi el millón de dólares y el Toro estará con sus amigos de la Corte disfrutando algún combate de boxeo.

La desrealización los lleva a creerse su propia película y si un psiquiatra estudiara el caso nos aseguraría que el presidente Martín Torrijos está convencido de que está salvando al país; que su esposa pasa de almorzar con Laura Bush a una escuela rancho sin reflexionar sobre el porqué, sino en el cómo; que Varela se mira al espejo y ve las hordas de su propio partido armadas de incompreensión hacia él; que Martinelli jura ser un prócer en potencia con zapatos del pueblo embetunados mientras toma un trago en el Bristol.

¿Con qué criterio deciden entonces?, ¿en qué se basan para sus geniales programas de gobierno?, ¿quién es el Rasputín que les indica dónde invertir los recursos del Estado?

Si yo tuviera la respuesta ya sería merecedor de un Nobel y no estaría escribiendo columnas incendiarias con la esperanza de que alguno de ellos, al mirarse en el espejo, vea la luz.

Lo mejor que puedo hacer –hasta que me inviten a Estocolmo– es compadecerme por ellos y rogar por nosotros, víctimas de desórdenes psicológicos ajenos. También quiero proponer la realización del Congreso Nacional de Política (i) Realidad y programar excursiones en buses fletados por el Ipat (Instituto Panameño de Turismo) en el que descubramos a nuestros líderes la ruta por los caminos de la vida real.

Es cierto. Ellos hacen esfuerzos y cuando hay *megadesgracias* pasean en tropa, rodeados de seguridad en camisilla, entre los pobres, pisan los escombros de la tristeza de los ciudadanos. Pero hay tantas cámaras, tienen la obligación histórica de mostrarse tan seguros y de demostrar que ellos no tienen la culpa, pero sí la

solución, que no invierten un minuto en mirar con ojos sinceros cómo es el país que gobiernan.

Desde la oficina, días después, todo es diferente: entienden que un pobre deba darles las gracias si tiene techo y porotos; consideran que al país le conviene la especulación y que la ausencia de espacios públicos es un mal menor; visualizan filas de turistas pagando por ver delfines en cautiverio y le piden a los animalitos que sean comprensivos... eso se llama *real politik*. Al final, tantas cosas hacen nuestros líderes por el bien de la patria que el hecho de que sufran de este alto grado de (i)realidad es un mal menor. ¿O no?

del hambre a la invisibilidad

Panamá vive hoy el impacto de la noticia. Los niños indígenas se mueren de hambre y los que vivimos en las ciudades al leerlo en el periódico nos rasgamos las vestiduras, pedimos reacción del Gobierno, imploramos por soluciones al drama de la pobreza.

Unicef asegura que falta una política efectiva de seguridad alimentaria. Es probable. Pero reducir estas muertes a un problema de alimentación es como echarle a la culpa de las intoxicaciones con dietilene glycol² a las víctimas porque se enfermaron antes y necesitaron de un remedio. Estas muertes visibilizan lo invisible. Vivimos de espaldas a la mayoría de los fenómenos y dramas de nuestra sociedad. La ética neoliberal del individualismo ciñe el fin del universo a la puerta de la casa o a la cerca de la finca. Lo que ocurre fuera de ese entorno sacrosanto solo nos importa cuando nos toca directamente.

Los niños indígenas muertos nos afectan porque nos ponen un espejo que muestra cuán despiadado es nuestro sistema y cuán ineficientes las soluciones planteadas por nuestros gobiernos e, incluso, por los organismos internacionales. Para que estas muertes se hayan producido –cotidianas, solo asustan a quien no conoce el país– han tenido que conjugarse varios fenómenos. El primero es el de la invisibilidad. Quien no existe, no puede reclamar derechos, apenas sobrevive en un limbo en el que se le permite respirar sin proporcionarle nada más que un trozo de tierra y un cielo para mirar.

Muchos de los indígenas panameños –como los de toda América– no existen. Como tampoco existen muchos campesinos, comunidades enteras de afroantillanos, barrios completos de la capital o excluidos con harapos que transitan como fantasmas mendigando pan y miradas. El sistema necesita de estos seres invisibles para justificar proyectos multimillonarios inútiles –¿alguien ha evaluado el desastroso proyecto de Darién?– y cumbres donde repartir las migajas de la prosperidad.

² En agosto de 2006 se descubrió un envenenamiento masivo con un medicamento producido en los laboratorios de la Caja del Seguro Social (la cifra de muertes se sitúa en torno a las 200 y la de envenenados en torno a los 1.600).

Los ricos, los nuevos ricos y los medio ricos que está generando el *boom* económico del país necesitan de invisibles para poder cumplir con sus compromisos de la llamada responsabilidad social corporativa y poner el sello del Pacto Global en sus memorias. La clase media necesita de los invisibles para confirmar que su comodidad a medias y sus penurias diarias para mantener su ¿calidad? de vida están justificadas –“si no me matara trabajando mis hijos podrían morir de hambre”.

Hablo de invisibilidad y no de exclusión, porque este segundo término daría por hecho que alguna vez estuvieron dentro o que alguna vez podrán estarlo. No creo. Son incorporados a la sociedad y a los beneficios de ésta pequeños contingentes de invisibles para demostrar que nuestra bondad existe y que damos oportunidades. Pero la verdad, la única verdad, es que los niños muertos de hambre, aun si estuvieran vivos, no habrían tenido la más mínima posibilidad de prosperar. Nacieron condenados a reproducir la pobreza de sus padres. Y por su culpa (nótese el gesto cínico de mi rostro al escribir).

El segundo fenómeno interesante es el de la culpabilización del excluido y del invisible. Es decir, la víctima se convierte en el victimario por obra y gracia de las teorías del capitalismo más feroz. Mis compañeros de páginas de opinión de la Fundación Libertad o los que siempre pontifican sobre enseñar a pescar en lugar de regalar pescado suelen defender que la gente no prospera por dos razones: o porque no quiere –en el caso de los indígenas porque están anclados a cierto primitivismo– o porque el Estado no les deja. Según los teólogos del capital, si el mercado fuera más libre, si hubiera menos normas y menos regulación estatal, los pobres serían menos pobres.

En realidad, ya está demostrado que no es así. Las reducciones fiscales, la desregulación laboral, la liberalización de mercados y la apertura de fronteras solo ha enriquecido a los que ya tienen capacidad de hacerlo, ha metido más presión sobre una clase media estrangulada –de la que salen expulsadas miles de familias hacia abajo y algunas decenas hacia arriba–, y ha engrosado la fila de los pobres. De este modo, al insistir en que el que se esfuerza, trabaja duro y suda puede prosperar, convertimos a la víctima en victimario: “es pobre porque quiere”. No voy a seguir describiendo los fenómenos que matan a un niño de hambre, pero sí estaré muy atento a la reacción oficial.

Lo normal es que el Gobierno –“extremadamente preocupado”– envíe una misión interministerial a la zona para estudiar los

sucesos y, si seguimos el patrón M, se creará una comisión de estado sobre seguridad alimentaria que deberá dar resultados concretos en tres meses.

Ya puedo escuchar al presidente a través de **Radio Nacional**: “Al finalizar mi Gobierno, habré dejado un sistema de seguridad alimentaria que garantice a cada ciudadano la calidad de vida que se merece y bla bla bla...”. Nuevos planes para tapar los fracasos anteriores (como el triste bono alimenticio) y nuevos argumentos para los amantes del estado raquítico.

el miedo a los gurús

Siempre he tenido un miedo furibundo a la gente excesivamente segura. En cambio, las personas que son capaces de mudar sus opiniones me generan una empatía inmediata.

Creo que se trata de algún tipo de complejo que no tengo el más mínimo interés en identificar, pero que, fundamentalmente, tiene que ver con el miedo a los totalitarismos. De cualquier género, ideología, geografía o religión... ¡Cuidado! No estoy defendiendo esa teoría laxa que insiste en que en el centro está la virtud, que el color gris es el más bello de este mundo y que los radicales son todos unos asesinos potenciales. No. Defiendo la posibilidad de ser apasionados en las ideas, de navegar incluso en los extremos, siempre que seamos capaces de la autocrítica, de redefinir nuestros postulados, de alimentarlos con lo que el otro carga en la mochila de su saber particular.

Quizá por esto que explico, me cuesta tanto discutir con gente convencida de que su razón es única, que apellidan al otro sin conocerlo y que sospechan que todo lo que no está de su lado está en su contra. Eso le pasa al presidente Álvaro Uribe en Colombia, para quien todo el que se le opone es un antipatriota. Eso le ocurrió a los favorables a la ampliación del Canal, quienes acusaban a los opositores de ir en contra del futuro del país. Así, en genérico, sin el más mínimo rubor, sin aristas.

Es decir: sí señores y señoras, yo dudo, me arrepiento, vuelvo a buscar, escucho y, al final saco mis temblorosas conclusiones y las defiendo sin temblar. Lo que no tengo son soluciones –en alusión a un justo reclamo de un lector–. Miento, sí tengo una, pero antes de exponerla quiero matizar algunos puntos.

Para mí, la sordera es una de las peores patologías que afecta a aquellos que creen tener soluciones. De manera unilateral, desde oficinas, o desde salones de clase, se imponen fórmulas mágicas que evitarán que los niños sufran, que a las mujeres se las discrimine, que se extinga el planeta o... en fin, la lista es larga.

Dice el economista de origen egipcio Samir Amin que “dentro de la clase dominante, la economía pura adula la inclinación natural de aquellos ingenieros y tecnócratas que creen, a menudo con sinceridad, que su poder es ilimitado y que son sus decisiones las que generan la realidad social”. Es decir, hay una cierta dictadura

tecnócrata comandada por “un ejército de constructores de modelos” –como los llama Amin– que están seguros de que su receta es la buena. Y nunca lo es. Los modelos económicos se adaptan a cualquier coyuntura, todo es justificable, todo es razonable para los dictadores de la ciencia económica.

Se camufla de jeringonza técnica la propuesta ideológica y luego, en los foros de discusión, se jura y se perjura que lo que se dice es apolítico, que las cifras son evidentes y que solo los “ignorantes” o los “neosocialistas” son incapaces de reconocer su aplastante determinismo. Nada es apolítico.

La ciudadanía, ajena a estos “palabros”, suele depositar su confianza en los “especialistas” y estos seres tan especiales nos tienen en la olla desde hace décadas. Mi solución, ahora sí –retoque de tambores–, es sentarnos a hablar, a construir la solución entre todos, a entender que si hablamos de desarrollo integral o de crecimiento sostenible, debe sostenerse e integrarse desde todas las perspectivas posibles. Ya se acabó el tiempo de las políticas públicas dictadas con letra y música desde Washington o Bruselas y que los tecnócratas locales maquillan como propias. Es el fin de la ingenuidad de pensar que en el encuentro de vendedores y consumidores en el mágico espacio del mercado todo se soluciona.

Mi solución es que nos encontremos en el espacio de la democracia, cada uno desde su saber, desde su experiencia, y construyamos un modelo participativo, que respete a las personas, que construya identidad, que nos haga fuertes al saber que nadie nos dio la pócima secreta, sino que podemos lograr un medicamento genérico sin secretos.

Ya sé, di más razones a los que exigen todo el tiempo soluciones concretas, “no esa propuesta general, difícil de aplicar y tan ingenua”. Pero es que lo que hablo es de un nuevo tiempo donde la ciudadanía tenga valor, donde la práctica cotidiana tenga un lugar frente al saber de universidad, donde la libertad sea un valor traducido en todos los idiomas y donde lo público prime sobre lo privado. Es decir, nada más lejos de propuestas comunistas maximalistas, nada más lejos de propuestas neoliberales maximalistas –las odio desde que las vivo– y nada más lejos de lo que ocurre en nuestro patio político, donde la participación es un comodín en función de las crisis coyunturales. Si alguien en el establecimiento creyera en ella de verdad, la Concertación Nacional para el Desarrollo sería un buen primer paso.

‘Houston, tenemos un problema’

Stephen Hawking no es sospechoso de pesimismo. Alguien que durante cuatro décadas vive en silla de ruedas, con mínima capacidad de movimiento y alojando un cerebro tan brillante como el de este astrofísico británico debe ser un optimista sin límite.

Quizá por eso, su visión lúgubre sobre el futuro de la especie me ha generado tanta desazón. Yo pensaba que en la clasificación internacional de cenizos pesimistas mi nombre figuraba en el *top ten*. Eso me generaba una especie de orgullo original y compensaba mi tristeza existencial. Normalmente, me siento como Lilú, la protagonista de **El Quinto Elemento**, cuando en su intento de entender el planeta Tierra llega a la letra *w* de *war* y las lágrimas le corren por esas bellas mejillas sepultando su energía destinada en origen a evitar la destrucción del ser humano. “¿Para qué salvarlos si luego se van a matar entre ellos?”, se pregunta Lilú. En su caso, encuentra la esperanza en sexo encapsulado con Bruce Willis, lo que habla del conformismo de algunas mujeres y de las pocas opciones vitales que tenemos en general.

Si yo hiciera la pregunta no tendría el mismo efecto -imposible compararse con la espectacular Milla Jovovich y desde luego cero excitación *williniana*-, pero el hecho es que sí acumulo la angustia, el “resentimiento trágico de la vida”.

Hawking, en la misma línea, convencido de que estamos condenando al planeta de forma irreversible, ha querido llamar la atención sobre la necesidad de buscar hogar en el espacio interestelar y para ello hizo esta semana un vuelo en ingravidez. Su cara de felicidad sólo era comparable al del que descubre que el piano que lleva a los hombros es de cartón.

El llamado del científico coincide, además, con el descubrimiento hecho por un grupo de investigadores europeos que ha localizado una planeta con temperaturas similares a las de las arrasadas playas de Punta Chame y donde, si los estudios preliminares no fallan, hay lugar para los deportes acuáticos -¡Viva! Podemos instalar allá un delfinario interestelar-. Es decir: podemos mudar la casa.

Leyendo sobre todo ello, mi desazón no cejó en su crecimiento. ¿Cómo que tenemos que mudarnos a otro planeta?, ¿cómo huir

tirando la puerta sin antes tratar de salvar lo que tenemos?, ¿cuál es el problema: el planeta o nosotros?

La respuesta es clara: cambiar de planeta es reconocer el fracaso del ser humano y pecar de una miopía cuasi galáctica. Bueno, también es aplazar el problema, porque en otros tres o cuatro mil años, los humanos replantados habrán destruido la nueva residencia: océanos inmundos, tierras arrasadas y torres con vistas a la destrucción.

El problema, doctor Hawking, somos nosotros. Lo que propone este respetado científico es equivalente a comprar un nuevo apartamento cuando al actual se le descubren fallas de plomería y electricidad.

El calentamiento global es un recalentón bien humano y Al Qaeda no tiene ningún problema en mover su sede. Por tanto, con la mudanza nos llevamos los males.

La buena e ingenua noticia es que estamos a tiempo de revertir el fenómeno de la autodestrucción. Como en las películas de la agonía, el reloj ya está en la cuenta atrás y la solución no está en 300 hombres de pecho abultado y gesto mudado; tampoco en guerras pendejas para acabar con el Otro; menos aún en esa furia colonizadora de planetas tan similar a la historia de la Humanidad.

Los europeos, cuando habían esquilado lo propio, colonizaron a sangre y sable América y África hasta desecarlas de recursos y de almas joviales. Los norteamericanos (europeos renombrados) quemaron a cuanto indígena se encontraban en su conquista del oeste y del oro del oeste. Los suramericanos practicaron la tierra quemada para empujar fronteras ... En conclusión: los bichitos galácticos deben estar prestos a defenderse de nosotros si el llamado de Hawking tiene éxito. Por si acaso, el cine estadounidense se ha encargado de demonizar a los posibles extraterrestres para que el día que tengamos que machetearlos no alberguemos pesar alguno.

La solución, entonces, empieza con la lucha abierta contra el calentamiento global, con la firma y aplicación del tratado de Kyoto -ese que a Washington le sabe a cable pelado-; con el cambio de conducta personal en nuestras vidas cotidianas; con el regreso a las ciudades de escala humana y con humanos que no quieran escalar tanto; con la reconversión de la industria a la producción limpia; con el consumo moderado y la contención del plástico chino... en fin, con todo lo que no vamos a hacer porque, en el fondo, todos

somos cortoplacistas y nos gusta vivir bien ahora y que las generaciones futuras vean como se las apañan.

La ingravidez de Hawking es el síntoma de la gravedad del asunto. En Panamá hay una batalla en este terreno y aunque las fuerzas del mal -la Guerra de la Galaxias terrenal- se empeñen en ver *ecoterroristas* en cada esquina, en este caso matar al enemigo no resucitará la Tierra. Hoy en la NASA de Hawking se escucha de nuevo: "Houston, tenemos un problema". El mensaje, en esta ocasión, llega desde nuestro planeta.

ogros en cuento de hadas del Canal

El tema del Canal³ es sacrosanto en Panamá. Es lógico: costó sangre y tiempo recuperarlo y es visto como un mega activo para un país de nuestro tamaño. Pero el Canal tiene un efecto curioso en la élite del país y en cierta clase tecnocrática acomodada a lo que el viento del poder determine.

Ahora parece un brumoso recuerdo aquel mercado de las pulgas en el que se convirtió el referendo sobre la posible ampliación de la vía interoceánica. Nadie habla ya del tema en cafés ni foros, aunque durante unos meses se convirtió en el cara o cruz de los panameños. Así funcionan las democracias occidentales: un acelerón que nos hace sentir que somos parte de algo importante y un cheque en blanco al ganador.

Ya nadie habla del Canal. Vemos pasar las embarcaciones como pelícanos de la bahía y, como en ese caso, no prestamos mucha atención a las aves que buscan la rapiña al pie del mercado del marisco.

Un ejemplo. En los últimos días, el administrador del Canal – Alberto Alemán Zubieta, este ejecutivo intergaláctico- confirmaba que ya hay que pedir el crédito que tanto se temía. Ese que sólo se iba a buscar en caso extremo porque los benditos peajes eran la cuenta corriente infinita para la obra. Ahora, la brecha del tiempo se ha cerrado y a finales del año, la ACP (Asociados para Comprar Panamá) estará en el mercado financiero buscando hipoteca para sus sueños. Pero miento al decir que nadie se acuerda. Me sorprendió gratamente leer el sábado en este diario a un catedrático de economía de la Universidad de Panamá, Víctor Hugo Herrera Ballesteros, que se dio a la tarea de estudiar el posible efecto negativo de la ampliación del Canal en la generación de empleos de calidad y en la redistribución de la riqueza.

Es probable que cuando lea este artículo ya se haya publicado una respuesta técnica de la ACP desestimando los argumentos de Herrera y tratando al resto del mundo como tontos. Esa es una de las características de la política de la república paralela: cierto

³ El Canal de Panamá se abrió al tránsito en 1914 bajo control estadounidense y no fue hasta el año 2000 que pasó al control total de las autoridades de Panamá.

monopolio del conocimiento técnico que la hace mirar a la república real como si se tratara de un manicomio o un club de estúpidos.

Yo, que debo formar parte de esta asociación de no inteligentes -la de la república real- encontré muy razonables los argumentos de Herrera. Sé que la economía es una ciencia exacta sólo para justificar sus propios modelos. Sé también que si voy mañana a una conferencia de la Fundación Libertad todo me puede parecer razonable, así como me seduciría al otro día una charla del denostado Juan Jované. Los economistas son los magos del camuflaje. Pero permítanme decirles que lo único malo del artículo de este catedrático fue el título -y probablemente no lo eligió él-.

“Efecto distributivo de la ampliación”, se titulaba el ensayo arrumado en la página 26 del diario y, probablemente, lo más interesante de toda la semana. Y digo que estaba mal titulado porque el texto demostraba justo lo contrario: cómo la construcción del tercer juego de esclusas y el aumento del negocio canalero generará unos beneficios para un pequeño grupo empresarial y cómo no va a permear al resto de las panameñas y panameños.

El texto es una perla, pero las tablas que lo acompañaban eran aún más impactantes. Panamá se vende al mundo como un país de servicios, con alta tecnología, dispuesto a incorporarse al primer mundo en la vianda del Canal. Herrera nos recuerda la Encuesta de Hogares en dos aspectos cuasi dramáticos. El primero, sobre los sectores que más personal emplean. He ahí el primer descubrimiento: Panamá es un país de jornaleros del campo y de empleadas domésticas -sector que imagino crecerá sin límites gracias a la llegada de gringos a vivir en torres que no siempre se construyen-. Hay tres veces más empleadas domésticas que maestros de primaria. El mundo patas arriba.

Lo segundo que me pareció revelador es que, como alguna vez he denunciado, no es lo mismo tener empleo que tener dignidad. Nuestros agricultores juntan al mes 136 dólares en salario, nuestros pescadores apenas superan los 240 dólares, los albañiles 350, y los docentes logran el milagro de los 500 dolarcitos mensuales. Y la perla: el tan potenciado sector de la hotelería y los restaurantes, la solución a todos nuestros males, le paga a sus trabajadores una media de 239 dólares al mes.

¿Qué país tenemos y qué país queremos? El profesor Herrera nos muestra cómo seguimos generando empleos precarios -“con bajo perfil de capital humano”, escribe él, todo educado y

eufemístico-. El Canal no es una solución sino para los que trabajan en la ACP o para los que hacen negocios alrededor de él. El modelo sigue siendo el de los señores feudales, preocupados por sus beneficios y haciendo creer a los vasallos que, en realidad, todo lo hacen por el bien de la plebe.

Amanecerá y veremos. Ojalá el profesor Herrera -y yo, *of course*- esté equivocado. Eso sí sería una buena noticia.

el paraíso necesita libros

La falta de lecturas para quien está acostumbrado a ellas es como un decreto salado para quien sufre de coma hipoglucémico. Los libros, en esta era digital de códigos binarios y paranoias virtuales, son un oasis donde descansar el alma.

Puede ser un libro inquietante, de esos que cuestionan lo fundamental de la vida. Puede ser también una de esas obras poéticas que rasgan lo que nos queda de serenidad y nos introducen en un estado de ansiedad amorosa. No falta el libro bello, el que mediante metáforas o prosopopeyas nos transporta a planetas emocionales de dimensiones infinitas...

Todos, todos los libros son necesarios para vivir, para aprender a vivir, e incluso, para encontrar la manera más sabia de morir.

¿Corren malos tiempos para la lectura? Eso parece. Las nuevas generaciones confunden la herramienta con el propósito y viven conectadas al computador o al i-pod a través de un nuevo cordón umbilical que idiotiza y simplifica.

Todo es más fácil sin libros. Eso es verdad. No pensar, no cuestionar, no ver el espejo del universo en helvética cuerpo 12 impreso en papel es como una terapia de *spa* que masajea las pocas neuronas sanas. Si no se piensa -por ejemplo, si nos escondemos en el mundo simulado de la televisión -se vive en una felicidad ficticia parecida a los océanos de mermelada sobre los que nos advertía Estanislao Zuleta -“En lugar de desear una filosofía llena de incógnitas y preguntas abiertas, queremos poseer una doctrina global, capaz de dar cuenta de todo, revelada por espíritus que nunca han existido o por caudillos que desgraciadamente sí han existido”-. Los libros nos inquietan permanentemente, buscan la quinta pata al gato, se ríen de nuestras seguridades, nos hacen hurgar en las inseguridades. Y si las nuevas generaciones no encuentran atractivos los libros es porque arrastran la herencia de las anteriores. Cuando echaba el bulto a las nuevas generaciones, en realidad, quería arremeter contra las no tan nuevas, que son las responsables de la educación que se recibe en las aulas escolares, de los negocios del entretenimiento y de las librerías de nuestras ciudades. De alguna manera, y entrados en la postmodernidad, la mayoría de los adultos compraron la idea de que lo importante es lo práctico y no lo teórico, la eficiencia y no la enredada costumbre

de discutir, las profesiones y no los conocimientos. ¿Para qué leer a Kant o a Pablo González Casanova si lo que necesita la empresa son expertos en planes estratégicos y en procesos industriales? Estamos educando a personas cercenadas, no desarrolladas de forma integral, fragmentadas y encasilladas, pero prestas a ser masa laboral no pensante. El humanismo, el razonamiento, ha quedado atrincherado en las bibliotecas huérfano de lectores. El pensamiento, en caso de no ser rentable desde el punto de vista del mercado, es un producto de élite para un grupo culturalmente preparado que cada vez más se asemeja a esos monjes del medioevo europeo que, encerrados tras los muros de la abadía, leían y escribían para el único regocijo de su Dios.

Véase el ejemplo. El pasado 29 de abril, Mario Muñoz publicaba en **La Prensa** un diagnóstico del sector del libro en Panamá y su texto rebosaba de optimismo. “Mágico año para la venta de libros”, rezaba el titular. El análisis hablaba de cifras frías, de importación de textos, de libros producidos y de -¡atención!- solo ocho librerías censadas. Es evidente que el periodista no podía entrar a analizar la calidad de esas lecturas o el interés de los editores y libreros.

Cuando entro a El Hombre de la Mancha, o similar, siento que me abre la puerta un centro de entretenimiento, pero no una librería. Dentro puedo tomar un café delicioso, veo a payasos y miro los talleres de pintura para niños, me atiborro de libros de autoayuda, sufro con el exceso de Paulo Coelho y envidio las impresionantes casas que aparecen en los libros de decoración. Pero si busco literatura actual, sociología, política, lingüística o filosofía tengo que conformarme con algunos libros de bolsillo de Platón, los *best seller* norteamericanos y latinoamericanos y poco más.

Empieza la Feria del Libro esta semana y estoy seguro de su éxito: cuando se espera dos años a un amigo, se le recibe con cierta gula. Pero es algo fugaz, una luz tenue en un país de rascacielos y de inversores, donde los intelectuales o los escritores no están de moda, donde los foros de discusión o las controversias públicas rara vez pasan por la teoría.

Panamá tiene todavía un profundo déficit en su oferta cultural. Si el libro está en coma, el cine vive su último hálito, las artes escénicas están proscritas, y la plástica sobrevive porque en las paredes de la élite es lo único que no desentona.

Panamá es el paraíso, son muchas las voces que así califican al país. Pero al paraíso le hacen falta libros.

la finca de los capitalinos

Las distancias son relativas. A veces estamos más cerca de la Patagonia o de Nueva York que del vecino. Los seres humanos plantamos distancias como los campesinos siembran: decidimos el metraje de las brechas emocionales y lo traducimos en discriminación política, social y económica.

Panamá, un país pequeño y a la mano, parece una pampa inmensa, un continente plagado de olvidos injustos y, por tanto, violentos. El interior del país es el exterior galáctico, terreno para cosechar votos y para concretar olvidos. Todo ello aderezado por los tópicos e imaginarios de quienes, desde la ciudad, ven el mundo desde una ventana con aire acondicionado. Y “desde la ventana”, me dijo hace poco un taxista, “no se ve nada”.

Cuando uno sale de la capital, encuentra una ejército de funcionarios-botella que sostienen con sus pírricos salarios la precaria economía de billar de los poblados más apartados, tratando de poner en práctica algo parecido a políticas públicas que son impuestas por otros funcionarios *pseudobotella* de la capital que llegan a dar consejos y a dictar órdenes con una mezcla de superioridad y asquito. Mientras, las panameñas y panameños que no son de la capital trabajan y luchan cada día en inferioridad de condiciones, pero con la convicción de quien cree en su tierra y en su fuerza de voluntad. Lamentablemente, eso no es suficiente.

Es casi increíble que en Panamá la desigualdad geográfica sea tan abrumadora. Las condiciones de vida en Darién o en algunas zonas de Veraguas o, por supuesto, en las zonas indígenas son africanas. Algunos capitalinos indignados argumentan que por qué no cultivan y comen para acabar con el problema. Es decir, recetan para el prójimo lo que para ellos sería un solo día de terapia. Como siempre, la realidad es más compleja y vivir, un coctel con bastantes más componentes que el de la alimentación.

Las injusticias se tornan salvajes cuando se habla de las poblaciones rurales o indígenas. La inversión estatal es casi nula y uno pensaría que es intencional. Parece una batalla de cansancio para forzar a las poblaciones a rendirse y dejar el camino limpio para taladores de madera profesionales, especuladores de playa o mineros. Lo que está pasando fuera de la capital es, así, doblemente

grave porque nadie lo ve y nadie lo denuncia. La hipótesis es evidente: si en la capital se están cometiendo desmanes contra la ley y contra la ética a la vista de la comitiva presidencial, ¿qué no estará pasando allá en el interior!

Bueno, sólo hay que viajar con los ojos abiertos para darse cuenta: manglares arrasados, madera cortada, espacio público privatizado, hectáreas de país hipotecadas... Y en medio de esa batalla económica... la población: personajes no invitados a un drama en tres actos que subsisten con lo poco que cultivan -porque sí cultivan-, con electricidad a raticos, agua a poquitos, educación esquiva y salud pordiosera. Y a nadie le importa. Miento, a los publicistas sí les importa. En Jaqué, Darién, donde la ausencia es la norma, el Gobierno sí se las arregló para hacer llegar una valla publicitaria gigantesca que plantó en la trocha principal del pueblo para autocomplacerse por su programa de bonos para pobres. Eso sí, la escuela primaria no tiene luz eléctrica y la fosa séptica no aguanta un pipí más. En las aldeas remotas de los ngäbe-buglé no tienen nada, pero allá llegaron las gorras a favor del Sí a la ampliación. La historia se repite y el descaro político se complementa con la desidia mediática y la indiferencia social.

Ejemplos hay a puñados. Pero miren sólo el poco interés que despertó la semana pasada el encuentro de provincias y comarcas dentro de la llamada Concertación Nacional por el Desarrollo. Lo que probablemente sea lo mejor de todo ese proceso condenado a la gaveta política no fue de suficiente peso para muchos de los medios de comunicación nacionales que estaban preocupados por algún suceso sobredimensionado o por más de lo mismo.

La indiferencia es casi total y uno tiende a pensar que debe ser así porque el interior sólo es un sitio donde tener la segunda residencia -en el caso de los tomadores de decisión- o una playa para visitar los fines de semana -en el de los que no tomamos decisiones ni tenemos otra casa-. El país, como una finca que visitar de vez en cuando y donde recabar votos para personajes desconocidos y ajenos a la vida cotidiana de estos lugares. Los supuestos beneficios del Canal y el programa a dedo Prodec⁴ seguirán siendo campo abonado para politiqueros si no hay una descentralización mental antes de que se produzca la administrativa.

⁴ El Programa de Desarrollo Comunitario destina 50 millones anuales a financiar infraestructuras en los corregimientos de todo el país. El cheque que el Canal entregó al Gobierno en 2007 fue de 750 millones de dólares.

maquillaje tercermundista⁵

Para nadie es un secreto que plata hay siempre, pero no para lo realmente necesario. Nuestros gobiernos balbucean mendicantes ante el mundo y hablan de carencias presupuestales; piden cooperación internacional hasta para la papelería, y los proyectos que venden como propios casi siempre responden a un préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo o cualquier institución 'benefactora' y generosa dispuesta a poner los recursos.

Un ejemplo reciente lo pudimos comprobar en la asamblea de la OEA (Organización Estática Americana). Ahora sabemos que la broma nos costó cerca de dos millones de dólares para que durante cuatro días las primeras damas pudieran hacer turismo de lujo y comer en los restaurantes locales ungidos con el favor presidencial; para conseguir una declaraciones vacías de contenido y repletas de firmas, y para que, por ejemplo, Bruce Queen se embolsara 39 mil 900 dólares por un acto ¿cultural? de dudosa calidad.

¿Qué más pasó? Nada. Nuestros estudiantes en la calle, algunos obreros de piquete y la *jet set* local feliz de haberse conocido con esta farándula política tan poco influyente, tan poco ejemplar. Acto social tras acto social de este club de amigos. Para que esta 'nada' ocurriera era imprescindible, eso sí, un maquillaje típico de países del tercer mundo o de países nuevos ricos. Camuflar para que la realidad no se viera y hacer muchas alharacas para que nadie viera.

No es el primer caso. Cuando Bill Clinton visitó Colombia, llegaron a poner un decorado delante de la choza de una cristiana pobre como hereje en Cartagena de Indias para que no afeara. En España, cada vez que hay un evento de peso (Fórum de las Culturas, Olimpiadas y demás vainas del folclor internacional) esconden a gitanos y mendigos para que no se note que el desarrollo deja sus víctimas. En La Habana, antes de la Cumbre de los No Alineados del año pasado se pintaron puentes y túneles y se pusieron unos semáforos espectaculares sólo en la quinta avenida de Miramar, la zona noble y diplomática de la ciudad.

Por eso, los funcionarios que gestionan la miseria en Panamá deben avisarse cuando se presenta una oportunidad como ésta. Si

⁵ Del 3 al 5 de junio de 2007 se celebró en Ciudad de Panamá la XXXVII Período Ordinario de Sesiones de la Organización de Estados Americanos (OEA).

logran que su institución, su auditorio o sus tutelados formen parte de alguna actividad de la cumbre internacional conseguirán de un plumazo el presupuesto por el que llevan llorando años.

Atentos si no... Parte del presupuesto gastado -que no invertido- fue para mejoras en el centro de convenciones Atlapa (de alfombras provocan llanto), el Teatro Nacional, el aeropuerto internacional (en el que acabamos de invertir millones de dólares) o la Iglesia San Francisco de Asís (¡pobres paredes!). Otros 274 mil dólares se fueron en mobiliario y banderitas.

En el día a día de Panamá, las instituciones y recintos culturales tienen pírricos presupuestos y tienen que alquilarse para actos religiosos, *vivaslasmúsicas* y demás. No hay un solo espacio en la ciudad con programación anual permanente que surja de un presupuesto público asignado. Se programa cultura cuando una embajada o un productor regala la función o alquila el lugar. Nada más. Pero sí hay dinero para que la Asamblea de la OEA se produzca en un país de mentira donde el presidente se infla hablando de la ampliación del Canal y de otras bellezas nacionales.

En el país de verdad, los vecinos de Jaqué siguen esperando la respuesta de Torrijos por el abandono y las promesas incumplidas; en los guetos pobres siguen ardiendo las casas como fósforos; los docentes se convierten en meros guardianes de niños y niñas; y los problemas endémicos que el Gobierno prometió atacar (corrupción-desempleo-justicia) siguen siendo quistes que engordan a ritmo de *reguetón*.

La maldición de nuestra América es la casta de líderes que le ha tocado en desgracia (o que elegimos irresponsablemente). Necesitados como estamos de un Estado fuerte, protector, que ponga todo su empeño en la redistribución de las riquezas, en el cobro de impuestos a los que más ganan, en proporcionar seguridad alimentaria y en cuidar a la infancia, nuestros gobiernos no hacen sino abonar la errónea idea de que ante tanta ineficacia y tanta política del *show* lo mejor que se puede hacer es reducir el Estado (mala noticia: la corrupción será igual en lo proporcional) y confiar en la buena fe de empresarios y mercado. Estos últimos maquilladores de otra índole.

Este panorama pesimista que hace caer en un espíritu fútil solo es combatible con la aparición de nuevos liderazgos, jóvenes, inteligentes, centrados en lo público. Pero eso no ocurrirá en el corto plazo. Así que lo mejor será sentarse a esperar y ofrecerse para la 'Operación Maquillaje' y así paliar las carencias de la 'Operación Realidad'.

los más tontos del paseo

Ser inteligente no es fácil. Ni mucho menos. Para lograrlo hay que pasar por una serie de episodios vitales que garanticen el éxito del reto: comer de manera suficiente y balanceada en la infancia; haber prestado atención a la pizarra y al maestro en lugar de estar mirando esa franja de piel que asomaba entre la falda y las medias de la compañerita que se sentaba delante a la izquierda; evitar las tentaciones de la rumba sin rumbo para dedicarle tiempo al estudio o a esas cosillas que se suponen tienen que ver con la responsabilidad; no haber escogido mal la carrera universitaria en esa edad en la que elegir es lo más parecido a la ruleta rusa; no quedar embarazado o embarazada en la pronta veintena; optar por seguir la carrera estudiada en lugar de quedarse atendiendo la venta de choricitos de palo de la familia...

Se trata, como pueden ver, de un camino lleno de trampas en el que las tentaciones son bastantes más que la pinche manzana de Adán y las nalgas redondas de Eva.

Cuando a uno le hacen señas desde el borde del camino es difícil negarse a desviarse y así perder el bus de la formación y la inteligencia. Reconozco que casi siempre las riberas del río son más interesantes que el río mismo: allá está lo divertido, lo morboso, lo prohibido, lo carnal, lo enloquecido, lo más humano. Los que eligen desviarse y no seguir pensando y estudiando suelen ser listos, o mejor dicho, listillos: aquellos personajes que tienen la misma agilidad para salir de apuros que para meterse en ellos. Una variante carente de ácido fólico de lo que entendemos por ser inteligente.

Por eso la inteligencia no es un gen democrático. ¿Ustedes creen que si los miembros de la Asamblea Nacional fueran inteligentes iban a vender contra viento, marea y razones las dichas hectáreas del Parque Camino de Cruces? ¿A quién se le ocurre que si los miembros del SPI fueran inteligentes se iban a aplicar a darle una molienda a quienes representan a enfermos y víctimas? Si la inteligencia marcara los negocios... ¿no sería lógico que los empresarios invirtieran con mirada larga en lugar de especular con miopía corta? ¿Les parecen inteligentes los constructores que lloran por la nueva ley que les obliga a invertir en seguridad en lugar de alegrarse porque si la aplican el estacionamiento de cada nuevo edificio no será un camposanto? ¿Alguien en su sano juicio,

siendo un alto cargo del Gobierno, se dedicaría a hacer millonarios negocios con un empresario extranjero de dudoso proceder?

No, estimadas y estimados lectores, la inteligencia no sobra y para colmo de males nosotros, los espectadores del *show* social, del circo de la política, del espectáculo del 'desarrollo' económico, parecemos los más tontos del paseo. Leemos cada día hechos asombrosos, dolorosos, de esos que laceran la dignidad de cualquier ciudadano. Y ahí seguimos. Comentamos los sucesos como si de la última película de Harry Potter se tratara, como si no nos afectaran o como si no tuviéramos nada que ver en la fiesta de la necedad.

Lo importante, según parece por lo que reseñan nuestros medios, es la inauguración *pseudoglamourosa* y, ante todo, pueblerina de la nueva y pretenciosa tienda de Louis Vuiton en esa pecera irreal de Multiplaza; el fracaso no contado de Casa Cor Panamá, ese entretenimiento para señoras de clase y desocupados varios, o cualquier puesta del primer bloque de uno de esos edificios que no se construirán después de meses de alharaca.

Reconozcan que somos tontos, tontos de remate, por aguantarnos que nos sigan hablando de oleoductos gigantes y proyectos energéticos mientras el precio de la gasolina sigue encaramado en el cielo; por tener que tomar el sol en el balcón de nuestro apartamento -si es que tiene balcón- porque no va a queda un centímetro de playas públicas en el país; por aguantarnos a los políticos disparándose al pie cada mañana al levantarse, y encima felicitarlos por la estupidez del día; por trabajar como bestias por salarios de risa a cambio de nada y encima pagar intereses al banco por guardarnos las tristes sobras...

El consuelo es que sí, somos tontos, pero felices. Nuestra capacidad de olvido y de ceguera nos permiten ser felices con eventos y momentos que a cualquier persona inteligente le parecerían una tortura. Qué se yo... ir un sábado a Albbrook Mall y abrirse espacio a codazos para *vitrinear* lo que no se va a comprar... inaugurar una casa en Coronado -donde para el ver el mar hay que subir en helicóptero-... pagar por *malescuchar* un concierto en el FCC de Amador... pasar una hora en un trancón en el carro nuevo que tardaremos en pagar al banco ocho años... qué se yo, tantos momentos repletos de felicidad... Somos tontos. Bueno, al menos yo sí. ¡Usted sabrá de lo suyo!

¿quién nos protege de la seguridad?

Domingo en la tarde. Una constante y metódica lluvia cae sobre la ciudad de Panamá, y las solitarias calles de la capital son arterias de un cuerpo semidormido, aletargado. Se maneja distinto en estas circunstancias. Hay un grado de relajamiento, de contemplación dominical que se disfruta en contraste con el caos semanal.

De pronto, caído con la lluvia y mojado por ésta, un motorista del SPI se atraviesa en la vía provocando una serie de frenazos en cadena que no terminan peor gracias al duende que reduce las estadísticas de accidentalidad para salvarnos de las odiosas aseguradoras –esas aves carroñeras que te penalizan hasta por eructar-.

¿La razón de la arriesgada operación? Pues, imagino que la Primera Dama o similar venía de una parrillada con unos amigos y ante un súbito apretón en los intestinos le pareció adecuado parar tráfico y arriesgar la vida de los agentes de seguridad para llegar pronto al trono familiar.

(Paréntesis: Así uno entiende por qué ningún político podrá solucionar el asunto del transporte público, porque en cuanto llegan al poder no vuelven a ver un semáforo, un tranque o similar. Se acaba el paréntesis).

Esas son nuestras fuerzas de seguridad, las mismas que un domingo cualquiera montan guardia en las cuatro esquinas del restaurante habitual del director de la Policía mientras éste deposite con la familia entre pulpos al carbón y otras lindezas. Son las mismas fuerzas de seguridad que atropellan los derechos de jóvenes negros y tatuados, y que no ponen multas a blancos, en Toyota Prado y con apellidos. Son esos policías que soportan lluvia y sol y que se ensañan con el más débil presuponiendo que cuanto más elegante o adinerado menos delincuente –cuando la fórmula es otra: cuanto más elegante y adinerado mayor será el delito cometido-.

Éste no es un problema sólo de Panamá. Leer el diario estos días de paranoia terrorista es como un chiste. Es decir, si hay que confiar en unas fuerzas de seguridad que se equivocan tanto, ahora sí hay que temblar ante los posibles ataques endiablados.

Unos ejemplos para la memoria. ¿Recuerdan los atentados frustrados de Londres en las últimas semanas? Los diarios –este incluido– titularon señalando lo grave que era que fueran médicos los presuntos terroristas. Se especuló, se divulgaron diversas hipótesis proveniente de Scotland Yard, y se alertó al mundo estigmatizando a miles de médicos, de origen musulmán. La noticia de la liberación sin cargos de dos de estos médicos tras días de arresto arbitrario salió publicada pequeña, invisible, sin peso periodístico. Ahora confío más en la policía británica, la misma que asesinó a un joven brasileño quien pasó de ser un terrorista islámico a un pobre desgraciado que no había pagado el tiquete del metro.

Algo parecido le pasó a la policía y a la seguridad privada del aeropuerto de Miami. Hace ocho días cerraron la Terminal F, evacuaron a miles de viajeros y sembraron el terror por una bolsa que contenía cenizas de un difunto. El titular en algunos medios era “Bolsa que obligó a cerrar Terminal del aeropuerto de Miami contenía cenizas de una cremación”. No, hombre... la bolsa no obligó a nadie y el titular que deberíamos ver algún día es: “Policías ineptos obligan a cerrar aeropuerto generando pérdidas millonarias y sembrando pánico”.

Tercer ejemplo. Las líneas aéreas gringas, que se han convertido en algo así como una policía privada de los aires, son otras de las que habría que cerrar y sus directivos, encarcelar. American Airlines, dispuesta a controlar los impulsos terroristas de sus pasajeros, desvió un vuelo de Nueva York a Londres para bajar a un pasajero porque uno de los empleados de la aerolínea tenía sospechas. Por supuesto, el pasajero no había hecho nada incorrecto.

La pregunta no es qué derechos son conculcados diariamente por las fuerzas de seguridad, sino ¿cómo podemos confiar en las policías si cada día meten la pata y esto no tiene ninguna consecuencia legal?

Mi teoría tiene que ver más con una estrategia del miedo más calculada de lo que un principio se podría creer. Cuando se nos bombardea todos los días con información sobre lo malas y peligrosas que son las cuatro pandillas de Panamá y se asocia éstas a cualquier joven de barrio pobre, con los *jeans* a la cadera y tatuaje, se está generando el clima de permisividad social ante los abusos policiales. No pasará nada si se le va la mano al agente.

Esto a escala galáctica ocurre con la sacrosanta guerra contra el terrorismo. Hemos animalizado tanto al ‘enemigo’ que las torturas

ya son publicitadas y no incordian la moral pública; que la detenciones ilegales y los vuelos secretos de la CIA parecen un paquete vacacional a Disneyland, y que se ha logrado convertir a los ciudadanos atemorizados en los mejores perros de caza –o sapos caseros– del poder omnímodo.

A mí, personalmente, me da miedo este panorama y siento que si alguien no nos protege de tanta seguridad terminaremos escondiéndonos de nosotros mismos, asustados de nuestra sombra y, especialmente, de las de nuestros vecinos.

la ociosa caridad de las élites

Prometí no escribir sobre esto. Contenerme y no dar más razones a los que la agrura del Malcontento les sabe a leche cortada –tradúzcase por mala leche–. No ponerme a pontificar –tendencia que no controlo– ni a criticar a los demás, aunque ahí sí me siento tranquilo porque la mitad de mi tiempo lo gasto dando latigazos en mi espalda, en la de nadie más.

Así que, una vez dadas las disculpas previas y tras explicar que hubo personas razonables que me aconsejaron no deslizarme por estos vericuetos, me lanzo al abismo.

Una noche cualquiera de la pasada semana, que no era cualquier noche, y por razones del trabajo y las amistades, la pesadilla real se coló en mi vida. En pocas horas recorrí la desigualdad, el choque de realidades, el verdadero, profundo y dramático problema de fondo de muchos países de Latinoamérica. Un paseo por las caras bonitas, el poder y el desarrollo que tantas víctimas colaterales deja en el camino.

Empezaré por el final. La noche concluyó con un frenazo de carro provocado por una moto del SPI y otra de los mal llamados lincs –me parece un insulto para el animal y un sobredimensionamiento de la capacidad mental de esas tortugas ninja con ínfulas de *power rangers*–. Los esmerados agentes paraban el tráfico cerca del Centro de Convenciones Atlapa porque el poder se desplazaba sobre ruedas. La caravana escoltada contemplaba una veintena de vehículos entre los que estaban ambulancias, furgón de bomberos, decenas de agentes de seguridad con radio en mano y cara de estreñimiento, y carros con vidrios tintados para que los ciudadanos no veamos bien el poder.

Era la caravana del presidente brasileño Lula, antes sindicalista, antes persona, antes pobre, ahora hombre en el poder. Me dolió el estómago al ver cómo los que están destinados a gestionar lo público toman esa distancia presuntuosa, agresiva y violenta, como casi toda demostración de poder.

¿Cómo pueden los presidentes dar solución a los problemas si la velocidad de sus caravanas no les deja ver la realidad?, ¿cómo abordan los problemas del tráfico si ellos no los sufren? ¿quién les dijo que ganar unas elecciones es convertirse en buda

sobreprotegido?, ¿cómo se puede tener tanto miedo al contagio de la realidad? Imagino que ese encogimiento estomacal ya venía aderezado por los anteriores sucesos nocturnos.

El primero fue en el Hospital Santo Tomás. En contra de la prudencia que aplico a mi vida social –es decir: no tenerla–, visité Casa Cor⁶ (esta vez lo escribí bien) y lo único en lo que pude pensar fue en un acto de boicot en el que una jauría humana entrara a esta casa de mentiras y la utilizara. Imaginé los baños en uso, las botellas de vino abiertas, las sábanas de las camas calientes de amor, el *yacuzzi* con un patito de goma flotando después de una fuerte marejada... No sé, hacer algo de utilidad en este lugar que me apareció como un homenaje al gusto dudoso y al despilfarro sin duda.

¿Por qué gastar tanto dinero para recaudar fondos para causas de pobres?, ¿por qué las mismas empresas que regalaron materiales y plata para este evento de alta alcurnia son luego tan duras para colaborar con la cultura, el deporte o, simplemente, para cumplir con los derechos laborales de sus empleados?, ¿por qué no emplear la sabiduría de los que diseñaron los espacios para trabajar en pro de las comunidades de manera directa?

Los nombres de los espacios podían parecer hasta insultantes: 'Loft para pareja de recién casados', se denominaba un lugar que es una bofetada para los miles de jóvenes panameños que cuando comienzan su vida en pareja se suman al hacinamiento de la casa de los papás por la imposibilidad de pagar un alquiler de 100 dólares al mes.

En el lugar, todo era gente bonita, que hablaba en este *spanglish* innecesario de la clase alta, comentarios elogiosos y sorpresa por esas maravillas del desarrollo traducidas en un baño de 5 mil dólares que hace casi todo por ti. Por eso alcancé a pensar que el loco soy yo. Y así debe ser. Claro que al salir del recinto y dar la vuelta con el carro por el verdadero hospital, la visión de las mamás cargando niños en llamas, indígenas tirados en el andén, los puestos precarios de comidas y el caos, me devolvió a una realidad dura y agreste que la clase alta trata de solucionar con cocteles y actos de caridad de dudosa efectividad.

Esa noche pasaron más cosas, pero ni el espacio ni el aliento me aguantan. Lo que sí siento ahora es una especie de remordimiento,

⁶ Casa Cor es un evento de decoración de interiores cuya franquicia nació en Brasil y durante unos años se ha realizado en Panamá con lujo y glamour.

por las veces que yo me alejo de la realidad con las excusas más ridículas, y un profundo dolor al comprobar que las élites – políticas, económicas o culturales–, las únicas con el tiempo y los recursos para cambiar las cosas, cada día cierran más la burbuja de cristal en la que viven y desde la cual ven al resto de los ciudadanos. Mundos paralelos. Uno muy chiquito, caliente y cómodo. El otro, demasiado vasto, inabarcable, y violento. Y en medio, nada, políticos viajando tras vidrios tintados.

bienvenidos a la ruta por descubrir

Ciudadanos del mundo. Panamá abre sus brazos para acogerlos. Somos un país abierto que ha entendido que el futuro está en la movilidad humana, en el libre flujo de mercancías, ideas y... personas. Nuestras instituciones están listas para darles servicio, para atenderlos como se merecen. Tenemos diversas categorías para proporcionar una atención especializada. Usted puede elegir.

La primera es como comprador de apartamentos. Nosotros lo amamos porque éste es uno de nuestros mejores negocios. Eso sí, no se asuste si hay algunos problemillas, estamos perfeccionando el sistema y por tanto no se suelen cumplir los plazos de entrega, ni las condiciones pactadas y, en algunos casos, ni siquiera se construye el apartamento que usted compró. Pero bueno... puede aprovechar su visita al país para ir a algún casino y gastar lo poco que el promotor dejó en su bolsillo. Una advertencia más: si es fulo y tiene acento raro no se extrañe de que los precios varíen de manera especulativa. Es cierto que estamos alquilando y vendiendo apartamentos a precios ilógicos pero... entiéndanos, queremos generar riquezas para nuestros hijos, y muy rápido.

La segunda es como turista. Aquí hay subcategorías. Si usted tiene tarjeta de crédito gold o platino, las cosas se facilitan. Lo ideal es que venga pocos días, a un hotel de cinco estrellas, y que gaste lo máximo en el mínimo tiempo posible. Si es así, lo vamos a premiar con buena atención y cariños varios. Si usted es de esos que no viene con mucha plata o que pretende quedarse más de 30 días en el país sabrá que está cometiendo un delito no escrito. Entre los hoteles de 200 dólares la noche y las pensiones de 7 dólares el camastro, no hay mucho. O sea, le tocará sufrir un poco, pero lo peor será si usted osa extender su estadía más allá de los 30 días reglamentarios. En ese caso, la Dirección de Migración estará dispuesta a recibirlo como novia de preso de La Joyita. Nuestras instalaciones son tristes, incómodas y están atestadas de gente y si quiere que lo atendamos deberá llegar antes de las 7:30 a.m. para pelearse por un pinche número y esperar luego el resto del día a que recibamos su solicitud con cara de mal humor y cobrando por el servicio -no crea que somos pendejos-.

La tercera es como residente en Panamá. Le confesamos que ésta es un poco difícil. Tenemos visas para prostitutas e

inversionistas de varios ceros, pero para gente normal no hay muchas opciones. Es decir, si usted es un emprendedor solitario, olvídense -le exigimos bastante más que a un empresario panameño-. Si es un profesional formado y quiere iniciar una carrera en Panamá, mejor asegúrese de llegar con todo solucionado. Es decir, un buen contrato de una empresa local con más de 10 empleados y buena plata para pagar a los abogados que por orden oficial son los únicos que podrán hacer sus trámites en Migración.

La cuarta es como inversionista. Aquí no hay muchos problemas si usted promete traer unos milloncitos al país. Su proyecto no tiene por qué ser viable, ni ético, ni bueno para el país. En este caso, la plata manda y damos residencias y pasaportes con bastante alegría. Por supuesto, usted no tendrá que pisar nuestras oficinas de Migración. Su plata camina por usted y además lo invitaremos a cuanto coctel y acto susceptible de páginas sociales que se dé en la ciudad. Nota importante: esto también aplica para dueños de casinos sin escrúpulos o para constructores que no construyan.

No es que Panamá sea diferente, comprenda que vivimos en un mundo sin fronteras para juguetes chinos cargados de plomo, medicamentos dudosos, cocaína y armas ilegales, pero lleno de barreras para las personas normales, los ciudadanos con sueños y anhelos a los que les decimos que el mundo es suyo justo antes de cerrarles las puertas en las narices.

La idea, querido visitante, es que si usted no tiene ingresos asegurados de cierto nivel, es sospechoso de maldad. Usted se convierte en un delincuente potencial que, además, tendrá la culpa de casi todo lo que pase en el país. La penalización de su ser dependerá, eso sí, de su pasaporte. De un gringo o de un europeo siempre sospecharemos menos que de un colombiano o un salvadoreño. ¡Faltaría más: nosotros sabemos distinguir entre calañas!

Somos, en definitiva, la ruta por descubrir. Es decir, usted tiene que descubrir cuál es su ruta, aunque para la mayoría esa ruta es la de la ilegalidad y la mentira, porque la verdad y la legalidad están reservadas para unos pocos.

el obsceno olvido⁷

Una de mis obsesiones -y desvelo habitual- como periodista es la tendencia a la eyaculación precoz que tenemos los miembros de este honorable gremio y los medios en los que nos expresamos. Entiéndase bien, me refiero a una eyaculación intelectual o productiva, por lo que afecta a periodistas de todas las configuraciones sexuales disponibles.

Somos demasiado rápidos, con una aceleración 0 a 100 en 1 segundo, y con una capacidad de parir tan rápida como la de matar. Nuestras criaturas son engendros nacidos a destiempo, antes de tiempo, después de su momento, casi nunca en el instante preciso en que se necesitan.

Este vicio, propio de la velocidad de la industria mediática y de las propias exigencias de los consumidores-fagocitadores de noticias, es un gran aliado del poder, tan necesitado de urgencias y de poca memoria. También es alabada por un amplio sector de espectadores-lectores oyentes, fascinados por el efecto CNN y el virus de la inmediatez -una de las mayores patrañas conocidas del siglo en el que reptamos-.

Esta enfermedad gremial produce efectos perversos en la realidad, muy bien manejados por los políticos y relacionistas públicos -que siempre son privados... de su libertad-. Es decir, saben que las tormentas son pasajeras y que para mantener el sol brillando se necesita de una maquinaria de publicidad arrolladora -¿qué me dicen si no de “las miles” de realizaciones del Gobierno Torrijos que se están divulgando con miles de dólares gastados en publicidad?-.

En esa batalla de precocidades quedan heridos y muertos. Tristes desventuras arrinconadas en el olvido más infame, y vidas reales amontonadas en el departamento de lo “poco llamativo”.

⁷ El 21 de marzo de 2007 un incendio terminó con dos vidas humanas, varios heridos y 137 casas de madera inservibles / La Concertación Nacional para el Desarrollo fue convocada durante la campaña del referéndum sobre la ampliación del Canal y concluyó en octubre de 2007. Muy pocas de las propuestas allá recogidas han sido implementadas.

¿Recuerdan ustedes Curundú? Sí, me refiero al barrio que por unos días fue el centro de atención por un incendio voraz y provocado y para el que se prometió de todo por parte de todos (*teletones* aficionadas incluidas). Ya nada sabemos de lo que ocurre allá, donde la vida no es mejor que antes. Si acaso, ahora tienen que remar contra una corriente más brava y espesa por culpa de los imaginarios y prejuicios que se diseminaron en aquellos días de foco mediático.

¿Qué ocurre en Colón? Sí, hablo de la segunda ciudad en importancia de Panamá, hundida en el olvido y donde se hizo el pasado jueves una reunión para hablar de seguridad y sólo se concluyó que hay agentes de Policía corruptos. Es increíble que la ciudad pegada a la Zona Libre sea como el extra muros del medioevo, el lugar donde los señores feudales tiran las aguas negras y donde, de vez en cuando, mandan a limpiar la inmundicia para que el olor no llegue hasta sus locales de baratijas.

¿Qué pasó con las comisiones nombradas por Torrijos para casi todo? No pasó casi nada. Pura declaración retórica y resultados nimios para una realidad apremiante. El truco le ha servido al presidente porque la memoria se aniquila con su plazo mágico de tres meses y, al final, no recordamos siquiera qué fue lo que provocó la ágil reacción presidencial.

¿Cuánto duran las promesas? Como aquella que hizo el presidente de que la ampliación del Canal nos llevaría por un atajo al primer mundo. Ahora, en la primera ocasión de demostrarlo -con la propuesta oficial para financiar los acuerdos de la Concertación-, ya hemos estrechado el atajo a un 20% de las utilidades de la vía interoceánica.

¿Qué nos parece obsceno? Es bastante impresionante ver cómo las radios se ceban con una supuesta película pornográfica -a saber qué se interpreta por pornográfico- y el terrible atentado contra la moral pública que esto supone y cómo las mismas estaciones han olvidado las obscenas muertes por desnutrición de niños indígenas en Darién, que sólo llamaron la atención nacional por unas horas.

Tenemos un problema de foco y de memoria, y ese no es un mal exclusivo de los periodistas. Siempre he defendido que no somos ni mejores ni peores que nuestra sociedad: a ella pertenecemos y de ella salimos. Lo que ocurre es que cuando no paramos un minuto para reflexionar sobre el efecto de nuestro trabajo; cuando no calculamos la fuerza de las palabras -esas armas des-almadas-; cuando no damos las batallas que el yo moral nos dicta por miedo a perder el empleo o la voz; cuando seguimos reproduciendo los

mismos prejuicios que mantienen anclada a nuestra sociedad... en esos momentos... somos tan culpables como el asesino en masa, como el político mentiroso, como el empresario sin escrúpulos, como el religioso dispuesto a tocar lo intocable, como el padre que se vuela la plata familiar en una noche de borrachera y putas. Es así de desagradable y el primer paso para no caer en ese círculo vicioso es recuperar la memoria. La memoria pública, la memoria social, esa, que aunque duela, es la única sangre que puede mantenernos vivos y dignos.

¡cuidado con los abstemios!⁸

Excepto que haya razones médicas por medio, siempre me cuido de los abstemios. Se trata este de un tipo de fanatismo mojigato que está pensado para amargar el día al resto de los humanos, aquellos a los que nos gusta probar la vida a cada minuto y saborear hasta los sinsabores. Ya se sabe, manías de hedonistas.

Cuando me refiero a los abstemios no me refiero sólo a los alcohólicos, sino a los abstemios vitales, esos que consideran que cada placer es un pecado y que cada pecado es un peldaño que se pierde de camino al paraíso. Lo que ellos no saben es que el paraíso, en caso de existir, está en la tierra y no en el cielo -cada vez más disminuido por el agujero de ozono que taladra su perfección divina-.

En estos días, los abstemios alborotados son los del sexo. Un ejército de señoras -en su mayoría- cargadas de argumentos morales, éticos, religiosos e, incluso, dizque científicos -estos últimos sacados a la palestra ante la ineficacia de los anteriores-. Argumentos a favor de la abstención en el sexo hasta el matrimonio como si el matrimonio fuera un gran preservativo dentro del cual no hay peligros acechando.

Dejemos de un lado la ridiculez de seguir pensando que el matrimonio es un condón gigante; olvidemos la obsesión por calificar de depravados a todos los que no opinamos como ellas; obviemos incluso ese tonito de superioridad ética que provoca sarpullidos en la epidermis de cualquiera de sus víctimas. Pero... estimadas señoras... hay cosas que realmente no puedo entender.

Si siguiéramos su lógica, no hay que disfrutar de las funciones fisio-biológicas con las que nacimos. Es decir, eso de tener sexo por placer desde que el cuerpo despierta les parece una perversión. Por la misma regla de tres, espero que el ejército de abstemios sexuales no disfruten de la comida en un buen restaurante, ya que su lógica nos indicaría que comer es sólo para subsistir, igual que tener sexo es sólo para reproducir (se). Lo demás es gula, estimadas amigas.

⁸ En los días en que este artículo fue publicado se daba el enésimo debate nacional sobre la pertinencia de la educación sexual en las aulas. La posición conservadora apostaba por la abstención sexual.

La educación sexual es una mínima parte de la educación de las personas. Normalmente, a los menores de edad les enseñamos matemáticas, física o historia, pero no les ayudamos a ser personas. Aprender cuándo y cómo tener sexo seguro debería formar parte de un largo listado de materias. A saber: cómo vivir sin ser un canalla que aplasta al vecino por plata o por competencia; como beber alcohol sin perder la razón ni convertirse en alcohólico; como pensar sin volverse loco, o como amar sin destrozar al otro en la batalla y sin autodestruirse en el intento... En fin, tantas cosas.

El sexo es bueno señoras, o al menos puedo asegurárselo desde mi experiencia. No tengo VIH/Sida -que nada tiene que ver con el sexo, sino con cuán seguro es el sexo que practica-, no quedé embarazado en mi adolescencia -¡gracias santo condón!-, no arrastro ningún trauma pornográfico -¡gracias al sexo temprano!-, y, por si faltaba algo, el sexo me ha hecho parir algunos poemas y bellos pensamientos consagrados al encuentro de los cuerpos y, circunstancialmente, de las almas a través de ellos.

Eso sí, hubiera agradecido que alguien me hubiera enseñado, porque esto de ser empírico en la materia comporta algunos riesgos en la fase de experimentación. Si mis padres, que seguro que alguna vez disfrutaron del sexo, me hubieran dado pistas no me hubiera ruborizado con mis primeras amantes, no me hubiera preguntado estupideces sobre los mitos alrededor de cuál es la posición más preventiva ni hubiera participado en aquelarres adolescentes y masculinos en el que todos poníamos en la mesa los pocos conocimientos que acumulábamos a ver si entre todos dábamos con la pócima secreta del amor sexual o del sexo amoroso.

¿Cuál es el dichoso miedo a la educación sexual explícita?, ¿cuál es el terror a que sus hijas e hijos disfruten la vida? La única explicación que encuentro a su obsesión es que son socias de alguna clínica psiquiátrica, de esas a las que luego sus hijas e hijos tendrán que acudir para solucionar traumas acumulados y matrimonios fracasados.

La doble moral de este debate es agotadora y tener que dar argumentos a favor de una educación sexual libre de prejuicios religiosos-conservadores es ya ridículo.

Es como si hubiera que justificar el respeto a la diversidad de credos, razas y pensamientos, es como si en este titubeante siglo XXI nos tocara explicar por qué la democracia es mejor que la dictadura. Es como si le respondiéramos a los mentirosos y

asesinos -porque provocan víctimas humanas- que insisten en que el condón tiene agujeritos.

Al resto, al ejército de hedonistas, perversos e inmorales del que formo parte, no nos queda más que incrementar la búsqueda del placer antes de que esta gente llegue al poder y prohíban el beso en público o la mirada lasciva. ¡Qué Dios nos agarre confesados!

el pueblo es una amenaza

Los gobiernos cada vez me gustan más. Observar sus actuaciones y torpezas es como disfrutar de la mejor telenovela brasileña, llena de intrigas, estupideces y dramas autoprovocados.

Son los gobiernos el fiel reflejo de esta sociedad de muros y comunidades cerradas que estamos construyendo. Sus ejecutivos - que ya no ministros- y el CEO de la compañía -que ya no presidente de la República- tiene pánico a eso que llaman pueblo como si ellos no formaran parte de esa masa mugrienta e informe de desarraigados pedigüños para los que dizque trabajan, pero a los que mantienen detrás de la raya.

No se diferencia mucho el Gobierno de una empresa multinacional, de un Mattel cualquiera. Después de vendernos juguetes cargados de plomo para que nuestros hijos se vayan consumiendo -del sustantivo: consumidor-, ahora llenan el universo de publicidad con el mensaje: “trabajamos para su felicidad”. Se les olvida que el origen de cualquier empresa privada es ganar plata -algo legítimo- y que si para eso hay que producir en una maquila china y obviar esas tonterías de la inocuidad de la materia prima o de los derechos de los trabajadores no hay que tener escrúpulos, sino una buena agencia de comunicación. En eso es en lo único que no se parece el Gobierno a Mattel, no tiene un buen equipo de comunicación. Es más, pareciera que su departamento de prensa fuera manejado por Martinelli y Varela. Cada vez que abren la boca es un tiro en el pie al propio Gobierno.

Retomo el hilo. En esta técnica de tomar distancia del pueblo, la Presidencia de la República -ya que no se puede mudar a Costa del Este o a Calle 50 por razones estéticas-, ha decidido convertir el espacio público en conjunto cerrado. Dos portones de hierro de mal gusto y peor criterio cierran una de las vías que dan acceso a la plaza Catedral. Olvidemos que la Unesco monitorea qué hacemos con el Patrimonio de la Humanidad que es San Felipe y que puede empezar a preguntar por qué no se dejó construir el edificio surrealista de Mallol, pero sí se ponen puertas a la vía pública. Incluso, no tengamos en cuenta que el derecho a la manifestación y a la libre movilización de los ciudadanos está consignado en la Constitución. La decisión es vergonzosa y atenta contra varias palabrejas-conceptos: democracia, libertad, espacio público... en

fin, bobadas del siglo pasado. La única noticia positiva que le veo a las puertas dichas es que a los gorilas del SPI les costará tanto salir por ellas como a los manifestantes pasar al otro lado.

Los gobiernos, decía, se alejan del pueblo, se atrincheran asustados y tapan el sol con un dedo para ocultar la realidad. Tiene el Gobierno una especie de sentimiento de injusticia, algo así como... “¿Por qué protesta el pueblo si esto cada día está más bueno, si la plata sobra y el cielo es nuestro límite de crecimiento?”.

El presidente se debe acostar por la noche pensando que el pueblo es desagradecido, que no entiende los esfuerzos del poder, de los sacrificios de estos potenciales próceres de la patria que negocian tratados de libre comercio para beneficio de los 10 empresarios de siempre y las 15 familias de noble apellido. Y tiene razón, el pueblo es desagradecido porque no quiere las migajas del desarrollo, porque es muy diferente ser invitado al coctel de los inversionistas -como lo son los que aparecen en las revistas sociales- que ser contratado para limpiar los restos de la fiesta o para levantar los muros detrás de los cuales se esconden los que de verdad están sacando ganancia de esta locura.

El presidente sabe que es así. Que su Gobierno ha hecho cosas buenas en lo social para tratar de minimizar el impacto perverso de este crecimiento económico y la sensación de que la brecha entre ricos y pobres ya es abismo, pero que eso no basta. Que la Red de Oportunidades⁹ está cosida con los despojos del desarrollo, que el Prodec no es más que el polvillo que sale del tesoro de oro que otros están acumulando, que la cinta costera o la autopista son adornos de cemento que no disfrutarán las gentes de Tocumen, Mañanitas o San Miguelito -encaramados en la supervivencia-, que Colón seguirá perdiéndose en las grietas del olvido aunque los propietarios de la Zona Libre puedan llegar ahora a sus almacenes de espejitos a bordo del Jaguar por autopista...

Yo si me solidarizo con usted, señor presidente. Por serlo, dejó de ser parte del pueblo y, por el resto de sus días, cuando esté en los cocteles a los que invitan a los ex presidentes como adorno de Navidad, se sentirá solo, ajeno, y se arrepentirá de haberse separado de la gente normal con dos portones de hierro, con ese gesto de prepotencia y desdén que algún asesor inspirado le recomendó en una mañana de miedo, ante el temor incontrolable de que los negros agüeros del SIP no fueran suficientes para calmar a los desarraigados. Ánimo Presidente.

⁹ Programa de transferencia monetaria condicionada a población pobre.

la excusa indígena¹⁰

Declaración inicial para los que se enreden con los argumentos abajo expresados con total imprudencia y vehemencia, y que busquen la disculpa rápida del origen para descalificar este texto: ya lo sé, nosotros los españoles fuimos los malos de la película y, probablemente, lo seguimos siendo. Pero no siento culpa de lo que se hizo en América (sería un acto de masoquismo cristiano inútil), sino una terrible responsabilidad de hacerme las preguntas adecuadas y de pasar toda una vida olfateando, rastreando las respuestas aun a sabiendas de que mis cuitas seguirán siendo eso por definición: cuitas, profundas aflicciones arrastradas por historia y soportadas en el presente.

Bien, dicho esto, puesta la curita en esta herida sangrante de media yarda, confieso que por principio siempre estoy a favor de la población civil, de los excluidos y de las víctimas de la explotación. Así de anticuado soy. Y de aburrido. Y de malcontento. Por eso soy tan poco cortés e implacable con empresarios de buen corazón (que los hay) o funcionarios atosigados por los impedimentos de la burocracia real (que también existen). No tengo tiempo para esas sutilezas porque ser bueno con plata es demasiado fácil.

Si me dan a elegir, siempre le daré la razón a los que nunca les dejamos expresar sus razones. Por eso, esto de las muertes de la comarca Ngäbe-buglé me conmueve, faltaría más. Los indígenas, por si algún miope no se había dado cuenta, son los excluidos de los excluidos, la periferia de las periferias más marginales. Confío en ellos y entiendo su desconfianza de nosotros; a veces me desesperan, pero al segundo comprendo que hay una historia detrás, una realidad plagada de traiciones de blancos y mestizos, y un presente lleno de miradas de superioridad y desprecio por parte de los urbanistas tecnócratas.

Los indígenas cumplen una triple función en América Latina. Son muy útiles para hacer pósteres turísticos y vender una Panamá de mola que no es; convienen a la hora de pedir ayuda y

¹⁰ En octubre de 2007 se reportaron al menos 16 muertes de indígenas ngäbe-buglé por razones tan estúpidas como desnutrición o problemas respiratorios.

cooperación internacional, y son la excusa perfecta para esconder otras realidades.

Para describirlo con una crueldad rayana en el cinismo -pero apoyada en la semántica oficial-, diría que los indígenas son unos discapacitados a los que no hay que incluir, a los que nos conviene mantener a cierta distancia, pero a los que sacamos de la chistera cada vez que nos hace falta un golpe de imagen.

Ahora los medios de comunicación están escandalizados porque los ngäbe-buglé se mueren de un pinche resfriado, igual que hace unos meses les asustaba que se murieran los emberá de hambre. La doble moral es de juegos olímpicos. Los indígenas siempre se han muerto de lo mismo, o al menos en las últimas décadas. ¿Cuál es la noticia? Que no son atendidos por el sistema de salud, que cuando después de caminar horas y horas de piedras no hay médico o éste los mira con asco... Que el Gobierno inmediatamente hace giras para constatar lo que ya sabe... ¿Alguien me puede explicar dónde está la dichosa noticia?

Confieso que estoy indignado con el uso atroz que se hace de la *malventura* indígena, con la constatación de que un amigo tenía razón cuando me decía: “Hermano: pobres, negros e indígenas quedan bien en la foto”. Claro, se le olvidaba especificar que la foto siempre la tomamos los blancos (en el sentido socioeconómico de la palabra, no racial).

Salen los indígenas en la foto y después dejan de salir en la foto cuando entran en acción los relacionistas públicos de los funcionarios que se quitan tacones y zapatos de cuero para ir de excursión a la pobreza indígena -en helicóptero eso sí-.

Olviden a los indígenas. La pobreza en Panamá, la inequidad, el egoísmo financiero, la ceguera oficial es un problema que afecta, como mínimo, al 40% de la población. Empiecen a tener visión de país, quítense los anteojos oscuros comprados en el nuevo pasillo del lujo de Multiplaza y pongan en marcha políticas públicas de redistribución de la riqueza; hagan pagar sus impuestos a esos tramposos empresarios que declaran pérdida año tras año y a los que ganan 10 veces lo que declaran; abran buenos caminos de producción; hagan cumplir a los médicos y maestros con sus obligaciones; compren medicamentos, sean decentes... Panamá cada día tiene menos cooperación internacional porque los números del país hacen innecesaria esa ayuda, así que éste es un asunto de nosotros, de todos los que somos, vivimos, sufrimos o disfrutamos este territorio de promesas.

Si hacen todo lo anterior, no hará falta seguir machacando todo el día el asunto indígena para ocultar, entre otras cosas, el asunto campesino criollo, la pobreza de Colón, los hacinamientos de las barriadas, la inseguridad en las fronteras, la impunidad campante en nuestro sistema judicial, las promesas incumplidas del transporte o la inconclusa Concertación (entre otros). Foco señores y señoras, foco. Los indígenas no son una excusa, son ciudadanos panameños. Por tanto, si trabajan para reducir las brechas que nos resquebrajan, estarán ayudando a los indígenas y al resto de nuestros ciudadanos.

pequeña y controlada oda a la patria¹¹

Métome en territorio minado para dedicar este artículo a la patria, ese espacio imaginario y tan real que pasa de la brutalidad a la ternura y de la crueldad a la bondad a la misma velocidad con la que un teleadicto cambia de canal.

Lo hago, obvio, porque se acerca el mes en el que la patria ocupa cada milímetro de espacio que uno ceda y porque ya los vendedores de semáforo han intentado colocarme unas 564 banderas nacionales.

En mi caso el tema es especial: soy extranjero y eso no es algo que quede muy bien en estos tiempos extraños en los que no se para de hablar de globalización al mismo tiempo que se sataniza lo ajeno y se cierran las puertas mentales al otro.

No más el pasado viernes, la Primera Dama utilizaba el espacio de las cartas del lector de este diario -esa página que los políticos usan para insultar y poco para rendir cuentas- para atacar a un periodista por el hecho de ser extranjero. Por supuesto que a la primerísima no se le ocurrió dar explicación alguna sobre el viaje familiar más publicitado de la historia y cuyo resultado tiene básicamente sabor merengue, merengón. Como yo tengo maestría en correos varios insultándome no por lo que escribo, sino por el hecho de que lo escriba un extranjero: mi solidaridad aquí con todos los escribientes sin pasaporte adecuado [ya se sabe, a alguien de la familia se le permite cualquier sandez, pero al vecino no se le perdona el mínimo desliz].

Lo de ser extranjero no tiene que ver ya con cédulas o pasaportes. Los nacionales imbuidos de espíritu patriótico marcan con tiza la frontera de lo que puede hacer, decir, o no hacer ni decir el extranjero. Yo, como Malcontento, suelo borrar la raya de tiza con los zapatos -esos en donde, como cantaba El Último de la Fila, está mi patria-.

Estando así en este ánimo desasosegado de extranjero, me dio por releer unos párrafos escritos allá por los años cuarenta del

¹¹ Panamá celebra dos fechas de independencia, de España (28 de noviembre de 1821) y de Colombia (3 de noviembre de 1903).

siglo pasado por el loquísimo y estupendísimo Juan Larrea en **España Peregrina**, una de las revistas de exiliados en México. Mano de santo, las pesadillas de Larrea no eran diferentes y, al igual que un malcontento cualquiera, debía dar explicaciones sobre su concepto de patria: “Los territorios tienen una vida y un destino. [...] Más para aquel en quien la conciencia se alza sobre esta noción material y local de suelo patrio, para aquel que universalizado identifica su propio destino con el destino del mundo y con la humanidad que lo encarna, otros más sutiles y complejos son los móviles que lo animan. Su patria es el universo y su lugar, allí donde la universalización del hombre se lo pide”.

Yo no soy tan ambicioso porque el universo me parece una cancha demasiado grande para la que no tengo forma física. Pero sí confieso que tengo una capacidad de simbiosis nacional que me hace escupir más chuletas que carambas y más ajos que *joderes* -si el palabra se me disculpa-. Panamá me acogió con cariño y generosidad, en general, pero eso no me provoca ceguera ni amor incondicional.

Siempre me he preguntado por qué el concepto patria es enarbolado cuando más problemas tiene un país, por qué es moneda de politiqueros y materia prima de terribles poemas y peores soflamas. A los niños pobres se les enseña que no tienen mejor privilegio que haber nacido en un pedazo de tierra -y, efectivamente, no tienen nada más-, mientras que a los niños ricos los llevan a colegios bilingües para que tengan claro dónde queda *Guachintón*, aunque Aguadulce les cueste ubicarlo en el mapa nacional. A los adultos pobres se les obliga a ir a guerras para defender ese mismo pedazo de tierra o un trozo de tela lleno de mitos no comprobables. Los artesanos hacen plata vendiendo pulseras con los colores patrios y, este año como todos, se generará alguna polémica porque en algún asta oficial colgará la bandera con la cruz roja en el cuadrante superior izquierdo -un gran asunto de debate nacional-.

Entiéndanme bien, creo que la patria es un útero reconfortante, pero no a cualquier precio. Como cualquier amor sano -los enfermizos son ciegos- debe ser a cambio de algo. Uno no quiere si no lo quieren; no besa si no lo besan, no escucha si cuando habla su voz rebota en la pared de la sordera mental.

La patria debería ser igual ¿no? Si mi patria me da, me hace sentirme mejor, me permite una calidad de vida decente, proporciona un margen de mejora a mis hijos, me deja pasearme sin miedo a que me maten o me roben... Si no... uno debería poder

pasarle la cuenta. La patria no es el gobierno y alguien me dirá que no se puede identificar al dueño de la patria. Pero... miren... una vez que las patrias son flexibles -no dejan de moverse las fronteras del mundo y de redibujarse patrias- lo único que nos queda para medir su amor es el entorno social, económico y cultural que construimos entre empresarios, líderes sociales, gobernantes y medios.

alergia a los huelguistas

La democracia ya es una marca. La única posible. Ya se sabe. Sobre la mesa, desde que el Muro de Berlín cayera (un eufemismo, porque lo tumbó la gente a martillazos), no hay más opciones. Una vez que estamos de acuerdo en este punto (es decir, nada de andar con propuestas díscolas, con alternativas diferentes, con soñar modos de convivencia de apellidos desconocidos), coincidiremos en que todo sistema necesita válvulas de escape que alivien las tensiones y los descontentos populares.

Una de las válvulas de la democracia es la de la alternancia. Digamos que si cambiamos de presidente cada cuatro o cinco años, depende del país, no hay por qué cansarse de nadie. Siempre he pensado que lo de la alternancia no era para evitar tentaciones absolutistas o corrupción galopante, sino que consiste en un sistema de alivio para que los ciudadanos respiremos en cada nueva elección y pensemos ingenuamente que la cosa puede mejorar. Eso nos mantiene siempre con la zanahoria delante como caballos dóciles amansados por la visión de una posibilidad de mejora que nunca alcanzamos.

Hay toda una categoría de válvulas que denominamos como derechos civiles. Eso de poderse reunir con quien a uno le da gana, conspirar encerrados entre cuatro paredes o en la plaza pública, poder editar un libro, poder opinar... Todos estos derechos “fundamentales” son de especial utilidad para el sistema. Es obvio que no podemos cambiar casi nada, que nuestra voz no pesa frente a la de los que controlan los altavoces, que nuestro derecho queda minimizado ante el derecho de pernada política que tienen las élites del poder... pero relaja pensar que uno es libre.

Hemos perfeccionado la vieja democracia ateniense, eso es verdad. Es decir, ya no hay esclavos por deudas, sino arruinados y desfalcados por los bancos cuando se endeudan. Ahora somos más civilizados, más cuidadosos de que las diferentes modalidades de fraude y atracos sean legales y, así, la estética democrática no sufra.

La tercera válvula fundamental es el derecho a protestar, del cual una de sus traducciones más habituales es el derecho a huelga. ¡Perdón!, perdón por utilizar la palabra prohibida: huelga. En Panamá se sufre de rinitis alérgica cuando esa palabra es

pronunciada y si es aplicada en la práctica entonces los estornudos se convierten en quejas “hipohuracanadas”.

Estos días lo estamos viendo. A los médicos del sistema público se les sataniza, se les crucifica todos los días porque osaron a parar, a protestar por lo que ellos consideran justo. No voy a opinar sobre sus reivindicaciones porque no soy un experto en el sistema público de salud que no tenemos, pero mi intuición no me engaña en este caso. La mayoría de los articulistas o comentaristas de radio (incluido el que aquí escribe) que han vociferado estos días en contra de estos médicos hace años que no pisan un hospital público y si lo hacen es porque el salario está en coma.

Desde luego que a ellos no se les ocurriría animar a una huelga de ciudadanos contra las compañías privadas de seguros médicos por sus exagerados precios y sus mil condiciones en contra del paciente; ni contra un doctor de la San Fernando o del Hospital Punta Pacífica por abuso en los precios; ni contra el Gobierno por envenenar a los ciudadanos con medicamentos adulterados. No, eso queda mal en esta democracia en la que un tranque en la calle provocado por unos huelguistas es un pecado capital, pero un hueco de dos metros de diámetro en esa misma calle por desidia oficial no supone ningún problema.

Es evidente que los derechos a manifestarse o a asociarse en un sindicato no están de moda en Panamá. Los trabajadores, incluso los de la salud, deben mostrar todo el tiempo su agradecimiento por tener empleo y, en el caso de los médicos, se exige una especie de apostolado por el bien común que debe consentir el abuso o el “malparo”. Tengo ganas de leer algún editorial o escuchar a alguno de los gritones comentaristas radiales exigiendo al Gobierno que asuma su responsabilidad constitucional de salvaguardar la vida y la calidad de vida de los ciudadanos; pidiendo el control de los abusos de las empresas privadas que gestionan servicios públicos básicos (salud, energía, telefonía), o solicitando la regulación de los precios de la canasta básica para que la mayoría de los panameños sientan que la bonanza del país es también su bonanza.

Eso no va a pasar. La democracia también aprendió que es más rentable enfrentar o enemistar a ciudadanos con otros ciudadanos (por ejemplo, los conductores contra los manifestantes) que permitir que la furia popular se dirija a los funcionarios del Estado. Confieso que hay días en los que sueño con la aparición de un nuevo modelo político porque, al igual que ocurre con los cambios presidenciales, aunque nada mejore, al menos tendré la ilusión de que suceda.

los ‘enemigos públicos’ de la infancia

Lo de hoy es una confesión pública y un reclamo reiterado. La confesión comienza con el recuerdo de una conversación que tuve hace años con el cacique Víctor, un indígena uitoto sabio y anciano que me enseñó que el secreto de la vida parte de lograr que lo que uno piensa, lo que uno dice y lo que finalmente hace sea lo mismo. Es un paso más allá de lo que para nosotros, los occidentales, es la coherencia (en nuestro caso, el escalón del pensamiento lo evitamos porque es camuflable).

Entonces, tratando de ser coherente yo no tengo hijos ni deseo tenerlos. Esto provoca toda serie de reacciones cuando lo cuento, que van del estupor de quien no concibe una vida plena sin descendencia hasta la sonrisilla sarcástica de quien sospecha que más pronto que tarde caeré o que detrás de mi firme decisión hay una impotencia infértil no confesa. Todo es posible, pero en mi caso se trata de una decisión meditada o, al menos, mucho más meditada que la de aquellos que tienen hijos porque toca o porque les da terror pensar en su vejez sin prole que los cuide.

Yo no quiero hijos por tres razones básicas. La primera es que no soy tan maduro ni responsable como para educar ni ser educado por esos seres complejos y bajitos. La segunda es que el mundo en el que vivimos me gusta tan poco que me parece una canallada triple dejárselo por herencia a quiénes no tuvieron nada que decir sobre su propia existencia. La tercera, es puro egoísmo, ya que mi vida es la que me gusta, el amor ya lo tengo invertido en una persona y no quiero dividir mis apuestas.

Todo este preámbulo es necesario antes de que establezca mi opinión sobre el tema de “la familia” y el nuevo Código de la Infancia que tanto artículo cargado de demencia está provocando. Si se dan cuenta, los que escriben en contra de la nueva ley son los mismos que se echaban las manos a la cabeza con el temita de la educación sexual en las escuelas y colegios. Los que yo calificué algún día como mojigatos, pero que hoy me atrevo a denominar como “enemigos públicos” de la infancia. De hecho, creo que los menores deben organizarse y crear asociaciones de autodefensa contra estos *ayatolás* de los valores.

Su punto, el de los integristas de la familia bajo la óptica opusina es que los niños y las niñas son una especie de idiotas a los que no

hay que darles derechos porque quizá se los tomen. Ellos aseguran que los padres son los que tienen la pócima de la verdad y que entender al menor de edad como un ser humano sujeto de derechos es como abrir la puerta al caos y la anarquía.

Yo, que como dije no tengo hijos y eso me confiere una gran autoridad moral, haría el recorrido a la inversa. ¿De qué ha servido hasta ahora la patria potestad dictatorial y llena de sapiencia de los padres y madres esmerados? De mucho, he de decirles. Por ejemplo, ha permitido mejorar la cuenta de ahorros de muchos psiquiatras, que no se dan abasto tratando traumas de infancia en los mismos adultos que ahora se niegan a un código de la infancia moderno. También ha permitido altos índices de violencia intrafamiliar surgida de la repetición de los patrones familiares, de los altísimos valores violentos que aprendieron victimarios y víctimas de sus respectivos padres y madres. En algunos casos, esa autoridad paternal y maternal genera nuevos alcohólicos y abusadores laborales que imitan a su papito a la perfección...

En fin, que el modelo de padres omnisapientes e hijos omniestúpidos ha sido el que ha construido la sociedad actual, llena de gente mala y perversa que, armada de fierro en pandilla o de chequera en multinacional, se dedica a destrozando otras vidas cuando deciden que ha llegado el momento de parir y generar más dolor en este planeta.

Propongo entonces un código del y la menor mucho más atrevido que el que se debate estos días. Podemos experimentar quitándole la patria potestad a los padres, obligando a los adultos a pasar de nuevo por las escuelas a ver si aprendemos algo de respeto por el prójimo. Cerremos la Asamblea Nacional de adultos y activemos con poderes reales la Asamblea infantil y juvenil. Hagamos heredar los puestos políticos y gerenciales a los hijos o hijas de los que actualmente los ocupan. Los papás y las mamás ya han demostrado su incapacidad para ser generosos con el otro, ya han dejado claro que quieren un universo plagado de injusticias y violencias visibles e invisibles. Que sean ahora los niños, las niñas y los adolescentes los que, con su carácter voluble y juguetón, nos demuestren que se pueden hacer las cosas de otra manera, quizá más temperamental, pero también más sincera.

¡Ah! Y se me olvidaba. Dejemos que sean los menores de edad los que nos den clases de sexualidad. Quizá su inocencia nos permita descubrir que el sexo no es la cosa retorcida y perversa a la que tienen pánico los mojigatos, sino que puede partir de una exploración del cuerpo propio y del ajeno tierna, naíf, casi mágica.

2008

demonios y angelitos

Reconozco que la capacidad de asombro no tiene límite. Uno espera, siempre ingenuo, que los políticos toquen su límite, que eviten pasar la frontera de la esquizofrenia en la que se mueven con tanta facilidad. Confía en que se cansen de ser incoherentes, de contradecirse en 24 horas y de que, cansados de las ansias de figuración y de titular, esquiven las declaraciones altisonantes, dañinas y antisociales.

Debo ser muy, muy ingenuo. Y el alcalde de Panamá, Juan Carlos Navarro, muy, muy político. Entiendo que la muerte de un escolta saque de quicio, que ponga nervioso y que el dolor haga hablar en caliente. Pero no es la primera vez que el alcalde se sale del tiesto y pide medidas de dudoso talante democrático o social.

Primero fue lo de limitar la entrada al país de todos los extranjeros, excepto la de europeos, canadienses y estadounidenses (discriminación blanca y monetaria para frenar la delincuencia con acento desconocido). Ahora, se suma al coro de voces que consideran que el demonio tiene rostro de menor de edad y que la solución para nuestros males de seguridad es llenar La Joyita con niños y niñas malignos. Pienso en estos momentos en una colaboradora cercana que vio, hace unas semanas, cómo su hermana moría por una bala perdida que entró en su cuarto de Curundú.

Me imagino entonces a esta amiga saliendo en los medios y pidiendo pena de muerte para las pistolas, las balas y la pobreza; exigiendo cárcel para todos los políticos y gestores públicos que han abandonado a su barrio y a la gente como ella por décadas; pidiendo la reubicación de sus vidas y sus penas en uno de los edificios de lujo que se levantan en la avenida Balboa para, al menos, ver la cinta costera desde el balcón.

Si hubiera sido así, los políticos habrían pedido a esta ciudadana que se calmara, que no se puede tomar uno la ley por su cuenta, que hay que ser comprensivo y tener paciencia. Eso sí, algún representante o alguien de Presidencia habría pagado el entierro de su hermana con las migajas de las partidas discrecionales.

Nada es así. Y espero que nada sea cómo desea Navarro que, no contento con la propuesta de endurecer las penas para los menores de edad, calificó al Ministerio de Desarrollo Social como el

“ministerio de los angelitos” y criticó que este despacho proteja a los niños, niñas y adolescentes.

Si por él fuera, deberíamos eliminar toda la protección social y, así, se podría gobernar al mejor estilo de las dictaduras de los ochenta. En ese caso, y si el precandidato llegara a ser presidente, podría hacer limpieza social con escuadrones de la muerte, prohibir a los niños pobres que jugaran en la calle –por la sensación de inseguridad que generan–, o confinar en centros de detención preventiva a vagabundos y pordioseros.

El Ministerio de Desarrollo Social debería ser el eje de cualquier política pública seria de prevención y construcción social. Un gobernante inteligente lo dotaría de recursos financieros y de personal bien calificado y lo llevaría como bandera de su gestión. Pero no es así. En este país, el Ministerio de Desarrollo Social es menos importante que el aseo municipal; cada vez que tiene una buena idea o iniciativa se la roba el Despacho de la Primera Dama, el Ministerio de Vivienda o cualquier político con ganas de colgarse medallas; cuando hubo una ministra con criterio y carácter la quitaron de en medio; y, ahora, es apenas una caricatura de lo que debería ser, aunque ha impulsado iniciativas legales interesantes y necesarias y sus funcionarios hacen lo que pueden aplastados por el resto de oficinas gubernamentales. Por si fuera poco, el famoso Programa de Seguridad Integral (Prosi) terminó con cualquier expectativa de prevención e inserción juvenil.

Considero que el alcalde debería moderarse y entender que esos “angelitos” a los que protege el ministerio no son el enemigo, no son “diablos”, sino jóvenes sin futuro a los que el Mides apenas entretiene con talleres y juegos deportivos. Los “angelitos”, además, podrían ser sus hijos, o los hijos de cualquier panameño. Hasta que una familia no sufre un caso de drogadicción o pandillerismo no es plenamente consciente del drama que supone y de lo difícil que es atajarlo.

Las muertes violentas que han ocurrido en los últimos días son preocupantes, como debe preocupar el deterioro general del clima de seguridad. Ante este hecho hay que tomar acciones policiales y sociales efectivas, en lugar de incrementar penas a menores o diseñar planes de seguridad invisibles –como el actual– que sólo sirve para salvar la cara de los políticos.

Lo que parece, con este clima enrarecido, es que el Mides va a tener que empezar a proteger a los “angelitos” de los “diablos” políticos, tan nocivos para la seguridad como para el buen humor matutino.

el desayuno del abandono

Decidido a combatir la estupidez, nuestro súper héroe anónimo comenzó a apilar todos los periódicos y revistas que acumulaba en su casa desde hacía años. Metódicamente, con la calma de quien no tiene que cumplir metas, C¹², que así lo llamaremos, removía el papel para ayudar al fuego a penetrar hasta el último centímetro de tinta acumulado en la rústica torre de Babel.

Por las llamas fueron pasando personajes de la política nacional e internacional, actrices en traje de baño, expertos en psicología, autores de esa bazofia llamada autoayuda, *chefs* y deportistas. Ardían con la sonrisa impostada, la que congelaron las cámaras fotográficas que buscaban su mejor lado y terminaron sacado su perfil más falso. Jugaban las imágenes compitiendo por ver cuál era la que se quemaba mejor, con un rictus más digno a la hora del fin.

C, contento al ver el fin de tanta mentira, sentía que el planeta, o al menos su casa, era ahora un lugar mucho más habitable, más sano. Su plan, metódico como explicábamos antes, contemplaba el fin de los discursos; un sistemático aniquilamiento de los tituladores de noticias. No se trataba de ocultar la realidad sino de hacerla aflorar, de parirla diferente. Quizá, reflexionaba C, se trataba de sustituir esa mirada plana de rotativa por versos, por párrafos robados de libros nobles, por una realidad creativa que nos hiciera imaginar que lo que somos, sólo es un estado aparente.

Recordaba C cómo disfrutó durante años vivir con los personajes fantasmales que le contaban la historia de Pedro Páramo, como si fuera el Juan Preciado imaginado por Rulfo. Ese tiempo fue real por imaginado y los fantasmas eran de carne y hueso cada vez que C los abordaba en el recodo del pasillo de su casa o al salir a la calle para llenarse de imágenes falsas de realidad. Los primeros escarceos con la huida y ya nunca pudo nuestro personaje evitar la manía de abrir todas las puertas de emergencia esperando encontrar una imagen, un instante de belleza.

Después, muchas otras realidades ocuparon el tiempo de C. Por momentos pensó que su angustia era la de César Vallejo y juraba haber escrito al pie del paseo Esteban Huertas líneas como estas:

¹² C fue un personaje ficticio que creo el autor que apareció durante una larga etapa al final de cada texto.

“Y, desgraciadamente, /el dolor crece en el mundo a cada rato, / crece a 30 minutos por segundo, paso a paso, / y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces / y la condición del martirio, carnívora, voraz, / es el dolor dos veces / y la función de la yerba purísima, el dolor / dos veces / y el bien de ser, dolernos doblemente”.

Esas convivencias literarias fueron las que convencieron a C de que a veces, cuando la realidad contada cansa tanto, cuando resulta incomprensible que la mayoría de los que te rodean crean tanta sandez, tanta mentira, es mejor pasar a la otra realidad, a la proyectada, a la escrita por mentes libres que nunca necesitaron del dolor real para escribir el dolor letal. Es como Matrix pero con tinta china, es un viaje en el espacio para evitar esta densidad de tonterías. Acá, donde súper C, sobrevive, es como en el resto del planeta: la amnesia es el desayuno que borra todo lo ocurrido. Un gobernante puede escupir una locura a sabiendas de que después del café de la desmemoria nadie le pasará factura. No es que a C lo que más le moleste es lo que se dice, sino lo que no se dice. El silencio de los intelectuales ante la realidad (si es que quedan todavía), el pasivo devenir callado de la mayoría de ciudadanos ante las injusticias que los laceran, el molesto hilo musical de la vida laboral o el chirriante rechinar de copas de la vida social.

Por eso, después de terminar con la pira de papel periódico, C ha decidido emprender la fase revolucionaria de su plan. Caminando, en carro, en bicicleta, pretende recorrer la ciudad. Metódicamente, como siempre aborda todo. Metódicamente, digo, C va a regalar a cada persona que se tope un párrafo, un verso o dos quizás, unas líneas para facilitar su huida cuando sea necesario. Si su plan surte efecto, el desayuno será un momento de abandono, el momento en el que dejaremos solos a todos los canallas que creen dirigir nuestras vidas desde los estrados del poder, de cualquiera de los poderes. Así, la mañana en que C haya distribuido los miles de párrafos y versos que ya tiene seleccionados, los enemigos de la verdad se habrán quedado absolutamente solos. Entonces, políticos, economistas, curas, empresarios, vendedores de biblias, proxenetas, policías, espías, tituladores, publicistas, alcaldes, científicos a sueldo, mercenarios, asesinos, boxeadores, malandrines de saco y corbata y todo su mundo habrán quedado aislados, en una especie de isla mediática de mentira.

Mientras, los miles de ciudadanos que posean un párrafo o unos versos seleccionados por C, estarán descansando en el regazo de las palabras y en el solaz del pensamiento. (“¿Se pierde o se gana? / Hay manos que triunfan / al quedarse vacías / y otras como puños / que no conservan nada”. Ernestina de Champourcín).

carnaval púrpura

Publicar en martes en las últimas semanas ha sido heroico. Igual lo es leer el diario. El día de Navidad, Año Nuevo y ahora... ahora... Carnaval. ¿Qué habré hecho yo para pagar este karma? ¿Qué habremos hecho usted y yo para estar acá en la comodidad y el silencio del papel en lugar de estar dándonos empujones entre miles de enloquecidos ciudadanos que piden agua con más energía que si pidieran justicia, salud o educación? En fin, aprovechemos pues este momento de solaz para abordar temas turbulentos, carnavales purpúreos, viajes en el tiempo y amenazas con sotana.

Hasta el momento he evitado con fintas y piruetas entrar en el tema de la autoridad religiosa por dos razones. La primera es porque ya se lo advirtió mi compatriota de ficción a Sancho Panza: “Con la iglesia hemos dado”. Cierto es que se refería al templo y no a la institución, pero el dicho quedó acuñado para advertir a incautos como yo que al final, cuando uno más se confía, aparece la iglesia Católica y desvanece la ilusión de libertad y progreso.

La segunda es porque en estas páginas ya hay un Alonso Quijano¹³ que fustiga a los ultracatólicos que tanto daño hacen a nuestras sociedades y me gusta pensar que las respuestas furiosas de la institución púrpura y sus secuaces van *toditicas* contra él.

Pero... ya no pude aguantar más, no puedo disfrazarme en este Carnaval y evitar hablar de lo que está ocurriendo.

El abuelito Ratzinger iba despistando a los columnistas mundiales. “No es tan radical cómo se anunciaba”; “Bien pensado, era más cerrado Wojtyla”... El lobo estaba disfrazado de corderito pero ya ha activado su maquinaria y ha pasado de la palabra a la acción en su lucha contra el relativismo –esa tendencia que tanto pánico le da al jefe de la iglesia Católica y a todos los que aseguran que hay una sola verdad divina.

Ahora los obispos y líderes eclesiales se han convertido en la quinta columna radical de Ratzinger, metiéndose en política, volviendo a colarse en el entorno privado de cualquiera que deje

¹³ Se refiere el autor a Xavier Saenz-Llorens, articulista de La Prensa

entreabierta la ventana y promoviendo un regreso al medioevo mental y social.

Pensaba que era un fenómeno que sólo se estaba dando en mi rancia España, la que el dictadorzuelo Franco consideraba “reserva espiritual de Europa” mientras la mantenía sumida en el oscurantismo y la prohibición de masturbaciones propias y en compañía. Ahora, de paseo por aquel mundo viejo, pude ver cómo la iglesia Católica está de campaña política aliada con los sectores más radicales de la derecha. Su emisora de radio emite mensajes que recuerdan –salvando la distancia– la violencia de las ondas ruandesas en tiempos de genocidio. Convocan a un millón de fieles que huelen a alcanfor para decir que sólo hay que tener sexo para parir, que buscar soluciones políticas a la violencia separatista es antidemocrático, y que eso de los homosexuales ofende a ese dios que no ha dicho ni “mu” desde hace 2.008 años.

Como escribía, pensaba que era un fenómeno de la sacrosanta España, que siempre se ha creído la más católica entre las católicas –nunca tanto como Polonia–. Sin embargo, en Panamá la cosa no está mejor. La iglesia Católica ya no es partícipe del dejad que los niños se acerquen a mí y parece estar de acuerdo con los incrementos de penas a menores de edad y con la mano dura. Además, invita a Rodríguez Maradiaga, el hondureño papable que parecía demasiado liberal para Roma, a visitar el país, fustigar cualquier intento de educación sexual, o promover la sequía y la distancia en las camas católicas.

Mi pregunta siempre es la misma: ¿cuándo va a mirarse al espejo la iglesia Católica?, ¿cuándo va a revisar los estragos mentales que ha causado su educación represora?, ¿cuándo abandonará la doble moral tradicional católica de tapar con una mano lo que hace con la otra?, ¿cuándo pedirá perdón por todas las complicidades que mantiene con políticos corruptos, genocidas reconocidos, mafiosos que van a misa y violentos maridos a los que perdona porque así es la naturaleza de las cosas?, ¿cuándo va a dejar el bando de los moralistas –sin muchas medallas que apuntarse en ese terreno– para unirse al de los ciudadanos?

Personalmente estoy cansado de escucharlos pontificar todo el día, mirándonos por encima del hombro, como si la sotana les diera una autoridad o una clarividencia que está negada a los que vestimos *bluejeans* y reconocemos nuestras “imperfecciones”.

Creo profundamente en el laicismo de los estados, en la sana distancia que debe haber entre religiones –la que sea– y funcionarios, en el derecho que tienen los curas a quejarse de los

condones en público pero en el mismo derecho que me asiste para llamarlos irresponsables por ello... Si ser fiel es asunto de creer a ciegas, yo soy fiel del laicismo.

Mientras que yo ando en estas, los fieles católicos estarán hoy terminando cuatro días de borrachera y bronca. Sé que eso no es un problema porque luego se confiesan y borrón y cuenta nueva. Esa es la suerte de los creyentes en la institución católica. Todo es un empezar de cero. La historia, sin embargo, tiene una memoria de elefante por eso sus llamados a la moral y el orden son tan poco efectivos: falta de autoridad moral púrpura.

las carpas de la lucidez

Acostumbrado a convivir con el pesimismo, uno está desarmado contra las buenas cosas. Bueno, no desarmado pero sí con las antenas plegadas, desacostumbrado a llevarme sorpresas positivas de esas que me hacen apartar los nubarrones y ver por unos minutitos el sol. Menos aún, cuando las buenas nuevas aparecen fantasmales, en la noche, sin avisar.

Plaza Catedral, donde casi todo confluye aunque casi nadie vaya. Los *robocops* del SPI, las verjas miedosas del poder, el poder amedrentador de la iglesia, las vallas de los proyectos inmobiliarios de mentira, y los estragos de los de verdad que dejan patrimonio reducido a tres paredes, los dueños de la calle que no tienen nada, y los que divagan en las calles sin nada que hacer en sus casas, el museo de la historia que nos gusta recordar y los edificios que acogen a los políticos sin memoria...

Plaza Catedral es como el centro de la desigualdad y la periferia de la Panamá de vidrio y mentira. Allí, en la noche, como espectros en carpa, me encontré a estudiantes y campesinos que protestaban contra la devastación natural de sus tierras, de sus historias, contra el desarrollo de mal rollo, contra la sordera de los gobernantes que solo representan a inversores y no a los moradores¹⁴.

Y pensé en la necesidad de darles un premio, un reconocimiento a la inteligencia porque han ejercido su ciudadanía de manera hábil, digna y festiva. En un país donde se demonizan los movimientos sociales, donde se les ve agresivos y salvajes, es emocionante presenciar una protesta cívica no violenta, propositiva, con la paciencia de quien viene de la tierra y sabe que vuelve a la tierra.

Claro que se ha vendido desde el punto de vista folclórico. Los medios de comunicación han mostrado fotos de niños indígenas durmiendo en la calle, de mujeres cocinando... pocos análisis de fondo, poco destaque al hecho de que el Gobierno, que se sienta con el primero que tire piedras y rompa vidrios, mandó al dúo “antimedioambiental” (Castro-Arosemena) a hablar con estas

¹⁴ En febrero de 2008 campesinos e indígenas de diversas zonas mantuvieron un campamento de un mes en contra de los proyectos hidroeléctricos.

gentes, nada más: buenas y vacías palabras que terminarán en hidroeléctricas o minas plantadas en sus territorios.

Hablamos del mismo gobierno que está permitiendo que la mina de Petaquilla abra una herida lacerante en el corazón del Corredor Biológico Mesoamericano, hablamos del gabinete de los pescadores deportivos de lujo, del que hace negocio para que personajes sombríos hagan el oleoducto que faltaba para enfangar Taboga. Nos referimos al mismo gobierno que está permitiendo la construcción indiscriminada sin reglas ni sentido, los administradores del país que le regalan metros de mar y de privacidad al hotel Miramar o al Club de Yates... ese gobierno era el interlocutor de estos manifestantes y eso es injusto.

Es algo parecido como a poner en la misma mesa a un ciervo y a un león. Sin embargo, la dignidad de estos manifestantes me conmovió. No es que tenga la lágrima fácil, ya expliqué que mi pesimismo existencial es un antídoto contra romanticismos “facilongos”.

Creo que son un ejemplo y un síntoma a la vez. Un ejemplo de lo que se debe hacer y un síntoma de lo que está sucediendo. Y lo que está sucediendo es que hay un divorcio profundo entre los que gobiernan y la sociedad civil. Una sociedad civil cada día más organizada, más preparada y más combativa.

Por esta razón, parece un mal chiste la publicidad pseudoelectoral que contamina nuestras calles y carreteras. Los eslóganes son tan profundos como un ensayo filosófico escrito por un vendedor de llantas –con todo el respeto–; y las propuestas son tan ausentes como la plata en la cuenta de ahorros de un raspadero. Uno mira las vallas y luego gira la vista a lado y lado y es como un viaje por mundos paralelos.

¡Están tan lejos! Es tan evidente que están en una pelea que poco tiene que ver con los intereses de la mayoría, que por eso emociona cuando un puñado de campesinos, indígenas y estudiantes ponen sobre el tapete los temas de la realidad.

Esa es la fuerza de este siglo, la de la sociedad civil, la que le exige a los políticos que aterricen y que, además de inventar cintas costeras y derrochar en campañas publicitarias vacuas, hagan su trabajo no por el típico argumento que se les echa en cara: el salario, sino porque cuando uno entra en política debería mantener un sentido de lo público, del servicio a la comunidad que te elige y que te alimenta el ego y el bolsillo.

No creo que haya cambios. Todo seguirá igual. Pero puede ocurrir un día, en que, siguiendo los designios del **Elogio de la Lucidez** de Saramago, los ciudadanos nos cansemos y no votemos a nadie para botar a todos. Como ven, al final del cuento, sí soy un optimista. ¡Je!

[A mi amigo C le hubiera gustado ser Fernando Pessoa: “Tres días seguidos de calor sin calma, tempestad latente en el malestar de la quietud de todo, vinieron a traer, para que esa tempestad se desplazara a otro sitio, un leve fresco, tibio y grato a la superficie lúcida de las cosas. Así, a veces, en este transcurso de la vida, el alma que sufrió porque la vida le pesó, siente súbitamente un alivio, sin que en ella tuviese lugar nada que lo explicase”].

el héroe es el villano

En Europa el peso del judeocristianismo es brutal. Tanto, que a los viejitos les da por confesar en público lo que han estado mascullando para sí durante largas décadas. Algo así como expiar el sufrimiento para irse a la tumba en paz. Una soberana estupidez porque a la tumba uno siempre se va dormido, sin nada más que un ramo de flores aburridas y alguna que otra lágrima vertida sobre el ataúd.

Pero a ellos les da por ahí. ¿Se imaginan que por acá ocurriera lo mismo? Un Pinochet reconociendo cómo había disfrutado arrojando al mar izquierdistas desde los aviones, un Kissinger atormentado por su pasado pidiendo perdón a medio mundo, un Uribe renqueante confesando antes de dar el último respiro cómo armó y fomentó escuadrones de la muerte de manera entusiasta y jovial... Tampoco es que a todos los europeos les dé por esto. No les voy a engañar. Suele ser por el norte y no dejan de ser casos aislados, anecdóticos, noticiosos cuando poco. Cuando lo hacen, las trincheras se separan y los hay que apoyan al viejito en solidaridad con su silente y senil dolor, y otros que lo machacan públicamente y lo dibujan como un ser malvado buscando redención.

Uno de los casos más sonados fue el de Günter Grass y las confesiones alrededor de su juventud nazi. Él juró que ya lo había escrito antes, pero es ahora, cuando está mayor y canoso, cuando sus palabras han sido creídas.

El más reciente acto de sinceridad es el de alguien a quien habría que condecorar. Primero, porque nos sacó de la mitología para demostrarnos que la realidad es más prosaica que los cantos de sirena de los que nos alimentamos. Segundo, porque acabó con la vida de un peligroso personaje que, a punta de letras, ha inoculado el gen de la rebeldía en cientos de miles de ingenuos lectores. “Un comunista cualquiera”, dirán algunos; “un lobo con piel de corderito (eso sí, un corderito dibujado dentro de una caja)”, asegurarán otros.

La historia será injusta con Horst Rippert, ahora de 88 años. Desde que confesara hace unos días que fue él quien, en 1944, tumbó el avión que pilotaba Saint-Exupéry sobre el Mediterráneo, este honorable anciano ha debido perder la simpatía de nietos y sobrinos, sus vecinos lo deben mirar de reojo y en el fondo debe

sentirse como si hubiera violado salvajemente a Blancanieves o a la Caperucita Roja.

Pero mirémoslo desde otro punto de vista. Saint-Exupéry no era más que un revolucionario encubierto. Se le ocurrió escribir ese librito tierno y violento a la vez titulado **El Principito**. En cada página cuestionaba a los adultos y reivindicaba la autonomía y lógica de los menores (los opusianos del patio pensarán que es un aliado de las feministas horribles que quieren soliviantar a niñas y niños con la Ley de Menores), apuntaba contra el consumismo y el capitalismo, se permitía reivindicar la tristeza y trastocaba todo lo que ya funcionaba mal en los años 40 del siglo pasado y que, repasando sus páginas, no ha cambiado mucho.

“Conozco un planeta –asegura **El Principito**– donde vive un señor muy colorado, que nunca ha olido una flor ni ha mirado una estrella, y que jamás ha querido a nadie. En toda su vida no ha hecho más que sumas y restas. Y todo el día se lo pasa repitiendo: ‘¡Soy un hombre serio, soy un hombre serio!’. Al parecer esto le llena de orgullo. Pero no es un hombre, es un hongo”. La lindeza, supuestamente escrita para niños, es un atentado directo a la carrera profesional de la mayoría de los abogados y banqueros del país. Una vergüenza.

Imaginen cómo ataca a los adultos: “A los mayores les gustan las cifras. Cuando se les habla de un nuevo amigo jamás preguntan lo esencial del mismo. Nunca se les ocurre preguntar: ‘¿Qué tono tiene su voz? ¿Qué juegos prefiere? ¿Le gusta coleccionar mariposas?’. Pero, en cambio, preguntan: ‘¿Qué edad tiene? ¿Cuántos hermanos? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?’. Si le decimos a las personas mayores: ‘He visto una casa preciosa de ladrillo rosa, con geranios en las ventanas y palomas en el tejado’, jamás llegarán a imaginarse cómo es esa casa. Es preciso decirles: ‘He visto una casa que vale 100 mil pesos’. Entonces exclamarán entusiasmados: ‘¡Oh, qué preciosa es!’”.

En nuestros tiempos, Saint-Exupéry habría sido sometido a torturas bajo el agua en un avión secreto de la CIA, o hubiera sido juzgado por apología del terrorismo. Así que el pobre Rippert, en el fondo, le hizo un favor al callarse la verdad por 64 años y dejarnos pensar que, como en su libro de infamias, estaría perdido en el desierto, aprendiendo de **El Principito** a cómo disfrutar 46 puestas de sol en un día o discutiendo sobre la utilidad de las espinas de una rosa.

Rippert se habrá quedado sin amigos en su vejez, pero yo me solidarizo con él desde acá. Además, el mismo zorro que hablaba

con **El Principito** de forma irreverente sobre los seres humanos ya se lo advirtió: “Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Lo compran todo hecho en las tiendas. Y como no hay tiendas donde vendan amigos, los hombres ya no tienen amigos”. Estimado Horst, aquí tiene un amigo. Es preciso acabar con quienes difunden ideas tan corrosivas, aunque lo hagan camuflando sus textos de cuento para niños.

[Muerto el mito perdido, a C no le queda desierto en el que refugiarse ni flor que oler].

digamos que hoy no es martes

Digamos que se descubre una magnífica reserva de petróleo en Punta Pacífica o en Paitilla. Nadie dudaría que, por el bien nacional, se debería explotar, sacando a todos los vecinos de la zona, con escasas indemnizaciones (¡el Estado no es un banco, por Dios!) y dando en concesión la minita negra a alguna compañía extranjera experta en estas lides (que los cholitos siempre confiamos más en la eficiencia ajena, aunque esta no esté probada).

Digamos, y es solo un suponer, que una de esas multinacionales en busca de incentivos fiscales en el tercer mundo se empeña en instalar su fábrica contaminante cerquita de un núcleo de población como David o Penonomé. Nadie dudaría de que el monto de la inversión y los empleos prometidos (casi nunca comprobados ni en cantidad ni en calidad) justificaría cierta afectación pulmonar o cancerígena para los habitantes de la zona (alegres y agradecidos ante las promesas del desarrollo).

Digamos, y nadie nos puede asegurar que no ocurra, que Panamá se sume a la furia nuclear francesa y decidamos sustituir las costosas y contaminantes termoeléctricas por las “limpias” y silenciosas máquinas de vapor a punta de plutonio. Lógico sería aplaudir tan novedosa iniciativa y condecorar al ministrillo de turno responsable de la gestión.

Son escenarios que parecen improbables pero que, cuando poco, son posibles. En nombre del desarrollo hemos destrozado medio planeta y nadie dice que no vayamos a hacer lo mismo con lo que queda. Para que usted y yo podamos comprar las gangas asiáticas en las megatiendas de Panamá, hay decenas de miles de asiáticos que crían a sus hijos con malformaciones, que sufren cáncer a edades inimaginables y que trabajan en condiciones de esclavitud. Para que usted y yo prendamos la luz con tanta tranquilidad y dejemos focos prendidos por doquier con la alegría irresponsable de infantes, estamos acabando con los recursos hídricos y forestales y desplazando a miles de campesinos, víctimas del exceso de consumo de los ciudadanos. Para que usted y yo nos comamos una hamburguesa (yo ya no las como hace tiempo), una sola hamburguesa, se debe arrasar con 6 mil metros cuadrados de selva tropical, se consumen 500 litros de agua y se erosionan 3

kilogramos de tierra. No está mal. La lección, si es que hay alguna, es que toda acción tiene su consecuencia.

Las campesinas, campesinos e indígenas que tuvieron que vagar en la Plaza Catedral durante 18 días hasta que el Presidente se dignó a dedicarles unos minutos de su tan ocupado tiempo, lo único que piden es que no se acabe con su paisaje, sus propiedades y su historia en nombre del "desarrollo" sin dialogar antes con ellos. Hidroeléctricas, minas, ahora la promocionada palma aceitera son amenazas directas a su universo por la simple razón de que la galaxia consumista de la ciudad necesita más candela.

Piense por un minuto si algo así ocurriera cerca de su casa, en el vecindario, en el lugar en el que usted puso sus pocos ahorros y sus muchas ilusiones. Es probable que no le gustara.

Pero esta gente no es importante. La sordera congénita del Presidente de la República, olvidadizo hasta con sus propias palabras, es dramática cuando además de afectar la vida de los ciudadanos, machaca su dignidad ignorando que detrás de cada una de esas personas hay una historia, un rostro, unos anhelos... Bueno será ver algún día a Carlos Slim esperando 18 días a que Torrijos lo invite a un cevichito en el Palacio de Las Garzas.

Yo tiendo a imaginarme a Torrijos, o a cualquiera de sus encorbatados funcionarios, en cocteles, regalando hectáreas al club de yates al que ellos mismos pertenecen, negociando en grande con productores de *jamesbonds* cualquiera, asistiendo a cumbres internacionales, quejándose de lo agotador que es el trabajo de Estado... incapaces de mirar por el vidrio de las Prado tintadas y blindadas contra toda emoción.

Si tuviéramos dignidad, todas y todos dejaríamos de consumir lo que las empresas devastadoras producen (casi todo), si tuviéramos dignidad no votaríamos a nadie en las próximas elecciones, si tuviéramos un ápice del patriotismo que tanto se nos restriega no cabrían los humanos en Plaza Catedral, nos encadenaríamos todos a las rejas del miedo presidencial y, después, invitaríamos al Presidente y sus lacayos a un sancocho sin presa, hecho con agua contaminada de metales pesados proveniente de los ríos panameños, con verduras letales cargadas de fertilizantes químicos y lágrimas de las niñas y niños panameños que están creciendo en un mundo que se desmorona y que todavía no han aprendido a robarse las migajas del Canal que llegan en forma de Prodec, maná ridículo y menguado de los réditos de la joya de la corona.

Digamos que hoy no es martes, que el Presidente va a cerrar la boca y a escuchar un poco más; digamos que nuestra gente es escuchada; digamos que me despierto...

[Pablo Antonio Cuadra, el PAC patriótico y enraizado: "(...) en la casa que perdimos / en la vieja casa grande junto al río / donde yo vuelvo ahora / donde yo vuelvo siempre / apenas cae un poco de sueño en mis ojos vacíos". C regresa a la carga].

¡repartan el botín!

Ahora sí les doy la razón. Estamos desplazando a Costa Rica como la Suiza de la región. Una Suiza de paisajes para *póster*, de infraestructuras para ricos, de carros último modelo, de mujeres operadas hasta en el esternón, de diseñadores de moda y moda de diseñadores, de jovencitos agresivos que hablan inglés con acento de “niuyorq”, de fiestas sociales sofisticadas, de edificios “como de primer mundo” y de pobres del tercero escondidos para no afeár la vista –aquí todavía nos falta mucho por avanzar, pero el Banco Interamericano de ¿Desarrollo? (BID) nos puede ayudar.

Hay 189.1 millones de dólares para la cinta costera –más costura que cinta, por cierto– y algunos centavos para repintar los multis de El Chorrillo o de Curundú y así fingir desarrollo (aunque en realidad ese barniz forma parte del camuflaje de los pobres para que cuando los buses turísticos pasen por la Avenida Nacional o por El Chorrillo camino a San Felipe, los fulos no se asusten).

Ese pequeño contraste demuestra, fundamentalmente, que el Estado en Panamá está justo para lo contrario de lo que se supone que es su esencia. La teoría del Estado moderno plantea que la administración de lo público busca remendar lo descosido de las brechas sociales, compensar y redistribuir recursos –vía impuestos... ¡lo siento libertarios!–, establecer reglas del juego que ayuden a los desfavorecidos y juzgar con la dureza merecida los desvaríos en esas veredas.

Aquí no es así. Como en Suiza, Panamá subvenciona a los ricos, protege sus intereses incluso en contra de los del Estado y machaca sistemáticamente a los pobres, a los que generosamente dejaremos en la cinta costera unas mesas de *picnic* para que se ganen un buen cáncer de pulmón de chupar humo, mientras ven el *skyline* del desarrollo al que nunca tendrán acceso.

Es casi divertido –si no fuera patético– leer las cartas de los ofendidos socios del Club de Yates y Pesca, exigiendo derechos y apuntándose el tan importante mérito de haber sido pioneros en la náutica *yeyecita* del país cuando los pioneros, en todo caso, serían los pescadores y capitanes que manejan sus yatecitos.

Dicen las malas e informadas lenguas, que algunos vivos del patio jugaron vivo el pasado año comprando su cupo en el Club de

Yates, aunque lo más cerca que han visto un barco es en Discovery Channel. No lo hicieron para poder tomar trago a buen precio, como insinuaba un lector en estos días, sino para aprovecharse de las posibles indemnizaciones que el Estado pagaría al Club por la cinta costera.

Finalmente, el Estado, o sea usted y yo, le ha regalado al club tres hectáreas de relleno –que los miembros del club contabilizan como cinco–.

En estos momentos, es cuando me hago religioso y rezo como descosido porque un *tsunami* nocturno y focalizado arrase con las nuevas instalaciones del club en la nueva cinta costera, esa que estará llena de cicatrices para acomodar intereses (los de los yateros y los del hotel Miramar). Lo malo de mis deseos es que una vez la naturaleza ponga orden en las cosas, el Estado le regalará a estos chicos –ninguno hijo de mami y papi, seguro– 10 hectáreas para compensar la rabia malcontenta.

La otra opción es que el Estado nos regale a todos los panameños, y a los que contribuimos a las arcas públicas con nuestros impuestos, unas acciones del Club. Si están sobre terreno público y se considera una actividad de utilidad pública –porque si no, no se justificaría el regalito–, entonces todos tenemos derecho sobre esa entidad.

Es más, se puede hacer un *kit* marítimo y en diciembre de este año podemos recibir todos y todas en casa un paquetito con acciones del Club de Yates y Pesca, de la Autoridad del Canal de Panamá y, ya que estoy pidiendo, pueden incluir algunas de la brasileña Odebrecht –la gran aparecida y la gran beneficiada de la era Torrijos, como el Toro tuvo sus protegidos constructores de acento más charro. Se me olvidaba, el regalo de Navidad también debe contener beneficios de constructores y consultores, la ruinosa empresa de la que malvive el pobre y triste presidente de la República.

Si hacen esto, prometo hacerme el loco cuando terminen la cinta y tengamos que aguantar las propuestas antiestéticas de paisajismo que están comunicando con cuentagotas, la fuente a la indígena mítica –mientras ignoramos a los indígenas reales–, el espacio de *picnic* –en el que con esta canasta básica, los viandantes comerán pan michita–, los módulos orinatorios, la inseguridad que habrá en la zona en la noche porque no tendremos suficientes policías machos para controlarla... Todo, me aguanto todo, pero compartan el botín, queridos bandoleros, que en Suiza el tema funciona porque los excluidos son minoría y, por tanto, no molestan. Acá, si

no reparten, un día se madrugarán con un Haití en llamas, harto de no poder echarse arroz a la boca.

[Jaime Sabines no solo habla de amor. Como C., armado de lastre y dolor, el sarcasmo salva el desasosiego: “Háblenle de tragedias a un pescado. /A mí no me hagan caso. /Yo me río de ustedes que piensan que soy triste/ como si la soledad o mi zapato/ me apretaran el alma”].

invierno, encrucijadas y delirios

Hay algo perturbador en la llegada del invierno. Como cuando hay que elegir camino, como cuando no se tiene claro si se prefería el fresco quemado con tonos café que nos acompañó los últimos meses o si se necesita el verde húmedo que está por venir. Hay una especie de efecto renacimiento cuando las riberas de las carreteras y las lomas cambian de color y sonríen a cada gota de agua nueva recibida. Las encrucijadas son para eso, para poner a prueba nuestra capacidad de saltar al vacío o nuestra tendencia de aferrarnos a lo conocido.

Esto de las encrucijadas nos persigue. Nos han programado para buscar la estabilidad sin riesgos, la permanencia de cuatro cosas que nos hagan sentir que nos movemos en piso sólido y no en arenas movedizas que pueden deglutirnos. Pero la vida no es así.

Todo un país, por ejemplo, se enfrenta ahora a un largo y desgastante proceso electoral¹⁵ en el que hay que elegir. En este caso no hay hierba fresca y verde donde retozar, ni desde dónde mirar los cambios repentinos de cielo que nos regala el invierno. La elección será entre esto y lo mismo, entre lo conocido y lo aburrido, entre la codicia y la impericia. La mayoría de candidatos ha demostrado con creces su incapacidad para solucionar los problemas del país: unos, dejando una ciudad maloliente y una administración municipal tercermundista; otros, manejando sus negocios a punta de caciquismo y sobre unos zapatos de charol; algunos, siendo millonarios por gracia divina y manejos clientelistas; otros, haciendo populismo con un bote de pintura en la mano y ninguna solución estructural en la cabeza; varios, con el Opus empujando su campaña como principal haber y el resto sin mucho que contar. Uffff, que Dios, si existe, nos agarre confesados a la hora de votar. O que, si tenemos la valentía suficiente, seamos merecedores de una novela de Saramago como **Elogio de la lucidez**, con una mayoría de los electores optando por el voto en blanco para dejar en blanco la quiniela de la politiquería.

¹⁵ La campaña electoral que desembocó en las elecciones generales de mayo de 2009 arrancó extraoficialmente un año antes, en mayo de 2008.

No va a pasar, ya lo sé, pero uno siempre prefiere la hierba fresca al terreno quemado por los que no han aprendido a cultivar la tierra de otro modo.

Las encrucijadas también se presentan en la vida más íntima: el empleo, el amor, la amistad... En casi nada tomamos la mejor decisión, sino la que toca o la que queda mejor ante el gran -o pequeño- público de nuestra vida. Para despistar la encrucijada y fingir santidad, entretenemos el tiempo en los *mall*, en la vida social, en tabernas y cines... allá donde se dé el suficiente ruido para distraer la mente.

Los políticos lo saben, y por eso las campañas son tan ruidosas e inútiles. En lo diario sucede algo parecido: ponemos música a todo volumen, hablamos sin parar para que el ruido de las palabras oculte el rumor del pensamiento, gritamos cuando no tenemos nada razonable que musitar, gruñimos cuando una sonrisa se nos atraviesa de manera imprevista y aceleramos cuando sentimos que frenar nos obliga a tomar decisiones en la encrucijada.

Al final, lo social no es más que el reflejo de lo individual -¿o es al revés?-. Por eso resulta hilarante ver cómo los medios de comunicación se escandalizan ante la violencia -el ruido- de los estudiantes del Artes y Oficios o del Instituto Nacional y que no se pregunten qué sucede detrás, el porqué de los vidrios rotos. Habría que ser muy ingenuos para afirmar que la violencia es gratuita porque, en este mundo, nada, nada, es gratuito.

Transmitimos desde los medios ruido para no tener que pensar en la encrucijada social actual; en el ruinoso modelo en el que nadamos, rodeados de fango, pero disimulado a punta de cloro. Si paráramos un segundo y nos fijáramos en lo que esconde la epidermis de la noticia, descubriríamos que somos culpables de buena parte de los imaginarios que hacen que la gente cambie de estación, sin apreciar los olores, el peso del viento, la tez mutante de la Luna.

O dicho de manera menos poética: somos corresponsables de que toda la crisis obrera de febrero haya quedado reducida a quién paga las feas paradas de buses rotas -da igual la muerte de manifestantes-; de que los ciudadanos sigan gastando su plata en los rellenos ilegales de Amador; de que este Gobierno siga vendiendo el desarrollo económico como si se lo hubiera inventado él; de que la mayoría de los panameños de bien mire a otro lado cuando de pobreza y tristeza se trata...

La encrucijada de cualquier ciudadano o ciudadana sensible es cómo lograr que lo que piensa, lo que dice y lo que hace se parezca. Si empezamos por lograrlo en la vida privada, quizás empujemos cambios en lo público.

[Si C. empieza a bombardear con munición local es porque es bella y directa. Héctor Collado presta una bala: “Mis hermanos lloran hacia dentro / Mis hermanos lloran hacia dentro, / mientras crecen, / desesperanzados hijos del hambre / que mide todas las cosas”].

breve manual para fumadores aislados¹⁶

Prendo el fósforo mirando a los lados. Yo, firme creyente de la teoría de la conspiración en casi todos los ámbitos de la vida, debo ser prudente. Nunca se sabe cuando se está siendo vigilado, mirado por ojos prestos a registrar y manos dispuestas a marcar el número telefónico de denuncia.

La llama se acerca al cilindro asesino, y aspiro el humo que me mata lentamente antes de escribir la primera letra de este artículo que no mata a nadie. No hay gente cerca. Nada de empleadas del servicio –sapas incontrolables, según el Ministerio de Salud (Minsa)–, nada de niños inocentes, nada de deportistas furibundos, nada de mascotas en riesgo de muerte por humos ajenos... nada ni nadie me molesta.

Por eso, en este contexto de paz y soledad –aislamiento lo denominan los medios en estos días– me dispongo a dar las instrucciones precisas a los fumadores y fumadoras que quedamos en Panamá para poder matarnos en calma, sin presión de inspectores irredentos ni de sanadores de cruzada.

Lo primero es elegir bien el lugar. Ya sabe, nada de escaleras del edificio ni restaurantes, ni bares, ni parques, ni donde haya mosquitos –son molestos como los humanos aunque no denuncian–, ni señoras que confunden el condón con un cigarrillo porque nacieron para defender la castidad y la procreación –dos manías contradictorias–.

Mi recomendación es múltiple. Quedan muchos lugares libres de persecución, y los primeros son los guetos de la ciudad. Allí da igual que alguien se mate o deje de matar. Puede ser a bala, a golpes, a trago o a cigarro. La pobreza y la exclusión tienen un grado de libertad extraño, riesgoso. Aprovechela. En Curundú, El Chorrillo o en la 24 de Diciembre, o en los abandonados barrios de Colón, no se esconden inspectores de salud en cada esquina, porque si no la libreta de partes no les alcanzaría para registrar el

¹⁶ En 2008 se aprobó una ley extremadamente restrictiva para los fumadores en Panamá. El autor recomienda prender u cigarro antes de proseguir con el texto.

desastre. Ellos son prudentes y tratan de no entablar cruzadas imposibles. Por eso prefieren concentrarse en calle Uruguay, donde está toda la yeyesada y a donde acuden los camarógrafos prestos a cubrir el *show* de “La hora de la ley”.

El segundo lugar ideal ronda por las comarcas indígenas o por algunos de los pueblos enmontañados donde el Estado es un rumor lejano, que solo llega con pancartas electorales. Allí podemos fumar a nuestras anchas, da igual que haya gente cerca –ya que no son ciudadanos de derecho– y, por supuesto, no hay empleadas domésticas, la quinta columna de la cruzada antitabaco según los genios del Minsa.

Pero, realmente, el consejo más importante tiene que ver con el kit que debemos llevar siempre encima los fumadores. En el maletín hay que llevar, anoten: una cinta de medir, porque es muy importante determinar qué significa “cerca” para la ley; una vez haya tomado la distancia prudente del resto de la humanidad, saque del kit una tiza y marque una circunferencia a su alrededor –si no lo respetan por fumador, lo harán por satánico–; también es importante llevar en la cartera una estampilla de monseñor Escribá de Balaguer, el que todo lo puede, por si algún o alguna fanática de la santidad decide denunciarlo; y el último elemento fundamental, por si fallan todas las técnicas anteriores, es un billetico de “cinco dólares” para coimear al cansado funcionario o policía que, incapaz de detener a los mafiosos que rondan el país o de salir del clóset y despelucarse en contra del reglamento oficial, agradecerá cualquier ayudita de nosotros, los últimos pecadores.

Si todo nos falla –eso no ocurrirá porque la furia legalista durará dos semanas–, entonces hay que aliarse con los enfermos que andan defendiendo el sacrosanto derecho natural a portar armas debajo de la corbata. Hace unos días hicieron un acto en el restaurante chino donde las ratas son excepción y con la inestimable colaboración de la Fundación Libertad.

Yo, hoy, apelo a ellos para que nos protejan del abuso del Estado que no nos deja matarnos a nuestro antojo y que atenta contra el derecho a la propiedad privada más efímera y volátil: el cigarrillo.

Juntos podremos derrotar a este monstruo que construye carreteras y prohíbe fumar a la misma velocidad que se olvida de distribuir la riqueza obscena del país, que mantiene un aparato judicial aliado de la impunidad, que sigue sin poner en marcha un verdadero plan de seguridad alimentaria, que promociona a inversionistas multimillonarios al tiempo que abandona a los escolares en centros mediocres por fuera y por dentro...

Además, en la misma línea de la ley antitabaco, promocionaremos una ley antialcohol –una de las principales causas de muerte, estupidez y maltrato familiar–, otra contra la venta de fritos en la calle –¡obturando venas con tanta porquería!– y otra contra los centros comerciales –promotores del atontamiento y la ruina–.

[Juan Gelman le regaló a C. y a la humanidad la más bella descripción que haya leído en los últimos instantes de la revolución de palabras: “En el amor se da lo que no se tiene y se recibe lo que no se da y ahí está la presencia del ser amado nunca visto, el amor a un mundo más humano nunca visto y torpemente entrevisto, el amor a una mujer que no es y a una justicia para todos que no es”].

la dignidad de Macario

Yo sé que usted está cómodamente sentada o sentado en la silla de la mañana, revisando el diario sin muchas ganas de viajes paralelos a lugares incómodos. Yo también. Pero déjeme llevarla o llevarlo unos minutos hacia una de esas realidades que discurren al tiempo de su vida, de la mía también. Habrá oído hablar de Jaqué. Normalmente, en relación con desastres, desplazados, muertes o pánico a la invasión de la horda guerrillera vecina; nada bueno habrá escuchado usted de este poblado caliente y húmedo como el infierno, olvidado del Estado (excepto para mandar policías) y del resto de la sociedad panameña (como puede pasarle a Sambú, Puerto Obaldía y decenas de la periferia de la periferia).

En Jaqué, justo en el centro de la ¿calle principal?, está el kiosco “Donde Estoy”. Desde la primera vez que pisé este pueblo, el kiosco me llamó la atención: carteles animando al uso del condón, pidiendo respeto para la cultura de los indígenas de la zona, solicitando la unidad de la comunidad para lograr el desarrollo de Jaqué... No era un proyecto de alguna ONG nórdica despistada ni, por supuesto, la iniciativa de un legislador “grafitero”. El dueño de ese negocio donde usted puede conseguir desde una galleta de coco hasta una bicicleta, desde una libra de cebollas hasta un trabajo de plomería, es Macario Morales Pino. Lo definiría como la “sonrisa de Jaqué”. Su optimismo y su energía son contagiosos, siempre dispuesto, siempre educado.

Macario acaba de protagonizar uno de esos episodios que jamás se conocerán acá en la capital, pero de los que hacen que uno vuelva a creer en la fuerza de nuestra sociedad civil frente a los politiqueros clientelistas que se riegan por nuestra geografía como una plaga de insectos casi imposible de eliminar.

La historia es la siguiente. Visitaban Jaqué hace unos días el alcalde de la localidad Benigno Ibarguen y el representante Francisco Moreno. La llegada de estos personajes no deja de ser exótica, ya que Jaqué depende de La Palma y la presencia de lo público en estas tierras se limita a carteles de instituciones inoperantes que pagan unas 120 botellas que alimentan la microeconomía local, con la misma desidia con la que acogen sus responsabilidades como funcionarios.

Macario, que importó “de la ciudad lo que es manifestarse”, colgó en el lateral de su kiosco un cartel que rezaba: “De nuevo los políticos. ¡Oh, Dios!, mete tus manos para que Darién no vuelva a tener gobernantes plomos como los tres actuales (diputado, alcalde, representante de Jaqué). Fueron un fraude para todo Darién. Macario M. PE 9-21-98”. Además, Macario puso junto a la única cabina telefónica que funciona una nota dirigida al representante Moreno, en la que le recordaba su inoperancia: “Señor representante, las críticas y los aplausos se ganan, pero lastimosamente usted se ha hecho acreedor a las críticas solamente. Nota: Todavía usted puede cambiar nuestra forma de pensar trayendo logros a favor de nuestros pueblos, lo esperamos con tres manos”.

El revuelo en el pueblo era evidente y el alcalde, al pasar frente al kiosco, pudo leer el cartelón pintado en blanco sobre una gran bolsa de basura desplegada. Ni corto ni perezoso, Benigno Ibarguen se fue a hablar con Macario y lo amenazó con llevárselo detenido a La Palma si no retiraba el cartel de protesta. “Confieso que me dio miedo, que pensé que no podía dejar abandonado mi negocio y que... bueno, la protesta ya la había visto, porque yo lo que quería era que despertaran en el poco tiempo que les queda de periodo, porque acá no hacen nada”.

El atentado contra la libertad de expresión de Macario tuvo el efecto contrario al esperado por el alcalde. Un grupo de vecinos mostró inmediatamente su solidaridad con el comerciante, puso notas en los tableros recordando a Ibarguen que ya no existen leyes mordaza y animó a Macario a seguir con su lucha.

El siguiente paso de este héroe sin focos que lo muestren fue echar mano de la ironía y empapelar el pueblo con el siguiente mensaje dirigido a los tres políticos: “El señor Macario Moreno les pide disculpas por las molestias causadas por mi letrado y perdonen mi ceguera por no ver todas las cosas que tiene el pueblo de Jaqué: el centro de salud lleno de medicamentos y de comodidades; la casa comunal, una maravilla; la escuela, bien cercada y con portón eléctrico; las calles totalmente terminadas; la casa comunal de Biroquerá, una maravilla; un gran depósito de la junta comunal donde reposan los materiales del pueblo; a la corregiduría no le falta nada; las cosas que están, pero que por estar ciego, yo no veo; por favor, regálenme unos lentes para ver estas cosas que Jaqué tiene”.

Al final del paseo, cada uno en su sitio. La dignidad de Macario ha quedado afianzada y la vergüenza de los políticos confirmada. Y

un pequeño fallo de cálculo del alcalde: por muy abandonado que esté Jaqué por el Estado, esa comunidad todavía recibe visitas de personas que, como yo, estamos dispuestas a seguir insistiendo a la ciega Panamá en que estas gentes existen y merecen ser respetadas.

[Poco le queda añadir a C. cuando la realidad ya es revolucionaria. Pero Gioconda Belli puede poner el epílogo a esta historia: “Ahora vamos envueltos en consignas hermosas,/desafiando pobreza,/esgrimiendo voluntades contra malos augurios”].

el juego de las apariencias

Sumas y restas. Los números no salen en este mentidero de apariencias en el que hemos convertido al mundo. Casi todo es diferente a lo que parece y las fábricas de noticias y de imágenes echan humo mientras el fuego va quemando lo poco que nos queda de realidad real.

Sumas y restas. Mientras restamos alimentos y posibilidades a la mayoría, sumamos banalidad y estupidez a este circo de sombras que tanto se parece a La Caverna de Platón reinventada por José Saramago para adaptarla a nuestros tiempos, a nuestra era de centros comerciales y cartuchos repletos de deseos tan fugaces como colmados.

Restas más que sumas, cuando sólo nos dedicamos a vivir y no a decidir cómo vivir, cuando las corrientes de moda son las que marcan lo que está bien. Sumamos renunciaciones cuando dejamos en manos del sector privado el destino de nuestros países y cuando los Estados se comportan como corporaciones donde lo que importa es el saldo de beneficios después de impuestos –aunque desearían que no hubiera impuestos–, y no cómo viven o malviven los trabajadores que alimentan con su sudor la caldera de este ferrocarril frenético de rumbo incierto.

Los íconos de este festín pantagruélico, donde hay más salones y personal de limpieza que invitados, se reparten por doquier. Uno de ellos ya se ha instalado en Panamá como parte del paisaje anual. El año pasado me pasaron por la guillotina pública, me descuartizaron en los salones de té donde las dilectas damas discuten sobre lo precario del servicio doméstico mientras rozan con sus manos su piel amelonada, me trataron de destructivo, de pesimista, de malcontento, al fin y al cabo. Lo hicieron por cuenta de algún artículo donde fustigué a Casa Cor Panamá.

Y las pesadillas nunca son únicas. Tienen la mala costumbre de repetirse, de enquistarse en la memoria para salir noche tras noche a provocar una vigilia de resabio amargo. Así que volvió. Esta vez, el castigo que me he ganado es de carácter bíblico: Casa Cor ha levantado sus carpas del mal gusto justo enfrente de mi ventana, la que me permite intuir el mundo exterior al tiempo que me protejo de las tormentas.

Las damas benéficas y de moda no han tenido mejor idea que intervenir el antiguo Colegio Javier, que luego le quedará como “patrimonio” restaurado a la Cancillería. Espero que la pintura blanca pueda salvar a la Cancillería del ridículo de habitar un bloque negro más parecido a los prostíbulos de carretera que a la representación diplomática de un país.

Mi crítica fundamental a Casa Cor no es estética, aunque hay mil razones para cuestionar su fisionomía, sino de fondo. El derroche de recursos, prensa y energía en un acto elitista por naturaleza, inútil en esencia y que encima pretende camuflarse como algo benéfico, altruista, necesario para el avance de nuestra sociedad. Todavía no hemos visto un Casa Cor que recupere las tristes casas de madera donde malviven miles de panameños y panameñas, sino que, al igual que la Teletón, lo benéfico consiste en asumir tareas que le corresponden al Gobierno.

Si la Cancillería quiere nuevas oficinas, que las restaure y adecue. Si los niños y niñas de este país sufren de hambre y abandono, que el Gobierno gestione de una vez la riqueza del país y redistribuya los enormes caudales de plata que abultan las estadísticas del PIB al mismo tiempo que menguan la dieta familiar.

Sumas y restas para que todo sea mentira, al fin. Igual que el famoso 911 que impulsó la Teletón infame. Ahora, los clientes de telefonía celular, corporativos y comerciales, tienen que pagar un impuesto retroactivo desde noviembre de 2007 para financiar el pinche teléfono que no servirá de nada –si algún día existe– porque una vez avisada la emergencia no habrá bomberos equipados para atenderla ni rescatistas con medios adecuados ni helicópteros que vuelen para acudir. Decoración, todo es un decorado, la escenografía de una supuesta gestión del país que es mentira.

Decoración es Casa Cor y, en ese sentido, simboliza a la perfección el mundo en el que vivimos: la cultura de la simulación, de las sombras chinescas, pura decoración (uno de los ejercicios más espurios que conozco). Además, con mal gusto. Dije que no iba a centrarme en la estética, pero sí creo poderme permitir terminar con ese punto. ¿A quién se le ocurre intervenir un edificio en un barrio que es Patrimonio de la Humanidad por su carácter histórico pintándolo de negro y poniendo unas mamparas de colorines que en la noche lo convierten en un esperpento repleto de lámparas de araña y “pretenciosidad”?

Pude presenciar el proceso de ¿restauración? Y fue, efectivamente, de maquillaje, no de transformación. Tapar huecos, camuflar fallas, un universo de gypsum para esconder la suciedad y

el deterioro: la metáfora de nuestro momento histórico. Sumas y restas para salir perdiendo.

[Para quién piensa que C. es tan pesimista como **El Malcontento**, este regalo del estadounidense–escandinavo–mexicano Bruno Traven: “Este mundo es, después de todo, demasiado hermoso como para abandonarlo, aun si se está harto de la vida o próximo a un final desesperanzado. Persiste. Continúa luchando. No te rindas. Escúpele la cara a la muerte y vuélvete hacia otro lado. El sol todavía está en el cielo, rodeado de estrellas”.]

quiero ser presidente

Yo quiero ser presidente. De verdad, no es broma. Cuando era niño ya aspiraba a tres nobles profesiones: camarero, payaso y presidente. Las dos primeras las he practicado, en algún momento, con gran diligencia.

La tercera es una variante de la segunda, pero es más difícil conseguir vacante porque la competencia es dura. Como lo de ser camarero es un desastre económico, y lo de ser payaso y presidente carece de prestigio social, tuve que conformarme con ser periodista, una de las profesiones más innobles del planeta, pero que me da la falsa sensación de tener algo de poder. Más... ahora, retomo mi vocación infantil y declaro que quiero ser presidente. Mi problema es elegir el país del cual ser primer mandatario en este mundo globalizado. Mi evaluación me lleva a conclusiones esperanzadoras.

Lo de Zimbabwe es tentador: poder absoluto, posibilidad de perseguir a los enemigos sin cortapisas, buenas tierras a disposición... pero es necesario derramar demasiada sangre para mi naturaleza pusilánime. Estados Unidos me parece demasiado. Como presidente uno tiene poca intimididad, todas las estupideces que dice se las multiplican por 10, hay que perseguir al mal donde quiera que se encuentre, se debe sobrellevar el pesado deber de ser el garante de la libertad mundial (un concepto tan vago como falso) y, además, hay que pasarse el día fingiendo democracia donde sólo hay estupidez.

He pensado en lanzarme para presidente de mi país, pero esto de tener que hablar cuatro o cinco idiomas, soportar la voz con frenillo de Rajoy y vivir en la montaña rusa del pesimismo-chovinismo que nos caracteriza me luce de un masoquismo estéril. Ni siquiera lo de ganar la Eurocopa de fútbol tiene efecto sedante que dure más de 72 horas.

Mi penúltima opción era Colombia. Debe ser toda una experiencia sentir que el 84% de la población –después de la Operación Jaque debe ser el 98%– piense que uno es la reencarnación de Bolívar o de Tarzán, dirigir operativos misteriosos, ser bendecido por Washington como el más duro del barrio... Pero también considero tarea difícil para mi alma de

crítico y mi ingenuidad humanista tener que cerrar los ojos ante las sistemáticas violaciones de los derechos humanos, los ejércitos fantasmagóricos del desplazamiento o el efecto simplificador que tiene la bandera tricolor en la genética nacional.

Así, descartadas las opciones más atractivas del planeta, creo que lo mejor es ser presidente de Panamá. Entiendo ahora con claridad el porqué de las inversiones millonarias de los candidatos –algunos ya millonarios–, la virulencia de las campañas, el desasosiego de sus equipos. ¡Esto de ser presidente de la República es una maravilla!

Fíjese si no. El cargo parece incluir yate y casa en la playa; uno puede meter la pata cuando quiera, que el votante, generoso por naturaleza, lo olvida (la semana pasada murió otra víctima del dietilene glycol, ¿alguien se acuerda?); cualquier problemilla se soluciona pagando páginas de publicidad en los diarios y repitiendo las mentiras en los programas de radio de los vasallos (lo cual reactiva la economía nacional), y, además, no corre riesgo la vida del mandatario, como sí parece ocurrir en el resto de países mencionados.

Ser presidente de este nuestro país es como tener una chequera en blanco que permite asfaltar calles que llevan directamente a la choza playera particular, viajar a todo el mundo en supuestas giras de Estado de las que nunca conocemos resultados, firmar contratos falsos para ganarse la vida (entendamos que el salario oficial es una ruina), y ser invitados a paraísos tropicales o faranduleros (como Dominicana o Mónaco) a celebrar fiestas varias.

Así que debo ponerme las pilas. Me temo que con la nueva ley migratoria nunca me podré nacionalizar para cumplir mi sueño, pero siempre me queda la opción de apostar como muchos de nuestros probos empresarios: financiar todas las campañas para garantizar beneficios similares a los del presidente, pero sin la incomodidad de leer de vez en cuando mi nombre en los diarios salpicado de alguna infundada sospecha de corrupción.

Estoy buscando ya a los socios de lista (que no compañeros porque esto, fundamentalmente, es un negocio). El perfil es claro: no muchos escrúpulos, mucha ambición, capacidad discursiva para aparecer ante la opinión pública como la Madre Teresa de Calcuta y una infinita paciencia para aguantar las calumnias y las injurias de los periodistas (nunca suficientemente activos en esto de descubrirnos, pero siempre molestos y empecinados en manchar nuestra buena imagen y honor). Se reciben CV y se garantiza discreción y discrecionalidad. Todo por la patria.

[Mal día para C., que ve cómo su revolución no avanza y cómo casi todo se sigue pudriendo a su alrededor. El gran poeta Ángel González le enseñó la inutilidad de casi todo y, en momentos como este, recurre a él: “¿Adónde huir, entonces? / Por todas partes ojos bizcos, / córneas torturadas, / implacables pupilas, / retinas reticentes, / vigilan, desconfían, amenazan./ Queda quizá el recurso de andar solo, / de vaciar el alma de ternura / y llenarla de hastío e indiferencia, / en este tiempo hostil, propicio al odio”.]

la sobrevaloración de la esperanza

Para los que somos pesimistas cósmicos y optimistas cotidianos es difícil esquivar el sambenito de “amargados”, aunque somos una especie lo más de sociable e, incluso, con un par de rones de cierta edad, podemos ser hasta divertidos. Eso sí, cuando nos da por hablar de cosas serias nos convertimos en un plomo insoportable para todos los que, hastiados de tanto desastre, prefieren vivir sin demasiadas preguntas porque, como me decía alguien muy cercano: “¡Imagina si encuentro respuesta! ¡Sería un desastre!”.

Otro buen amigo, inquieto y necesario, me preguntaba después de una conversación apocalíptica... “Entonces... ¿Qué hace uno si todo da igual, si siempre vamos a peor?”. Y no hay nada como que le den a uno la razón como para que raudo cambie de posición. Inmediatamente eché mano de todo el optimismo que acumulo para estas ocasiones y con gesto de convencimiento le expliqué que sí hay algo que hacer, que no es lo mismo morir aburrido de mirar, que con la dignidad de haber intentado mejorar este mundo y a estas gentes que somos; y le hablé de Emmanuel Levitas, y de cómo él defiende que la única manera de ser ético es a través del otro; y de la necesidad de no estar sino de ser; y de cómo hay que sacudirse de convenciones y bobadas para que nuestro optimismo precario se convierta en activismo efectivo.

Nada más lejos, quiero aclarar, de las tres virtudes teologales con las que mis amigos de la católica madrastra iglesia nos han martilleado desde la infancia: fe, esperanza y caridad.

La fe es cosa de desesperados, de ciegos de razón o de tahúres necesitados de cerrar los ojos antes de jugársela toda a una carta o a un número. Así que la descartamos porque apostar a la fe es casi como desconfiar de uno mismo y echarse a los brazos de fantasmas que, por definición, nunca se harán corpóreos.

La caridad, ya se sabe, es el reparto de las sobras, una opción cómoda para meapilas necesitados de tranquilizar conciencia sin poner en juego nada de lo que realmente tienen. A punta de caridad hemos mantenido a las zonas más empobrecidas de nuestro país y del planeta en el engaño de que alguien de la ciudad, o de un barrio más adinerado, o de alguna empresa con un plan de marketing social, les enviará un tarro de leche en polvo que evitará que su hijo

se muera, pero que no será suficiente para que viva en plenitud. ¡Tan diferente esa palabreja de la solidaridad!

Y la esperanza... ¡ay! la esperanza, ese ha sido el verdadero opio de los pueblos acostumbrados a que cuando ya no les quedaba aliento, ni dignidad, ni carne con la que sujetar sus huesos siempre aparecía algún iluminado que decía aquello de: “la esperanza es lo último que se pierde”, un principio tan absurdo como falso. La esperanza se pierde al mismo tiempo que la cartera y la dignidad, lo que queda es la ilusión de la esperanza, equiparable, como buena virtud teologal, a la promesa del paraíso. Posponer ha sido una estrategia para contener a los desdichados... e, igual que se pospone el derecho a una buena vida para después de la muerte, se camufla la injusticia gracias a la ilusión de la esperanza.

Entonces... la pregunta es ¿somos pesimistas u optimistas? Optimistas, desde luego. Optimistas cotidianos capaces de ver la cantidad de supervivientes que contienen nuestras calles, los científicos nacionales que andan formándose por el mundo, las nuevas organizaciones sociales que, desde Puerto Obaldía hasta Bocas del Toro, están luchando por el bien de sus comunidades, los artistas emergentes, los ejemplos de solidaridad cotidianos en pueblos y barriadas... Pero esas no son las buenas noticias –good news– que algunos quieren ver todos los días en los periódicos. Por good news se ha entendido en los medios de comunicación y entre los lectores–espectadores la babosería, lo superficial, lo obsceno incluso. La inauguración de una nueva tienda de Loewe o la condecoración de no sé qué personaje de alta alcurnia en algún golf club de los Estados sí entra en esa categoría. Bueno, o la propagación de la cultura de la abstinencia, o artículos inflamados sobre la patria, o textos que inciten a la educación en valores... propaganda de lo más nociva por vacía de contenido.

Así que algunos seguiremos con el optimismo pesimista, o con el buen humor realista. Dice Joaquín Sabina que hay más de cien palabras y más de cien razones para no cortarnos de un tajo las venas. Estoy de acuerdo. Y entre esas razones está la obligación ética de ser críticos.

[C. echa mano esa vez de si mismo y superando el pudor plagia sus propias letras: “La lucha no es cuestión de heroísmo, nada más lejos de su genética. Es la responsabilidad de los que, alimentados y leídos desde la infancia, no se pueden permitir la pesadumbre de la costra, del amor tibio, de las mañanas previsibles”.]

qué miedo da el miedo

El miedo es como el calor. Una cosa es la temperatura que marcan los termómetros y otra es la sensación térmica alimentada por la humedad, la intensidad y textura del viento, el día hormonal que esté pasando el cristiano y alguna bobada más. El miedo es igual.

Una cosa es la amenaza real que, teóricamente, lo produce, y otra muy diferente es la intensidad de ese miedo, que se alimenta interna y externamente de muchas formas. La clase social (existen, sí, lo siento) que más miedo tiene siempre es la mía: la clase media. Tenemos miedo a casi todo, pero todo él está basado en el concepto de “tener” y por lo tanto el miedo es a “perder”. Perder lo logrado con el sudor de nuestro trabajo, perder el empleo, perder los magros ahorros, perder el puesto en la cola del banco, perder la vida, perder, perder... Extrañamente sentimos miedo a perder la dignidad, a perder la batalla política o a perder el acumulado ético... en esos casos no hay una conciencia de la importancia de estas posesiones.

Este terrible miedo paralizante se extiende a cosas menos prosaicas, como el miedo al amor o a sentir, o a expresar lo que realmente se siente. Si se da cuenta, cada miedo trae consecuencias, pequeñas castraciones que van cercenando la belleza con la que todas y todos nacemos. Vamos acumulando costras, cicatrices que curan mal después de cada miedo expuesto al ambiente. Por eso, cuando maduramos y sumamos años, nos vamos volviendo, excepto en loables casos, en seres un poco más hoscos, más cobardes, menos dispuestos a arriesgar para enamorarnos, para embarcarnos en nuevas aventuras, para mostrarnos como somos.

El miedo es, por tanto, un determinante claro de nuestras actitudes individuales y sociales. Véase si no cómo los gobiernos y las iglesias han usado siempre el miedo para controlarnos. Miedo al Dios castigador, al infierno o al purgatorio –cuando existía–, miedo a que se nos cayera la mano si nos masturbábamos, a que nos cayera un rayo si perjurábamos, al cura, a la monja, a todo... En el caso de la política, los miedos clásicos pasaban por las invasiones bárbaras –el bárbaro siempre es el vecino–, el coco del comunismo y la temidísima “inestabilidad”, que solía animar a militares y salvapatrias a provocar un caos mayor para luego presumir de “estabilizadores”.

Después de 2001 y de los tristemente famosos atentados de Manhattan, el miedo pasó a ser un arma de destrucción masiva. El miedo al terrorismo se mostró más mortífero que el propio terrorismo y está siendo usado cada día por las administraciones estadounidenses y por todos los gobiernos arrastrados del planeta, que son la mayoría. Ya se sabe que cualquier idea de Washington, sea en el ámbito político, económico, militar, cultural y hasta familiar, suele tener mucho éxito entre nuestros políticos que las adoptan unas veces con camuflaje y otras sin él

El miedo a un incremento de la inseguridad en nuestras calles es lo que enarbola el gobierno de este muchacho que parece que no rompe un plato –aunque ya quedan pocos en la vajilla que estrenó en 2004– para la reforma de los organismos de seguridad. Nadie duda que haya que reformarlos, pero sí cuestiono ampliamente la propuesta. Primero porque el gobierno Torrijos lleva como tres planes integrales de seguridad, millones de dólares en carritos con luces, capacitaciones, armas, etc... para que al final no dé la sensación de que mejoren las cosas. Segundo, porque Panamá no vive una situación de inseguridad, por mucho que algunos medios quieran alimentar esa sensación “témica” y que a los militaristas les interese presentarse como los “salvadores”. Seguimos teniendo unos índices bajos de criminalidad y la que hay se debe o al auge del narcotráfico o a la dramática brecha socioeconómica.

Si en realidad quieren abordar el tema de la inseguridad, reformen el desaparecido Ministerio de Desarrollo Social, dejen de perdonar impuestos a empresas como Odebrecht, no derrochen la plata en tanto coctel y tanto hotel (visiten cada cierto tiempo www.panamacompra.gob.pa para llorar), olviden los bonos populistas que no son transferencia real de recursos sino de migajas, y trabajen para que en este país la mayoría de ciudadanos no se sienta de cuarta clase. ¡Que estupidez de consejo! Todos pensando en qué puesto tendrán en el próximo gobierno y yo sugiriendo que piensen en la gente. Mi ingenuidad no tiene límite. El miedo tampoco parece tenerlo, pero el día que ciudadanas y ciudadanos pierdan el miedo será el comienzo de un nuevo tiempo donde las mentiras y la manipulación no sean tan fáciles de regar.

[“Hoy me gusta la vida mucho menos,/pero siempre me gusta vivir: ya lo decía. / Casi toqué la parte de mi todo y me contuve / con un tiro en la lengua detrás de mi palabra”, César Vallejo comienza con C. Y deja las palabras de éste chiquitas, casi en retirada. Ya lo decía, a pesar de lo poco que me gusta siempre me gusta vivir.]

la (i) responsabilidad de la Anam

La impunidad es un asunto de largo aliento. No hablo de la injusta justicia del Sistema Judicial. No. Me refiero a la impunidad histórica, mucho más patética porque acaba con esa esperanza boba que tenemos los humanos de que el tiempo pone a cada cual en su lugar.

Los mayores delincuentes de corbata o traje de Channel siguen gozando de apellido y prebendas. Los hijos de los dictadores, los herederos de los ladrones con rango, las amantes de los asesinos, los amantes de las asesinas, los abogados de los corruptos o los esbirros del poder perverso se pasean sin pudor y se pavonean de su estirpe manchada. La impunidad histórica se alimenta, fundamentalmente, de dos extrañas cualidades humanas: el olvido y la falta de terquedad. Sólo los tercos buscadores de fosas comunes y de las fosas de las infamias cometidas mantienen algunos casos abiertos, algunos nobles nombres en duda. Pero los tercos con memoria son pocos y están expuestos, incluso, al escarnio público, a ese triste discurso del “pasemos página”, “no sigamos anclados en el pasado”.

Es lo que dice Torrijos cuando le recuerdan el papel de milicos, espías y censores en este país. “Olviden ya, modernícense”. Pero el olvido es táctica del poder, no de la ciudadanía. La memoria, en cambio, es el único argumento de lucha de las sociedades civiles que no quieren repetir errores, ni pasar página para encontrarse con un texto escrito con sangre que ya tuvieron que leer un funesto día.

La responsabilidad histórica no sólo se debería hincar en los personajes cuando hablamos de muertos o dictaduras. Hay daños a la sociedad más calmados, menos llamativos, pero que dejan una huella más duradera. El periodista José Arcia me lo recordó hace unos días en un balance sobre el papel de la Anam (Autoridad Nacional del Ambiente) y me surgió la pregunta de si estará dispuesta la dicharachera Ligia Castro a asumir su responsabilidad histórica. Le tocó dirigir la Autoridad Nacional del Medio Ambiente en tiempos revueltos, eso es cierto. Logró que le pagaran y trataran como si fuera ministra (la ineficacia se premia con ese cargo, como en el caso de Blades) y renunció a dar ejemplo y sentar un precedente.

La Anam no ha hecho nada. Miento, sí ha hecho: ha dado bula de legalidad a cientos de negocios sucios que están carcomiendo el magnífico patrimonio natural de Panamá. Sin un modelo de desarrollo razonable para el país, los funcionarios de la Anam se escudan en la supuesta legalidad de sus actos para dormir tranquilos, cuando todo el mundo sabe que las normas tienen un amplio margen de interpretación y que ésta, en últimas, depende de la política del gobierno de turno, de la ‘ministra’ de turno. Lo ambiental, a diferencia de lo que piensan algunos desarrollistas de esos que tienen la verdad, no es capricho de ecologistas trasnochados o de trogloditas anti progreso, ni barricada de ñángaras de estirpe. Lo ambiental es un asunto que combina lo patrimonial, lo económico y lo cultural para convertirse en asunto de supervivencia.

Si se explota bien el patrimonio natural, se sientan las bases de un turismo de alta calidad, que gasta dinero para disfrutar de entornos naturales protegidos en un equilibrio razonable entre desarrollo y conservación. Si así se hiciera, nuestros indígenas y campesinos tendrían contraprestaciones económicas y recibirían transferencia de conocimiento a cambio de los servicios ambientales que nos prestan cuidando cuencas y bosques. Si Ligia Castro hubiera apostado a esto –en lugar de tener siempre un sí en la boca para los inversores amigos del Presidente de la República y los secuaces de la AMP o del Mivi o del Mici o del Ipat–, no estaríamos viendo el desastre ecológico, pero ante todo humano, de Bocas del Toro, de Veraguas o de la península de Azuero... Si la Anam hubiera sido una verdadera autoridad en la defensa del futuro del país, se habría producido una selección natural de los inversores y se habrían quedado los buenos, no esta cantidad de especuladores que cuentan sin pudor en los cocteles del poder cómo multiplican su dinero en minutos gracias al despelote nacional...

Estoy seguro de que Castro y compañía se sentirán ofendidos y comentarán con indignación cómo este extranjero de tres al cuarto se atreve a criticar su ejemplar trabajo. Pero... ¿no creen que una buena parte de los panameños y panameñas se deberían sentir ofendidos con este Gobierno y con sus responsables por cómo han vendido esta tierra de biodiversidad sin el menor escrúpulo?, ¿no les parece que, excepto los privados que se han beneficiado de este agua revuelta –que han sido muchos–, el resto de las panameñas y panameños debería mirar con desdén a estos funcionarios que han hipotecado el patrimonio de las siguientes generaciones?

El daño es inmenso y lo triste es que ni Ligia Castro ni los funcionarios cómplices tendrán jamás que asumir su responsabilidad histórica. Ya saben, como diría Faciolince: el olvido que seremos.

[C. siempre se pregunta por qué ‘el pueblo’ es tan difuso y los tiranos, hasta los democráticos, tan concretos. Una pregunta que ya se hacía en 1548 el francés Etienne de la Boetie en el *Discours de la servitude volontaire*: “¿Cómo es posible que tantas personas, aldeas, ciudades y naciones se sometan de vez en cuando a un solo tirano, que no tiene más poder que el que se le dé, que no puede causar más males que los que ellos le permitan?”. Seguimos sin respuesta]

la hora de los pobres

La democracia de las élites necesita de las y los pobres. Esta democracia formal, basada en el clientelismo, da servicio, fundamentalmente, a los más poderosos con leyes que se acomodan a sus intereses; con aparatos de seguridad destinados a proteger sus vidas y propiedades; con ministros que hablan de desarrollo cuando deberían sincerarse y referirse a “negocios”, y con medios de comunicación que, en su mayoría, solo siguen la estela de este juego sin denunciar de frente las vergüenzas de nuestro sistema.

No es un mal exclusivo de Panamá. En esto, los vecinos del norte y los otros que se califican como la cuna de la democracia son expertos. Pero en Panamá, como probablemente en toda Latinoamérica, el mal presenta formas diferentes en sus dos etapas fundamentales. En la de la llanura de los cinco años de administración podemos observar olvido de las promesas, desastres que sepultan el anterior, y cada gobierno asegurando ser el mejor de la historia y dejando de herencia una larga lista de asuntos inconclusos y un par de megainfraestructuras inauguradas para memoria del pueblo.

El segundo momento arriba con el pico electoral (que es como los políticos denominan a sus picos hormonales llenos de excitación no confesa y de bajos deseos). Aquí es cuando llega la hora de los pobres. En la llanura administrativa no se gobierna para éstos porque sería muy riesgoso que dejen de serlo y que comiencen a exigir derechos o a participar activamente de la vida pública y privada del país. Mas, durante el pico electoral, el sonriente y agradecido rostro de los pobres se toma vallas y discursos. Las candidatas y candidatos hablan de los pobres (muy pocas veces definen lo que para ellos es la pobreza, siempre se mueven en el terreno publicitario de la pobreza individual y jamás consideran que sea un fracaso colectivo) en salones lujosos de hoteles; los pobres agitan banderas de las campañas en sus propios barrios para, a cambio, conseguir una buena comida, trago gratis o simple sensación de pertenecer a algo. Y todos los partidos aseguran tener bajo siete llaves la fórmula que acabará con ese vergonzoso espectáculo de la pobreza.

Fotos de las y los candidatos abrazando pobres, entregando zapatos a pobres, caminando con pobres, rebajándose a visitar los barrios o pueblos más pobres... e imagino que nos falta la imagen de esos políticos al llegar a casa desinfectándose con alcohol y perfumándose para disimular en la noche ese terrible hedor a pobre que agarran después de unas horas fuera del clima controlado de sus carros 4x4.

Las y los pobres son útiles porque son la mayoría y, por desgracia para algunos, la democracia es un tema de mayorías. Cualquier pobre en su sano juicio no votaría, expulsaría de sus barrios a cualquier candidata o candidato que asomara la nariz por allí, exigiría para sí derecho a dormir en el Palacio de las Garzas o en las magníficas casas de playa que parecen ser parte de los beneficios laborales de todos nuestros presidentes y presidentas, o a ser accionista de las empresas privadas que crecen como la espuma a la sombra del poder. No lo hacen. Los pobres son muy buena gente y, para garantizar que lo sigan siendo, los mantenemos en un sistema educativo que garantiza que no tengan sano juicio, garantizamos que nunca tenga la salud perfecta para que no tengan mucha fuerza el día que se levanten contra nosotros, y los hacemos creer que nos importan un poquito gracias a los clubes cívicos de señoras y señores adinerados y aburridos necesitados de cierta tranquilidad de su conciencia católica.

Es la hora de los pobres. En la foto. Eso sí: ni una propuesta de políticas públicas que les ayude. Los candidatos hacen promesas generales, no aterrizan jamás y, para colmo, logran convencer a la gente pobre de que lo que les hace falta es mano dura contra sus propios hijos e hijas, monopolios en los supermercados para que los precios sean altos, desactivar los sindicatos que osan exigir derechos porque no les permiten trabajar y pagarán con sus impuestos (porque todos los pobres pagan el 5% del ITBM) carreteras costosísimas para que lo que no son pobres no sufran los atascos del tráfico infernal de la ciudad. Es la jugada perfecta. Qué pobre panorama este, ¿no les parece? La ventaja es que la gente pobre tampoco lee este periódico, ni tiene mucho tiempo para pensar en estas bobadas. Sobrevivir ya es un trabajo a tiempo completo. ¡Menos mal que tenemos pobres! Si no fuera así, ¿qué haríamos políticos, periodistas, cooperantes internacionales, señoras bondadosas vestidas de colores y fanáticas de teletones, bancos interamericanos y mundiales, predicadores evangélicos y obispos católicos, casas de empeño y prestamistas usureros...? Menos mal que tenemos pobres.

[C. sabe que las palabras no se mastican ni llenan el estómago, pero sí provocan hambre de justicia y de dignidad. De un anónimo con nombre rescata algunas: “Las palabras son huecas cuando no están al servicio único de arrancar de raíz este sistema de perversiones, cuando camuflan y no desvelan, cuando perpetúan y no alteran. Las palabras, señor, deberían nacer para rasgar sin contemplaciones la venda de la ceguera”.]

carta inútil a los candidatos

Cómo comenzar una carta que sé que no será leída, pero en la que estoy dispuesto a poner tanto empeño. Será con decisión, sin titubear:

Estimados candidatos y candidata a la Presidencia de la República, ¿He dicho estimados? Miento, aún no son estimados. En realidad, hasta el momento, sólo tengo malos sentimientos. De hecho, cuando pienso en ustedes o alguien los nombra hay una especie de supuración en mi cerebro que genera un cortocircuito emocional. Esta carta pretende pedirles una serie de favores a ver si logro eliminar este sentimiento de resentimiento previo con ustedes que me hace sentir un ser humano rencoroso e insano. Ahora ya les tenemos rostro y nombre a todos los artilleros principales de cada partido y, aunque en la batalla final sólo quedarán un par y previsiblemente veamos a Balbina en Las Garzas, quiero dirigirme a todos, ya que falta un tiempito de tortura electoral para nosotros, ciudadanas y ciudadanos indefensos.

La primera razón de mi animadversión es que sospecho siempre de que en sus intenciones siempre ganan los intereses particulares ante los intereses públicos. Avalan mi ponzoña hechos como que no quieran revelar la fuente de sus millonarias donaciones, como el tremendo personalismo de sus campañas o como lo insustancial de sus discursos políticos. Esto es fácil de contrarrestar por ustedes. Sólo tienen que dedicarle un tiempo a reunir a la gente pensante que conozcan (seguro que conocen a alguna, hagan un esfuerzo) a diseñar un plan no de gobierno, sino un plan de país. Es decir, menos asesores de imagen (aunque entiendo que son necesarios) y más asesores de ideas. Para diseñarlo no tienen que hacer muchos esfuerzos. Panamá ha hecho ejercicios más que interesantes de imaginarse y ponerlo en papel. El último fue la Concertación Nacional para el Desarrollo que ya es un compendio de gobierno para cualquier político inteligente. Les recuerdo que para elaborar esas propuestas concretas trabajaron arduamente durante muchos meses 16 colectivos o grupos y cientos de líderes sociales del interior y de las comarcas indígenas.

Antes de la Concertación ya se dieron múltiples diálogos parciales para proponer soluciones a nuestros temas críticos, tanto en educación, como en integración territorial, como en

descentralización; hay documentos de referencia que duermen el sueño de los estúpidos por la ignorancia de diputados y gobiernos que creen tener siempre la razón y para los que aceptar las propuestas de otros es casi blasfemo.

Mi sentimiento de sospecha sobre todos ustedes mudaría de la noche a la mañana si solo uno dijera honestamente: “Mi plan de gobierno es el que han diseñado las panameñas y los panameños, me voy a sentar a poner en marcha las propuestas de la Concertación”. Creo que estoy delirando. Seguiré mi carta.

El segundo favor que les pido es mucho más difícil. Se trata de que ustedes sean los que se limpien de prejuicios. A saber: no toda la inversión extranjera es buena; los ladrillos no son la panacea de un pueblo; las minas no nos convierten en rey Midas; no todo sindicalista es un pirata potencial; no toda cooperación internacional es beneficiosa; no todo habitante de frontera es sospechoso de guerrillero; la inseguridad no es culpa de los pobres; los indígenas no son un obstáculo al desarrollo sino que tienen su propia visión de éste; no hay que pasarse el día haciendo genuflexiones ante los hoteleros; la oposición no es una banda musical que debe tocar nuestra sinfonía; Miami no es la Meca ni el TLC su profeta; más vale crecimiento económico moderado con mejores condiciones sociales para los ciudadanos que crecimiento alocado con especuladores nutriéndose; no olviden aquello de que el Canal es de todas y todos...

Podría seguir con la lista pero tampoco les quiero pedir tanto. Con que se creyeran un par de estas aseveraciones o negaciones yo sería un hombre feliz (¡oh cielos!, con qué poco me conformo). El último favorcillo en esta carta de imposibles que pasarán de largo en este martes venturoso es estético. Nos quedan ocho meses de feroz campaña. No nos torturen con tanta contaminación visual de ustedes posando con sonrisa falsa dando de beber al sediento o de comer al hambriento. A cambio, les propongo que inviertan algo de ese dinero que tan generosamente les donan (seguro que si ganan no les piden nada a cambio, todo es por la patria) en imprimir sus programas de gobierno, bien especificados, con metas a cumplir (eso que en toda empresa, ONG o institución se exige) y plazos. Serían creíbles, podríamos fiscalizarlos después, reconocerles las promesas o planes cumplidos y también criticar las falacias anunciadas.

Sin más, me despido atentamente, alimentando cada día este rencor a su clase (la política), a pesar de creer que las únicas

soluciones pasan por la política, y dispuesto a mudar de sentimientos y abrazar su causa con fervor y entusiasmo.

[Una Librería le avisa a C. de una joya publicada por Héctor Subirats en defensa del odio. Aunque El Malcontento no utilizó el verbo, C. se siente en la libertad de reproducir esta frase: “El odio es individual, tiene rostro sobre todo porque el odiado tiene mucha cara. Además, nos hemos encontrado con la colaboración inapreciable y al parecer indiscutible de la Ciencia que ha demostrado que el supuesto enemigo del odio, a saber, el amor, es ciego, en cambio el odio lo ve todo”.]

me rindo ante su verdad

Siempre le he reconocido a la derecha su capacidad para creerse en posesión de La Verdad, así con mayúsculas. Puede ser la verdad revelada, en el caso del clan católico –desde el cruzado antirrelativista Ratzinger hasta los iluminados del Opus Dei–, la verdad económica –hay un libertario que solía recordarme lo ignorante que soy y la fuerza de su verdad–, la política –la democracia es buena mientras sirva a sus intereses–, o la moral –¿o debería hablar de la verdad de la doble moral en este caso?

Hablan y escriben como si llevaran un púlpito adosado a las rodillas, con palabras suaves (aprendieron en los 80 que desaparecer y perseguir a quien piensa diferente queda mal) descalifican y descartan cualquier tesis que no les cuadre, y han inculcado ese estilo en la mayoría de jóvenes ambiciosos que estudian y enfocan su vida en función de dicha verdad: la del éxito, las buenas costumbres, el orden y la ley –su ley–.

Los que ingenuamente creíamos que la democracia debería tener cintura para permitir que todos convivamos, aunque no estemos de acuerdo, aparecemos como locos de atar, peligrosos instigadores del anarquismo y el libertinaje, malos clones de Stalin o del Che en traje de camuflaje. Y cuando restringen su verdad, su dogma diría yo, lo hacen con una seguridad apabullante, mintiendo y malformando la historia con tal contundencia que uno tiene que hacer memoria para no dudar de sí mismo.

Esta reflexión de derrotado viene al caso por la concentración de argumentos de este tipo que tuve que leer en estas páginas el miércoles de la semana pasada. La Prensa tiene la gran bondad de permitir que voces absolutamente divergentes opinen en sus páginas. Y alabo esta buena costumbre de permitir la diversidad, aunque haya días que se me atragante el desayuno.

Ese miércoles, insisto, tuve que leer como Sergio Díaz Cantero, ofendidísimo paladín de la verdad, arremetía contra la Universidad de Panamá por haber rendido ciertos honores a Evo Morales. Por supuesto que también atacó con ferocidad al propio Morales. Parece que al autor le importa poco la pésima calidad educativa de la Universidad o la utilización clientelista de ella. A él lo que le indigna es que se reconozca el papel del primer presidente

verdaderamente indígena de Suramérica en un país de indígenas. Le parece que después de Bin Laden lo peor es la izquierda y se le olvida que Morales es un presidente elegido democráticamente con más respaldo que un George W. Bush o que un Rodríguez Zapatero.

Lo que quiero destacar no es su punto de vista, respetable como tal, sino la saña y el desprecio con que se refiere a los que no están en su lado de la trinchera. Para ello, además, saca de paseo a la palabrita “verdad” en numerosas ocasiones, seguro de que sólo hay una y de que es la suya, la de los suyos.

El mismo día –qué intensidad– superamos el nivel del señor Díaz Cantero gracias a un articulista que firma Juan Francisco de La Guardia Brin. Con todo el derecho a utilizar el cilicio para expurgar su mente pecadora (se supone que así es la de los católicos radicales), a descartar los condones por ser arma del diablo y a tener encima de la cama una foto del Papa, es insultante leer cómo arremete contra todo lo que no entiende y le da miedo, acusando al enfoque de género de ser “ideología contra la promoción de la familia”, asegurando que la educación sexual es equivalente a promocionar la promiscuidad y una larga serie de sinsentidos que si la ley fuera razonable sería considerada como apología del terrorismo mental.

No quisiera estar en el pellejo de sus hijos o hijas, que tendrán que mentir a su padre durante toda la vida para lograr llevar una vida mínimamente placentera y saludable, sin provocarle infartos morales. Una vez más no me molestan sus opiniones –de hecho, son lo más parecido a un guión cómico–, me indigna la contundencia, la seguridad con la que apela a “la verdad”, a su verdad, para negar cualquier pensamiento que sea diferente al suyo.

Los que no creemos en dioses ni en adscripciones a grupos donde un sumo sacerdote nos diga qué o cómo pensar en nombre de un poder divino revelado, no andamos proponiendo a la Asamblea que apruebe una ley para demoler todos los templos de las mil y una religiones que adormecen a nuestros vecinos ni solicitamos que se esterilice a todos estos integristas para evitar que causen más daños a la sociedad ni se nos ocurre pedir al Gobierno que incluya en el currículo escolar una materia que promueva el libre pensamiento entre los menores –aunque estaría bien, ahora que lo pienso–. Toleramos la diferencia. Para ellos, cualquier cosa que no sea su verdad es un atentado contra toda la sociedad. ¿Quién les dio el derecho de representarnos moralmente? Que Dios nos proteja –si existe–.

[Caballero Bonald, ese magnífico genio de infractores, le regala a C. versos para que tome distancia: “Son los mismos/que siguen solazándose/con las soflamas de los patriotas/y empuñan de continuo estandartes y cruces/con que emular a sus mayores,/mientras avanza por las avenidas/un cortejo triunfal de bien pensantes./Líbrate, compañero,/de esas iglesias y esos mentecatos”.]

latin american evil

Pobre Margarita... pobre Margarita. Estoy recogiendo tarjetas telefónicas vencidas con las que construir su olvido. Espuma de hoy, triunfo de mentira, movimiento nacional efervescente, mediático, tan falso como las burbujas del champagne que desaparecen de manera más silenciosa pero rápida que como aparecen. Pobre Margarita, que es ícono nacional de la victoria tramposa (la que da el dinero) y de esta época en que nada supone esfuerzo: si se entra a un concurso televisivo y hay dinero detrás, lo de menos es el recorrido.

Tiempo de atajos éste. Al mismo tiempo que Margarita entraba al Olimpo de la corriente mediática, el premio Nobel de literatura recaía en Jean-Marie Gustave Le Clézio. Para conseguirlo, ha tenido que escribir 50 libros, vivir 68 años y arrastrar sus huesos por universidades de medio mundo dando clases para pagar sus deudas (nadie le regala plata en las esquinas para ayudarlo). Llegará el tiempo en que los Nobel sean organizados por Sony y que el país que pueda juntar más tarjetas telefónicas decida qué escritor mediocre recibe el galardón. Le Clézio (del que parece que sólo importa si pisó tierra panameña o no) no ha utilizado atajos: especie en peligro de extinción.

La industria televisiva y mediática en general aprendió de la democracia que podía lucrarse dando la falsa sensación al público de que participa, de que elige por votación qué quiere y qué no quiere. Todo mentira, pero ahora elegimos con un click las nuevas maravillas del mundo, la película que queremos que programe TNT o la voz de la que se enamorará América Latina. El universo convertido en una Teletón patética en la que el ritmo y los trancotes los marca Medcom: ora la furia roja, ora Margarita...

Pobre Margarita, víctima y títere de esta obra. Y pobres los que hemos sufrido el chaparrón y la decepción. Yo, que siempre he dicho que las ciudadanas y ciudadanos son inteligentes tengo que retirarme de mis convicciones porque en estos días se ha demostrado que manipular a todo un país es fácil. La fórmula: que todos los medios participen, que hasta el Presidente de la República le dedique unos minutos y, ante todo, convertir la gesta en un asunto de orgullo nacional. Hasta yo dedico mis 850 palabras

de rigor a inflar este “fenómeno” (que era como se denominaba a los esperpentos de circo hace un siglo).

Pobre la identidad nacional si está concentrada en un concurso televisivo, pobre si solo se concentra en gestas individuales y no colectivas (esta vez no coincido con la loa a la patria de Bobby Eisenmann). Pobre Margarita, convertida en símbolo patrio que nadie recordará en un año...

Pero tengo propuestas para seguir con esta ficción y no perder el momento de emoción nacional. Ahora deberíamos participar colectivamente en Latin American Evil, un concurso que pretende determinar cuál es el mayor canalla de nuestros predios. No conseguiremos tanta plata ni tarjetas porque los que suelen donar para Margarita o para el lazo rosa son los concursantes que compiten en este innovador concurso.

Puede elegir. Si considera que los mayores canallas son nuestros políticos que consideran que es normal que los familiares se ganen los contratos que ellos mismos generan y los que los respaldan (Léase Martín Torrijos, Tarté, Escobar, Díaz, Paredes, etc...) marque 0000; si prefiere votar por los que están regalando el país con el mayor descaro (Léase Ligia Castro, Carmen Gisela Vergara, Pérez-Guardia, Blades, etc...) mande un mensaje con la palabra “descaro”; si quiere apoyar a los nuevos fundamentalistas que creen que a Dios les molesta que tengamos sexo con la luz prendida marque el 6969; puede apoyar también al centro financiero de Panamá por ser el único que no va a sufrir la crisis económica mandando un mensaje con “jajajaja”; no olvide apoyar a los medios de comunicación nacionales por su significativo apoyo a la idiotización de la población marcando el \$\$\$\$; y, recuerde, el concurso es tan flexible que le permite votar por concursantes no postulados.

Me acusarán de cinismo, pero puedo modificar mi opinión si los mismos medios (todos) que han entrado al trapo de esta vergüenza nacional movilizan a nuestro país para recaudar fondos para los connacionales que están siendo víctimas de la inseguridad alimentaria, o para ponerle tres tristes bombillos al triste parque que tanto anunciaron en donde antes estuvo el mercado público, o para abrir algún espacio público con parque y verde en esta ciudad de cemento y carros, o... Esperen ¿eso no es labor del Gobierno? Estamos perdidos. Mejor nombremos a Margarita como presidenta de honor de la Teletón (este año no hay niño símbolo), u ofrezcámosla como fórmula vicepresidencial para Balbina y así nuestro pequeño universo será perfecto.

[C., a propósito de la crisis financiera, ha encontrado las palabras de García Lorca sobre la de 1929, qué belleza: “Tuve la suerte de ver por mis ojos el último crack en el que se perdieron varios billones de dólares, un verdadero tumulto de dinero muerto que se precipitaba al mar, y jamás, entre varios suicidas, gente histérica y grupos de desmayados, he sentido la impresión de la muerte real, la muerte sin esperanza, la muerte que es podredumbre y nada más, como en aquel instante, porque era un espectáculo terrible pero sin grandeza”].

la violencia de los sumisos

Quizá es necesario contrarrestar esta ingente y terca avalancha de violencia buscando pequeños rayos de luz que puedan recordarme que, en realidad, a pesar de esta apariencia desdeñosa, los seres humanos somos capaces de amontonar afectos y de gestionar nuestras vidas con inteligencia.

Lucidez dolorosa del minero al salir del túnel y abrir esos ojos debilitados por la penumbra. También por la penumbra generada por un exceso de luz.

La violencia no solo consiste en golpizas, disparos o gritos destemplados cargados con palabras lacerantes. Eso parece evidente, pero a mí –deben ser estas delgadas nubes– cada día me afecta más la violencia de los símbolos, de mis propias palabras escritas en plástico aunque estas sean broma ante el descomunal aluvión que llega con los medios de comunicación y, antes, con las fábricas de contenidos que laboran 24 horas sin descanso. Imagino que usted sabe esto. Por si acaso. En este mundo ningún mensaje es casual: ni el que nos vende el caldo de gallina, ni el que hace lo propio con un candidato político, ni el que viene de ñapa en un texto noticioso, ni el que construye ídolos de neón, ni siquiera el que nosotros mismos pronunciamos cuando opinamos.

Hay varias fábricas de contenidos que van modelando nuestro pensar (pobre librepensar) desde que nacemos y la maquinaria es tan perfecta y continua que llegamos a defender a capa y espada que en realidad todo es un proceso personal, en lugar de una lucha férrea entre lo implantado y lo propio, en caso de existir.

Siempre me impresionaron los mutantes de Blade Runner, tan perfectos que no se reconocían fabricados. Metáfora de tiempos en que todo es fabricado y en los que, cuando el producto empieza a “independizarse” hay que reencauchar el pensamiento para mantener la paz social. La primera fábrica de consensos falsos es la familia bajo el modelo tradicional, ese que defienden a capa y espada los que enarbolan la patria potestad como si fuera una tarjeta de crédito. En la familia, las mentiras juegan en el equipo de las verdades y generan quistes tan perfectos que los reconocemos como parte de nuestra anatomía. El producto, la persona, recibe además el suplemento de la escuela donde los mensajes se

martillean y todo el que pregunte más de lo debido o cuestione las reglas de la cadena de producción empieza a ser marcado (“su hijo es hiperactivo”, “a su hija le hace falta disciplina”, “a este niño le faltan límites”...).

Estas dos instancias no son suficientes. Los medios de comunicación redondean el trabajito con producción cultural –qué horror el concepto de industrias culturales–, con mensajes publicitarios y con noticias que en realidad nacen en otras fábricas de contenidos llamadas agencias de publicidad, productoras, oficinas de comunicación, gabinetes de relaciones públicas y otra serie de generadores de perfidias.

Sería, en palabras del comunicólogo Vicente Romano, lo que lleva a la “formación de la mentalidad sumisa”. Tan sumisas a veces, que reaccionan agresivamente cuando algo atenta contra esos consensos fabricados. Me impresionan, decía, estos tiempos de violencias simbólicas. Durante unos días me ha tocado colaborar a combatir contra las mentiras fabricadas del Gobierno colombiano que hizo todo lo posible para marcar a un hermoso movimiento indígena, digno y peleón, como terrorista. Imposible ganar en la batalla, no tanto por la enorme maquinaria de comunicación del poder, sino por la sumisión de la mayoría de los receptores de sus mensajes, ya convencidos de que todo lo que moleste al ejecutivo es antipatriótico y peligroso por definición.

Antes, tuve que leer decenas de correos electrónicos que me trajeron las reacciones al Malcontento de la pasada semana que osó tocar el tema Margarita. Nunca había recibido tantos, nunca ha sido tan evidente para mí el aislamiento en el que se sienten las personas que no van en la corriente mayoritaria –correos bellos pero tristes al tiempo de piezas defectuosas en esta gran fábrica de consensos por la soledad en la que siguen pensando, sobreviviendo–. Tampoco había sido tan evidente para mí la agresividad, la violencia con la que se dirigían a esta pluma sin influencia ni trascendencia los que estaban en desacuerdo, los que sintieron amenazada la paz de la corriente del río que nos lleva.

Conclusión: ninguna. Apenas intuir que la luz, la ausencia de ceguera, como muestra Saramago en su obra maestra, es una amenaza para la mayoría y una urgencia para una inmensa minoría que en Panamá, como en el resto del mundo, ya está vacunada contra las mentiras tramposas y contra los consensos de papel.

[Repite Federico García Lorca en esta cueva de C. El poeta ya sentía en 1931 la obligación de ser más allá de existir: “...en el mundo no hay más que vida y muerte y existen millones de

hombres que hablan, miran corren, comen, pero están muertos. Más muertos que las piedras y más muertos que los verdaderos muertos que duermen su sueño bajo la tierra, porque tienen el alma muerta. Muerta como molino que no muele, muerta porque no tiene amor, ni un germen de idea, ni una fe, ni un ansia de liberación, imprescindible en todos los hombres para poderse llamar así".].

exijo una disculpa pública

El honor es cosa de la élite económica, política o social del país. Bueno, siempre ha sido así. Incluso en la época de los duelos de honor a espada o plomo los únicos que perdían el tiempo con tamaña estupidez eran los nobles o los advenedizos que querían serlo. Los pobres, siempre tan ocupados con esa extraña tarea de sobrevivir, nunca invertían su pingüe capital de tiempo en soberana demostración de complejo fálico y exceso hormonal.

Nada ha cambiado. ¿Se imaginan a la esposa del hombre al que mató DDD¹⁷ en un “incidente policial” exigiendo que reparen su honor o su prestigio?, ¿están preparados para recibir cartas de los campesinos del interior pidiendo disculpas públicas a todos los que los han ido expulsando de sus territorios a cambio de monedas engañosas?, ¿qué ocurriría si todos y todas las jóvenes de nuestras universidades se batieran en duelo con nuestras autoridades educativas ante el insulto que supone entrar a las aulas para salir con menos coeficiente intelectual del que se tiene al ingresar?

Son sólo algunos ejemplos que me han motivado a autoconferirme el papel de portavoz de las mayorías inertes para pedir una disculpa pública en este medio por parte de todos nuestros altos funcionarios –no todos–, incluyendo los de administraciones anteriores. Disculpas por construir un país de neón cuyas luces ocultan la pobreza y la exclusión lacerante de una buena parte de la sociedad. Esta vez vamos a cambiar las tornas. Normalmente tenemos que soportar que cualquier funcionario que se siente criticado por su gestión pública –claro, nadie les explicó lo que significaba eso de “pública”– haga declaraciones ampulosas pidiendo rectificación en bien de su honor y el de su familia. En la actual Administración, se repite el estribillo: “Esto es una campaña política, un montaje, una infamia. Esto es... que te lo digo yo... Esto es”. Y con él, repitiéndolo muchas veces, se logra tapar el sol con un dedo. También pedimos disculpas públicas a los empresarios –no todos– que se enriquecen día a día a costa de no cumplir, por ejemplo, los derechos laborales fundamentales.

¹⁷ Daniel Delgado Diamante, ministro de Gobierno y Justicia que renunció ante la noticia de que supuestamente asesinó a un hombre durante la dictadura militar.

Las disculpas que exigimos las ciudadanas y ciudadanos aquí representados –ya me siento diputado– consiste en la rendición pública de cuentas. Su disculpa, funcionarios de la infamia, debe partir de mostrar sin tapujos qué hicieron y qué no hicieron. Los que solemos criticar su gestión en artículos de opinión –que por eso se llaman de opinión y por tanto no hay por qué compartirla– lo hacemos en función de los síntomas del enfermo.

A saber: la mitad del país concesionado para sacar minerales o arena, para producir energía que montar en la línea Puebla–Panamá–Colombia o para plantar turistas; nuestra cobertura boscosa o nuestros manglares en extinción; una promoción turístico-inmobiliaria que ha llenado el país de “turistas” residenciales, edificios de 50 pisos y casinos llenos de mafiosos de medio pelo y algunos de pelo y medio; yates de lujo y multimillonarios locales y extranjeros junto a los bolsones de abandono y esclavitud moderna –ahora se llaman fuentes de empleo– que escondemos más allá del aeropuerto o más acá de nuestras conciencias; miles de indígenas viviendo de la caridad oficial que es tan pírrica que no da para vivir; una educación desastrosa que sitúa a Panamá en la cola; una Asamblea ociosa y descarada; una justicia que aún sigue practicando la injusticia; una salud pública a la que ninguno (ni ustedes ministros, ni yo columnista) nos atrevemos a asomar la cara porque nos podemos permitir pagar un seguro privado...

Lo voy a preguntar con todas las palabras: ¿qué tenemos que agradecerles? ¿qué? Quizá, sí, que en los informes de las fundaciones e institutos que ustedes mismos frecuentan aparezcan con buenos números macroeconómicos, pero esos, después del sacudón de la crisis financiera ya no se los cree nadie. Tampoco la macroeconomía alimenta a la mayoría. Pídanos perdón, demuestren que les queda algo de dignidad y pídanos perdón a nosotros ciudadanos, los que pagamos impuestos, los que sufrimos las consecuencias de cada una de sus decisiones. Y si no, renuncien. Nadie les ha pedido que sean funcionarios, nadie les ha puesto una pistola en la sien para que acepten el cargo y dejen en paréntesis por unos años –que en realidad tampoco lo hacen– sus fructíferas carreras en el sector privado como empresarios, comerciantes o artistas.

Como verán, este artículo que pensé sinceramente como una carta de humildes disculpas ante Blades (Rubén, sí, Rubén)¹⁸ –tan ofendido como sacrificado– tomó vida propia y se rebeló contra su autor. No era mi intención convertirme de victimario en víctima, pero es que, en este insomnio que perdura, comencé a repasar los logros de los y las que tienen cartera ministerial y la pluma ejerció su venganza. Claro que, señor ministro, sonría por favor –es gratis– y no se preocupe por estas torpes palabras. Esto no es más que un inofensivo artículo de opinión. El prestigio, al igual que el honor, es algo que se cocina en fogones mucho más íntimos: los de la conciencia.

[C. renuncia al honor y al prestigio. Acorazado en sus páginas, reconoce el honor en los miles de indígenas que durante dos semanas pusieron a sudar al presidente de guiñol. El prestigio lo deja para quienes se alimentan de lo que piensan los otros.]

¹⁸ Rubén Blades, Ministro de Turismo entre 2004-2009, respondió con agresividad a una crítica de **El Malcontento**, amenazó con ajustar cuentas cuando ya no fuera ministro y utilizó el sitio en Internet de la Autoridad de Turismo para atacar al autor.

adelantemos el fin de año

¡Atención, atención! Por evidente carácter de emergencia nacional, anunciamos la propuesta de adelantar el fin de año a hoy mismo: 16 de diciembre, día de san Eusebio y del beato Querubín Testa de Avigliana, entre otros ilustres ungidos.

No es que Querubín nos vaya a iluminar, que para eso ya tenemos la Operación Bombillo, ni que san Eusebio nos vaya a prometer un mejor año por anticipar su comienzo, pero la iniciativa tiene como fin evitar daños mayores si permitimos que este Ejecutivo y esta Asamblea Nacional sigan ejerciendo sus funciones un día más de este nefasto 2008.

Nuestro temor es el de que con más días de trabajo, Torrijos y su banda terminen de regalar el país, de vaciar las arcas del Estado. Ya sabemos por experiencia que a noviembre y a diciembre hay que tenerles pánico en Panamá. Las fiestas patrias y la Navidad, Navidad dulce Navidad son la coartada perfecta para aprobar leyes esquizofrénicas y para hacer regalos envenenados.

Fíjense si no. En unas pocas semanas hemos visto cómo la gloriosa y ubérrima Asamblea tumbó la ley de Salud Sexual y Reproductiva para salvaguardarnos la conciencia y aquellas partes de por abajo; aprobó una ley de Territorios Colectivos que desconoce luchas prolongadas y consistentes como la del pueblo naso¹⁹; nos ha metido el gol de una ley de Costas e Islas que regala el país a cachitos en pro del desarrollo, y todavía le quedan unos días para sus famosos madrugonazos: espectáculos típicamente navideños con los que los honorables nos suelen homenajear cada 30 de diciembre.

El Ejecutivo, ni corto ni perezoso, administra el tiempo y el dinero como si fuera suyo y no de las ciudadanas y ciudadanos. Claro, que si fuera suyo no se le habría olvidado presentar los papeles a tiempo ante la Unión Europea para que los productos panameños tengan alguna mínima ventaja fiscal (¿por qué no

¹⁹ La Ley de Territorios Colectivos, en la práctica imposibilita la ampliación de las actuales Comarcas indígenas, como reivindican los ngäbe y cierra la puerta a la creación de nuevas, como exigen los naso.

pagan las consecuencias de su bolsillo los ministros y funcionarios ineptos?).

Tampoco lo habría botado, probablemente, en pagar peajes a una empresa privada para que los que van en su carro privado (la minoría del país) no sufran los tranques que ellos mismos provocan²⁰. Lo que sí ha hecho bien desde el punto de vista del inversionista privado, que es lo que parece Torrijos, es forzar la ley de costas e islas para que su finquita le salga a buen precio, y repartir bonos navideños a potenciales seguidores (como buen empresario sabe que es más rentable dar plata que generar empleo).

Veamos la propuesta desde todos los ángulos posibles. Si terminamos 2008 hoy, nos ahorraremos bastantes gastos innecesarios (casi todos los navideños lo son), contaminaremos menos el planeta, salvaremos a algunos pavos que todavía no han sido congelados, acabaremos de una con los problemas de tránsito, evitaremos discusiones familiares estúpidas, ahorraremos “bucu” en gasolina y, ante todo, mandaremos a Torrijos de vacaciones.

Es mejor, sin duda, que el team Martín descansen y tome fuerzas para terminar su obra en los pocos meses de gobierno restantes. Estoy seguro de que les queda mucho por hacer, aunque eso no incluya la educación ni la salud ni los acuerdos de la Concertación (que firmaron para no cumplir) ni el sistema penitenciario, ni...

Si arrancamos 2009 mañana miércoles, pienso ingenuamente que san Lázaro podrá iluminarnos y hacer que este cadáver de democracia resucite, se levante, ande y nos demuestre que hay futuro y esperanza. Aunque, en realidad, lo que nos haría falta es acostarnos a dormir, tener un sueño agradable y que, al despertar, estuviéramos en 2014 y ya hubiéramos sufrido el nefasto gobierno que nos viene por delante (gane quien gane).

Tengo que reconocer, esto es cierto, que la propuesta llega un poco tarde ya que no ha podido evitar la celebración de la gala de Teletón, ese espectáculo de la caridad en el que un club de desocupados con plata limpia su conciencia y ocupa el espacio natural del Estado. No todas las propuestas son perfectas, pero prometo no despistarme en 2009 y concretar el cierre del año justo

²⁰ El presidente Martín Torrijos pagó con dinero del Estado los peajes del Corredor Sur (autopista que conecta el centro de Ciudad de Panamá con los barrios del oeste) durante los días de Navidad.

al final de noviembre para esquivar la ristra de males que llega con el tradicional último mes del año.

[Cuando la realidad es tan previsible, decepcionante y soporífera, C. se acurruca en versos como los de la costarricense Ana Istarú cuando escribe: “Estoy de pie en un sueño./No lo quebrante nada:/ni ese buque de bruma,/ni ese torso aterido,/ni ese dolor que viene/preguntando mis señas”.]

elogio a la política

Voy a hacer justicia. O, mejor expresado, voy a fijar posiciones porque mis desahogos semanales pueden llevar a confusión. Suelo descargar la ira personal, la rabia de ciudadano frustrado, en los políticos, que no en la política. Y no en cualquier político, tengo la mala costumbre y de nefastas consecuencias –como habrán observado– de poner nombre –o, al menos, apellido– a los políticos que considero perversos o, como poco, ineficientes o decorativos.

Cargo menos con el sector privado y, la verdad, es que lo considero mucho más nocivo que el público, entre otras cosas porque suele ser la plata de algunos empresarios la que mueve los hilos de la política local. No hay duda que el mercado sin control, tan legal en territorios “desarrollados” y tan selvático en tierras tropicales, nos ha engullido y la marcha a atrás, si es que la hay, será profundamente traumática para poblaciones enteras educadas ya en las vitrinas de los centros comerciales (esas catedrales “tetratétricas” llenas de luz y espejitos).

Hoy quiero hacer justicia y defender a la política por encima de todas las cosas. La construcción de lo público requiere de la política y de los políticos. Creo que todos, incluido este articulista, somos culpables de haber satanizado la política. Es ahora desagradable que alguien exprese en público que tiene aspiraciones políticas. Las miradas de resquemor y de desprecio marcan a esa persona que, si tiene pudor, suele desistir del intento. Un niño o una niña en la escuela tiene vergüenza de decir que su papá o su mamá se dedica a la política. No es un “trabajo” de moda.

No hay problema, sin embargo, en presumir de sueños empresariales. Si el niño dice que de mayor quiere ser millonario provocará la carcajada benevolente de los presentes que, por supuesto, nunca se cuestionarán el hecho de que para ser millonario hay que delinquir o especular –si es que no es lo mismo–. No tengo nada en contra de los millones, pero es que las cuentas no salen: para que unos pocos tengan tanto, otros muchos deben vivir en la frontera de la miseria y la explotación.

Por eso reivindico y redignifico el hecho de ser político o de hacer política. Necesitamos a las y los mejores en la política. No a los mejores empresarios, ni a los mejores artistas, ni a los mejores

burócratas... lo que necesitamos es a la gente más inteligente y honesta. Servir a lo público debería ser un orgullo, no un sacrificio. Si lográramos que la política volviera a ser un territorio de esperanzas, los ciudadanos saludaríamos con respeto a los que se dedican a ello, agradeciendo que su inteligencia esté a nuestro servicio. En este sentido, sin ser yo un partidario pasional de Barak Obama sí reconozco en su discurso palabras que puedan construir un entorno político diferente, de imaginación y emoción, de entrega y construcción. Y de eso se trata la política: de construir lo social, lo de todas y todos, un modelo de país y de mundo en el que quepamos y podamos vivir con dignidad.

Recordaba estos días cómo en América Latina las mentes más lúcidas llegaron a la Presidencia o lideraron procesos revolucionarios. Participaron en la política de forma contundente personajes como Domingo Sarmiento en Argentina (autor de *Facundo*) o Rómulo Gallegos en Venezuela (los míticos Doña Bárbara o Canaima), los muralistas de México (como Diego Rivera o David Alfaro Siqueiros), Ernesto Cardenal y Sergio Ramírez en Nicaragua, Roque Dalton en El Salvador... La lista es larga. Perdón, era larga. Ahora escasean los ejemplos y eso "criminaliza" la política.

Solo tenemos malas noticias desde esa vereda: corrupción, connivencia con intereses privados, enriquecimientos legales pero ilegítimos... Por eso es tan difícil creer en los políticos. Aun así, renunciar a la política es entregar nuestros países a los maleantes o tercerizar el Estado, que es lo que han estado buscando los pillos neoliberales desde que el Consenso de Washington diera las órdenes precisas al respecto.

Creo en la política y ojalá que vuelvan los hombres y mujeres honestos e inteligentes a coparla. ¡Oh cielos! Me levanté demasiado soñador hoy. Perdón.

[C. recupera parte de un poema de Roque Dalton que trata del papel de la palabra, de la posición ética de quienes estamos en los medios: "ay del traslado del crimen hacia los hombros de los débiles: "ay de las complicidades / ay de las delaciones /ay de los servilismos /ay de los soplos al oído del verdugo /ay de las tolerancias /ay de las mentiras matutinas y vespertinas...". Tomo nota].

fechas secuestradas

He conseguido superar la prueba navideña con una sola botella de ponche y una agenda, cero fiestas en el haber y ni una sola lucecita cerca que maree los pocos sentidos que me quedan. Ya sé, algunos de los lectores dirán: “ahí está el amargado otra vez”. Pero créanme que no es así.

Soy un fanático de la Navidad, un auténtico entusiasta de posadas, villancicos y pavos insípidos. Incluso, mi aspecto de Papá Noel en su juventud preciada me favorece para transmitir buenos sentimientos a niños y otros seres ingenuos.

Me parece lo máximo que durante un par de semanas todo el mundo quiera tener un árbol en su salón que tape un poquito el televisor de plasma en lugar de talarlos, que es lo que se hace el resto del año; me llegan a emocionar las felicitaciones que se reciben deseando paz y amor y firmadas por los mayores canallas del país; puedo entrar en una fase orgásmica cuando descubro que comprar decenas de regalos inútiles es un acto de amor eterno.

El único problema de todo este cuento es que es mentira. Así: mentira. Esta es la celebración de la doble moral, aunque pueda destilar algunos síntomas de encuentro y hermanamiento excluyente que aparentemente ablanda los corazones. Miren ustedes que locura.

En estas fechas a todos les da por echarse al monte a dizque celebrar la Navidad con los pobres (es como si se tratara de campaña electoral masiva cada fin de año) y hasta Lucy Molinar se va cargada de regalos para repartirlos entre los sinzapatos y acostarse mucho más tranquila con su conciencia. Las empresas, en uno de esos arranques de Responsabilidad Social Corporativa, ven la cara sonriente de sus empleados cuando le regalan la bolsa tipo Compita (si que somos sumisos los humanos ¿no?).

La mayoría va a fiestas o tiene cenas de amigotes en las que se harta de comer y beber en nombre del Niño Dios y de la paz y la igualdad. Lo bueno es que al salir le den propina al guardacarros o al harapiento que extiende la mano. La cosa es tan loca que hasta en El Chorrillo aprovechan la luz robada a Unión Fenosa (un buen favor a la patria, lo de robarle luz, digo) para poner sus adornos navideños antes de que una balacera funda la operación bombillo.

La ciudad se engalana por obra y gracia de una nueva compañía de telefonía celular que tiene el color de la Navidad y de la Coca-Cola (casi lo mismo) y sólo nos falta que Odebrecht consiga que los renos y el gordito de tierras gélidas lleguen sudando por la cinta costera que está llenando la ciudad de puentes que ocultarán la luz y afearán más a Gotham City. Hasta tenemos la suerte de que Martinelli nos felicite la Navidad a punta de reguetón hermanándose con el gueto y con el campo, dos lugares que ha conocido gracias a esos zapatos marca Palacio de las Garzas.

La Navidad suena bien, como suena bien la prédica de aquel Jesús que debería volver a sacar a los mercaderes del templo. El problema es que el templo se quedaría vacío porque en estos tiempos nuestros la gente solo va donde está el mercado. Esta fecha, una más en el calendario de celebraciones secuestradas por los jefes de marketing, si alguna vez tuvo un significado ya lo perdió.

Hoy, los devotos seguidores de mentiras, se rasgan las vestiduras en nombre de un Dios que, de existir, debe estar avergonzado de habernos creado, de habernos dado la libertad de equivocarnos. Hoy, los que no comulgamos de este circo, tenemos que soportar el aluvión navideño sin tener derecho a la tranquilidad de una vida sin tanta hipocresía.

Mi única esperanza es que un día las mayorías cambien y que la solidaridad y el amor no sean palabras víctimas de este secuestro *express* practicado en nombre de la buena voluntad; mi estúpida esperanza es que llegue el día en que nos echemos al monte o al barrio para compartir un sancocho en hermandad con amigos campesinos o vecinos que vivan dignamente y que no tengan que aceptar el pinche regalo de Navidad para ayudar a limpiar las conciencias de quienes el resto del año no piensan ni un segundo en la miseria ajena.

[Juan Luis Panero se lamenta con C. de la calma rota, del hastío perturbado: “¿Qué puedo hacer? Si todo este aquelarre, ansioso de venganza o justicia, / irrumpe en el ocio merecido de un domingo, / y nada quiero reprocharles, aunque algo podría”.]

de buenos propósitos

Es el momento. O ahora o nunca. No voy a prometer que voy a dejar de fumar, o que me voy a volver religioso, o que no voy a encontrar el placer en lo más mundano.

Tampoco es semana de imposibles. Sí parece cierto que el quiebre del año es una oportunidad única para hacer listados, proyectar sueños, hablar de lo que no vamos a hacer como si fuera oráculo infalible.

Por eso quiero cerrar este sinuoso 2008 con un listado de mis buenos propósitos que, a buen seguro, pueden ser imitados por hordas de lectores y lectoras dispuestos a inmolarse conmigo a punta de felicidad e intentos de coherencia. Esa, esa es la palabrita de 2009: coherencia.

Miren, se trata de un valor límite. Al igual que la honestidad o la bondad, jamás la coherencia es alcanzable al 100%. Cojeamos como humanos y esto no es grave. El propósito, de existir, consiste más bien en mantener la ruta hacia ese valor. Uno puede tener como sur, siempre, ser honesto, y esa actitud le empujará irremediablemente a mejorar sus estadísticas. Igual debería ocurrir con la coherencia.

Una de las preguntas más frecuentes cuando hablamos de lo mal que está Panamá, Latinoamérica o el planeta es... “¿y yo qué puedo hacer?”. Es más fácil escudarse en lo ingente de la tarea, en el tamaño del despropósito, para seguir repitiendo patrones sumamente dañinos para nuestros congéneres y para el suelo que pisamos. Pero... qué tal si comenzamos a ser más coherentes en el día a día.

Si yo, y es el caso, estoy preocupado por la pobreza y la explotación de los excluidos lo mínimo que puedo hacer es no reproducir el patrón. Es decir: si quiero tener empleada o empleado en casa, lo contrataré con todas las de la ley (como mínimo), si consumo todos los días puedo hacer de este acto algo casi reivindicativo premiando o castigando a los empresarios que, con solo seguir las noticias, considero positivos para mi sociedad o negativos. Tampoco le voy a negociar al vendedor de la calle que rebaje 25 centavos en un producto de 75 centavos, y, en un gesto más humano, le preguntaré su nombre y su historia al mendigo que

me cruzo todos los días, o a la hormiguita que limpia mi andén como si fuera fantasma anónimo sin dolores ni alegrías.

Si yo, y es el caso, pierdo algunas noches el sueño pensando en el calentamiento global, en el brutal desastre ambiental que asola Panamá, casi siempre asociado a la violación de derechos humanos, lo primero que deberé hacer en 2009 es modificar mis pautas de consumo (que es ya casi equivalente a decir comportamiento).

Políticas como comprar en el menor radio de distancia posible (no agarrar el carro y manejar hasta Albrook Mall o Multiplaza para comprar una libra de azúcar cuando la vende el chino de la esquina); consumir productos nacionales preferentemente (fomentamos nuestra economía y evitamos los altos costos económicos, ambientales y laborales de comprar un queso tajado llegado desde Grecia); estar informados de cuáles son las grandes multinacionales criminales ambientales y laborales (comenzando por Coca Cola y continuando, por ejemplo, por la Shell); no generar la cantidad brutal de basura que una familia media produce hoy en día (por ejemplo, al no cargar la compra del supermercado en decenas de cartuchos plásticos, sino en bolsa de tela); eliminar la terrible moda de que todo sea desechable (vasos, servilletas, manteles, cubiertos) y volver a la vieja tradición del tejido; colgarse artesanía local en lugar de collares de oro (que es lo que sale o saldrá de Petaquilla), o primar lo natural sobre lo industrial (un jugo sobre un refresco enlatado, o unos vegetales sobre un pollo congelado y procesado) son pequeños pasos que, de ser repetidos en muchos hogares, harían la diferencia.

Si fuera el caso, y lo es, de que yo considerara que las relaciones humanas se están enfriando hasta llevarnos a la esquizofrenia, mi propósito de 2009 será mudar el gesto torcido, priorizar la sonrisa, la pregunta amable, la caricia, el cuidado del otro, al fin: el respeto y la comprensión sobre la hipócrita convivencia forzada o la impostura social.

Verán que se avecina un año difícil si pongo toda la lista en práctica, pero les aseguro que voy a tratar que el esfuerzo sea sostenido. En el fondo, y si lo pienso, es más difícil dejar el cigarrillo que cumplir a rajatabla todo lo anterior. Feliz año.

[En homenaje a vos, C. busca a Alfonsina Storni: “Escrúrame los ojos sorpréndeme la boca,/sujeta entre tus manos esta cabeza loca;/dame a beber veneno, el malvado veneno/que moja los labios a pesar de ser bueno./Pero no me preguntes, no me preguntes nada/de por qué lloré tanto en la noche pasada (...)”]

2009

la desgracia democrática

Ya, ya sé que la democracia es la panacea, que estamos felices de votar cada cinco años para que alguien haga lo que se le antoje durante todo el periodo justificando su poder en nuestros torpes votos. Este sistema de sombras nos permite vivir en la mentira con cierta dignidad. Pero, tendrán que reconocer conmigo que es triste el panorama al que se enfrenta Panamá de cara a las presidenciales de este año. Cuando leo que Ricardo Martinelli es el candidato con más posibilidades –aunque se trate de encuestas urbanas y aún poco confiables– se me eriza el pelo. No es que Balbina me guste ni me parezca mejor, pero sería muy triste que Martinelli llegue al Palacio de las Garzas sólo gracias a un voto de castigo al PRD o como “mal menor”. No será menor.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que el Estado no es una empresa y no se puede gestionar como tal. Los métodos y técnicas empresariales están diseñados para maximizar el lucro personal de los propietarios, no para generar valor o calidad de vida a sus trabajadores. Los ciudadanos y ciudadanas no somos trabajadores del Estado, no tenemos –o no deberíamos tener– una relación subordinada con el Estado –aunque, la mayoría de ocasiones es así–.

El Estado debe prestarnos servicio y los políticos a los que damos la confianza en las urnas no pueden convertirse en finqueros por cinco años, sino en servidores públicos con el tremendo valor que tienen estas dos palabras.

Es evidente que ser millonario o ser empresario no pueden ser las credenciales de un candidato presidencial confiable. Por desgracia, este tipo de candidatos han existido y triunfado en Latinoamérica por la falsa imagen de que lo privado funciona y es limpio frente a lo público: enrevesado y corrupto. Ni lo uno ni lo otro. Así que corresponde mirar con cuidado la propuesta de país que se supone debe tener Martinelli. Si consiste en regalar sillas de ruedas y becas y en una supuesta mano dura tan fascista como inútil –ya se ha comprobado en otros países– estamos mal. Y me temo que es así.

Quizá la opción sí sea, como algunas personas andan planteando, el voto en blanco. Un voto de protesta de verdad, que no requiere de rostro y que de ser masivo toma el rostro del pueblo, del electorado. La democracia es imperfecta como todo

sistema, pero se torna en desgracia cuando es tan mentirosa, cuando todo se reduce a una votación cada cinco años y luego un periodo de virreinato donde el ganador hace lo que quiere sin escuchar lo que su sociedad requiere.

Acá, los presidentes, sin excepción, han hecho oídos sordos a todas las propuestas emanadas de la sociedad civil –la última fue la tristemente enterrada Concertación Nacional para el Desarrollo: un manual de vuelo para cualquier presidente y que dudo que siquiera hayan leído los candidatos–. Martinelli no va a ser la excepción, acostumbrado como está a ser la única voz cantante de su empresa y con unos pobres antecedentes en la gestión pública que no hablan bien, precisamente, de su capacidad de escucha.

Apostemos entonces, con seriedad, en la posibilidad de un voto blanco masivo porque, en todo caso, no es justo que los votantes de ningún lugar se tengan que conformar con el “menos malo”, ni con el “nuevo”. Cuando se habla de cambio lo que hace falta es propuestas innovadoras para construir un modelo de país. Ninguno de los candidatos o candidatas las tiene. Como no se logrará que ese voto en blanco sea tan masivo como para que los políticos calibren su importancia (les recomiendo leer Ensayo sobre la lucidez de José Saramago), nos tocará otra vez apostarle a una sociedad civil vigilante que aumente su presencia y su presión sobre los electos. Tremendo año, ojalá salgamos bien de esta.

[Conmovido de gozo, C. trata de poner a mandar a sus caderas siguiendo la arenga de Luis García Montero: “Levántate / gobierna tus caderas, comienza el día / por una decisión / donde arriesgar tu nombre. / Después / hace falta decir que cambiaste la escena, / que has vencido también / la inocente sonrisa del espejo/ y que prefieres hoy / La nueva brujería de los escaparates. / ¡Levántate! Tienes/ partido el cuerpo como un siglo”.]

no quiero cumplir los 15

Hay varios elementos que me perturban de la supuesta celebración de los 15 años, “el paso de niña a mujer”, a la que este diario le dedicó un extenso trabajo hace unos días. Quizá lo primero es un asunto semántico-cultural, ya que no logro entender cómo se cumplen 15 primaveras donde esa estación no existe. Quizá tiene que ver con la colonización cultural o con cierto complejo de algunas clases que, además de altas, quieren ser de otras latitudes.

Pero, en realidad, lo que me provocó sarpullidos en la piel es que en ningún momento de la historia se aludía al carácter claramente machista de esta fiesta rosada plagada de tópicos. Sin saber muy bien qué significa el supuesto “paso” trascendental –no tengo claro si tiene que ver con un cambio fisiológico, con una operación estética de aumento de senos, con la posibilidad de practicar sexo o con entrar al “mercado” de las mujeres casaderas–, me parece impresionante que la tradicional presentación en público fuera una “pequeña boda”, en la que se baila el vals, las niñas se disfrazan de adultas y embadurnan su cara de espeso maquillaje, y en los diarios locales aparecen las fotos de las chicas como catálogo de Félix para que los lectores podamos elegir futura mujer (o para que las señoras que toman té a media tarde puedan criticar aquel vestido o este peinado).

¿Por qué a los 15 y no a los 18? ¿O a los 14? ¿Por qué sólo con las chicas? ¿Será que los muchachos no pasan de niños a hombres? ¿O será que el ritual social del hombre se celebra en un ambiente más oscuro cercano a los prostíbulos?

Pocas veces cuestionamos públicamente costumbres que perpetúan el modelo patriarcal de entender la sociedad. La mujer donde le corresponde y el hombre en su lugar –mandando y haciendo, básicamente, lo que se le antoja–. Si lo juzgáramos con cierta frialdad, se podría comparar el rito de los 15 años con el velo en los países islámicos o la ablación en algunas zonas de África. Sé que no es lo mismo, no salten sobre mi yugular. Hablo simbólicamente. Ofrecemos a estas niñas a la sociedad en un mercado de carne que no requiere de intelecto ni las considera como seres individuales llenos de valor y capacidades.

Le falta tanto a la especie... Hemos avanzado, por supuesto, y rápido. Sin embargo, los modelos educativos y sociales no hacen sino construir una escenografía femenina plagada de rosadito y de

exhibicionismo. Las niñas aprenden que pueden llorar, que deben vestir bonito y que estudiar o conseguir un trabajo no es tan importante como tener marido y prole que criar. Los niños, de otro lado, reciben la inducción a la rudeza, a una especie de vanidad sexual castradora y a la función de cazadores que salen a por el sustento familiar mientras su tierna esposa (otra cosa es quien los acompaña en los juegos de cama) cuida de los hijos y de los valores morales familiares.

Sí, han cambiado las cosas y ya hay muchas mujeres y hombres que han roto con el modelo. Sigue siendo un acto de rebeldía, no la generalidad. Y mientras así sea, un cierto tipo de injusticia social, la de género, que no tiene que ver con cuentas corrientes ni con posición social, sigue lacerando a nuestras sociedades.

Esta injusticia no permite que las mujeres desarrollen en el mismo marco de libertad sus capacidades intelectuales o sus deseos. Ya saben: si una mujer es extrovertida, intelectualmente formada, activa y libre sexualmente, y no participa de estos rituales será rápidamente calificada de lo peor (no repetiré acá palabras que todas y todos conocemos). Si un hombre tiene ese patrón de comportamiento lo veremos como un ser competitivo, con cierto glamour, interesante como poco.

Nos falta mucho. Por eso yo no quiero cumplir 15 años, ni primaveras, ni otoños siquiera, si no es para reivindicar un marco nuevo de relaciones donde no sé si todos seremos iguales, pero al menos podremos respetarnos sin pesados prejuicios como mediadores.

[Una de las amigas desconocidas de C. que más se presenta en sus palabras es Casilda Rodríguez. Ella tiene una perspectiva de la dominación y el género que abre párpados: "Hace 4 mil ó 5 mil años, el poder de un colectivo de hombres creó una sociedad basada en el sometimiento de la mujer. Este sometimiento incluía de una manera muy especial, su sometimiento sexual; es decir, se creó una sociedad basada en la violación sistemática de los deseos de la mujer".]

gente-pensante-que-siente

En todos los malcontentos se incrustan, desde hace semanas, esquivarlas de un tal C., un despistado iluso empeñado en hacer una revolución que nadie ha pedido a punta de versos y palabras respuntadas con el cuidado de costurera de barrio.

Se empeña el personaje en chocar contra fronteras inexistentes, ya que las reales son tan sucias, tan opacas, que acercarse a ellas es mancharse las manos y el alma. Dice C. que ser no es más que resistir, empeñarse en ganar este juego de cartas amañadas con las que cada uno nacemos. Se empieza bien, en una supuesta inocencia de la infancia castrada de inmediato por negaciones, por abusos silenciosos, por regaños a gritos. Se continúa en esa adolescencia de la conciencia convulsa, renqueante, cambiante a cada minuto. Ese humor mudado que enloquece a su portador o portadora y a quien los rodea. Asegura C. que eso no es lo peor, que es mucho más duro el periodo de adultez, plagado de responsabilidades fútiles y de entereza fingida. Nos repiten todo el día frases hechas que después de perder algo de su efecto tranquilizador han sido sustituidas por psicólogos titulados, que las repiten cambiando vocablos y acompañándolas de pastillas de la felicidad.

C., empeñado, insisto, en su revolución, recuerda a José Saramago: "Autoritarias, paralizantes, circulares, a veces elípticas, las frases de efecto son una plaga maligna de las peores que pueden asolar el mundo. Decimos a los confusos: 'Conócete a ti mismo', como si conocerse a uno mismo no fuese la quinta y más dificultosa operación de las aritméticas humanas. Decimos a los abúlicos: 'Querer es poder', como si las realidades atroces del mundo no se divirtiesen invirtiendo todos los días la posición relativa de los verbos; decimos a los indecisos: 'Empezar por el principio', como si ese principio fuese la punta siempre visible de un hilo mal enrollado del que basta tirar y seguir tirando para llegar a la otra punta, a la del final, y como, si entre la primera y la segunda, hubiésemos tenido en las manos un hilo liso y continuo del que no ha sido preciso deshacer nudos ni desenredar marañas, cosa imposible en la vida de los ovillos y, si otra frase de efecto es pertinente, en los ovillos de la vida".

El personaje que hoy vuelvo a recordar solo encuentra cierto sosiego en la comprobación de que queda gente-pensante-que-

siente y que sufre, quizás, por el otro. Esa gente no está entre políticos, religiosos o vendedores de bisutería –todos pertenecientes a la misma categoría–. Antes, relata C., sí estaban mezclados con el resto de los mortales, se implicaban en las luchas sociales, trataban de transformar el mundo.

Ahora, en tiempos de esta revolución imposible, la gente-pensante-que-siente está atrincherada en su propia vida, produce palabras para conjurar el dolor y las envasa, en el mejor de los casos, en libros que serán leídos por pocos, seguidos por menos. No son gurús ni líderes naturales –ya está C. cansado de Oshos, Coelho, Dalais o Benedictos–, sino simple gente-pensante-que-siente y a la que le duele lo que le rodea como si toda esa miseria estuviera alojada en el corredor de su apartamento.

Parte de la lucha de C. es rastrear su presencia, buscar sus huellas para demostrar y demostrarse que no todo está perdido, que cuando este sistema reviente de inanición, de calentón –planetario–, o de violencia –bien callejera–, quedarán aún palabras suficientes para reconstruirnos, para creer en esta especie suicida, para recomenzar partiendo de la memoria (no de cero, como siempre quieren comenzar los que ensuciaron esa memoria).

Escribió el nadaísta colombiano Gonzalo Arango: “Cuando uno cede en su alma / deja de ser uno / para ser como la masa. / Ceder es dejar de ser. / La soledad más insufrible/ es la sociedad;/ incomunicación de las almas / que van marchitando la carne”. La incomunicación y la estupidez, ejércitos de siete cabezas contra los que pretende luchar C. armado de ingenuidad y falta de corrección son enemigos tenaces para esta revolución fracasada antes de comenzar. No hay pistolas, no hay propuesta política, no le pidan a C. fórmulas ni recetas. Sin embargo, querido lector, si quiere, si cree mínimamente en estos débiles postulados de C., ayúdele a construir el manual para esa nueva vida. Un manual hecho de palabras bellas e inteligentes escritas por gente-pensante-que-siente. Mándelas al correo electrónico de este que firma **El Malcontento**, y yo humildemente prometo hacerle llegar esas perlas y seguir utilizando este espacio para distribuirlas en pequeñas cápsulas que, como botellas en el mar, pueden perderse en el camino o seguir tejiendo esta red tan revolucionaria, tan humana, tan sinsentido.

Esta es la última vez que C. se va a colar, se va a adueñar de este espacio, pero parecía justo darle una última oportunidad, por terco, por resistente.

Los políticos son la panacea de nuestros países. Son el chivo expiatorio de todos nuestros males. La culpa siempre es de ellos. Y si no, dense un paseo por la calle o por cualquier taberna y pregunten de quién es la responsabilidad del desempleo, de la contaminación, de la suciedad, de los megaproyectos económicos que nos acosan, de la impotencia sexual y hasta de los fracasos con los hijos.

Es fácil la fórmula y ahorra mucho en sicólogos y siquiатras, pero es mentirosa. Yo nos acuso hoy de indolencia, a todos y a todas. De no tener el control de nuestras vidas individuales ni de la vida colectiva.

Nos quejamos de la televisión que nos muestra una Panamá sangrienta, morbosa y mentirosa, pero seguimos prendiendo el cacharro maldito y exponiendo a nuestros hijos y a nuestra mente a tanta basura. Medida 1: abandone al televisor antes que a su pareja y reconstruya esas viejas costumbres de conversar, de leer, de jugar, de callar sin ruido, incluso. Le aseguro que cuando los canales vean desplomarse el rating tendrán que hacerse algunas preguntas de fondo y despedir a los grandes creativos que nunca han sido creativos.

Nos quejamos de la basura y de la contaminación, pero arrojamamos latas de refresco por la ventanilla del auto, y generamos tal cantidad de basura estúpida que saturamos cualquier sistema de recolección. Medida 2: si no quiere reciclar deje de comprar plásticos, de consumir tomates orgánicos envasados en bandeja contaminante, de usar papel para todo, de beber tanto refresco de lata y pásese al jugo natural.

Nos quejamos de cómo la ciudad y el país han sido tomados por inversionistas extranjeros con la complicidad de... de los políticos, por supuesto. Pero vendemos nuestra tierrita al primer postor cargado de dólares sin preguntar para qué la quiere o sin apostarle a una resistencia sana aunque no nos llenemos los bolsillos de plata rápida que igual de fugazmente se va. Medida 3: qué tal renunciar a vivir en torres inmundas donde las alturas son humanas, las paredes de mentira y el vivir un tránsito en ascensor.

Nos quejamos del alto coste de la canasta básica o en general del precio de las cosas. Sin embargo, le apostamos a comprar en los

supermercados del cambio o en cualquier otro en lugar de buscar lo propio y lo barato. Medida 4: en la ciudad de Panamá y en el resto del país hay mercados donde los productores nacionales venden directamente. En el supermercado, revuelva el estante hasta encontrar productos nacionales que no tienen por qué ser de menor calidad y siempre son más baratos. Si no los encuentra, exija al vendedor que los distribuya.

Nos quejamos de los tranques, del estado de las vías. Medida 5: utilice menos su carro o apúntese a compartir vehículo para ir al empleo o para hacer la compra. También puede practicar esa deleznable costumbre de caminar o de pedalear en una bicicleta. La mayoría que tiene carro jamás utilizará un sistema de transporte masivo, pero sí puede racionalizar el uso de su propio vehículo.

Nos quejamos de algunos proyectos de hidroeléctricas o del precio del combustible, pero nuestro consumo irracional del aire acondicionado o del carro, y la costumbre de sólo ir a establecimientos congelados dan toda la justificación a los políticos que promueven estas inversiones tan dañinas para nuestra gente y para nuestro ambiente. Medida 6: apague todo, apague... el mundo no se acaba porque sude un poquito o porque reduzca la cantidad inútil y abrumadora de electrodomésticos que tiene en su casa.

Podría eternizarme acá en ejemplos y en soluciones, pero creo que el ejercicio nos toca a cada una y a cada uno de nosotros. Echar la culpa es tan humano como sentirse culpable, pero ambas actitudes son indolentes, una forma de rehuir una palabra –o un concepto– mucho más instigadora: “responsabilidad”. Alguien nos engañó al decirnos que los políticos tienen poder supremo y habilidades ilimitadas. Esos somos nosotros, la gente normalita. Pero para demostrarlo hay que moverse, hacerse las preguntas y, lo más importante, poner en práctica las respuestas. Como dice el viejo José Saramago: “Si no cambiamos de vida, no cambiaremos la vida”.

palabras asesinas

Dicen los optimistas de la pluma que las palabras pueden ser la mejor arma para enfrentar tiranías o desenmascarar redes de corrupción. Las palabras, efectivamente, tienen un alto poder de influencia. Más, cuando salen de determinadas bocas, o de plumas con autoridad (moral, militar, económica, mediática ...). Tienen las palabras un poder letal cuando se encañonan el mal; logran el mismo efecto devastador cuando se ensañan con el bien.

Los propagandistas del régimen nazi lo tenían claro, las modernas empresas de comunicación o de relaciones públicas, en otro contexto, también. Las mentiras repetidas se convierten en verdades, los “sermones” multitudinarios tienen el poder de convertir las masas en rebaños.

Por eso, uno, con tan poca influencia en este complejo mundo, puede ser algo más irresponsable con las palabras que si se apellidara Vargas Llosa, García Márquez o... Ratzinger. Mis palabras se las lleva el viento y, como mucho, permanecen agazapadas en algunas almas cercanas, cómplices incluso. Puedo vociferar, susurrar, imprecicar, subvertir semánticamente el orden y... y no ocurre nada. Ni salvo ni mato.

Sin embargo... ¿qué ocurre cuando el máximo líder de uno de los grupos religiosos más influyentes del planeta dice estupideces que tienen un poder asesino real? El jefe y líder espiritual de los católicos armó su arsenal de palabras con bombas racimo en su visita a África. Parece que a él le importa poco el uso de armas ligeras en las mil matanzas que asolan ese continente ni la explotación y mafias que rodean el tráfico de diamantes que luego muestran orgullosas las mujeres europeas y también las nuestras ni las condiciones de esclavitud en la que se explotan las minas de donde sale la materia prima con la que se fabrican nuestros celulares ni el control económico que mantienen las ex colonias sobre estos países teóricamente independientes y que los condena a la pobreza secular...

No, a este señor vestido de blanco y de reaccionario pensar lo único que le preocupa es el condón. Perdón: el uso del condón. Y no se le ocurre otra cosa que condenarlo en el continente donde hay más incidencia del VIH/sida. Al hacerlo, manda al sufrimiento y a la muerte a miles –si no millones– de ciegos creyentes que ni volverán

a utilizarlo ni seguirán la ingenua y antinatural recomendación de la abstinencia sexual.

Quiero pensar que algún día el mundo se liberará de los fanatismos, de todos. Tenemos facilidad para juzgar con dureza las máximas que nacen del radicalismo islamista, o para considerar como seres animalizados y primitivos a los seguidores de las religiones animistas, pero si este señor, elegido en cónclave, asexuado (en teoría), protector de sacerdotes pederastas o de curas negacionistas del holocausto afirma sin pestañear que el condón es inútil para prevenir enfermedades de transmisión sexual o ataca los rituales africanos por excesivamente folclóricos tenemos que aguantarlo y respetarlo.

Por mi parte, se acabó el respeto. Cuando las palabras son asesinas, el autor debería pagar por ello. Algunos días, en esta misma sección, hay que leer a ultracatólicos defendiendo posiciones similares, irresponsables, dañinas para la vida en sociedad. ¿Dejaríamos que un islamista radical publicara un texto defendiendo la lapidación o la utilización del burka?

Quizá lo que ha colmado la paciencia de millones de ciudadanos del mundo es el lugar y la agresividad de las palabras de Ratzinger porque, en realidad, no puede sorprender la actitud de una Iglesia que, desde su vertiente oficial, siempre ha estado de espaldas a los problemas fundamentales de nuestras sociedades. Muchos de sus seguidores, mientras, siguen manteniendo con vida las enseñanzas del tal Jesús de Galilea con valentía e incluso en contra de las jerarquías. Su jefe Juan Pablo II, en cambio, era especialista en publicar encíclicas sobre la virginidad de la Virgen María (una redundancia casi chistosa) cuando el mundo conocido (el de la Guerra Fría) se desmoronaba a su alrededor.

A su sucesor no parece preocuparle la realidad en Darfur ni el genocida régimen de Sudán ni la inestabilidad en Madagascar ni el exterminio de los palestinos ni la pobreza en Latinoamérica... todo está bien mientras no utilicemos condones. Llamaría a una manifestación en los que todos infláramos preservativos para que la doble moral católica se dé cuenta que el látex no hace el mismo daño que la pobreza o la resignación religiosa, pero probablemente nos detendrían por escándalo público. Ya ven, los locos son más y pueden andar por el mundo haciendo declaraciones asesinas con impunidad. Si los cuerdos nos pronunciamos, entonces atentamos contra las buenas costumbres... que costumbres tan extrañas las de los humanos.

carta al pueblo Naso²¹

Es la segunda vez que escribo este artículo. La primera versión, que llegué a enviar, estaba cargada de rabia, de odio contra el gamonal, de incompreensión, de frustración, de fuerza que si tuviera sería destructora. Manifestaba con crudeza mi odio hacia alguien que no conozco llamado Mario Guardia, propietario de Ganadera Bocas; disparaba mis torpes palabras –torpes como todo lo poseído por el odio– hacia los funcionarios sin alma que ejecutaron una fraudulenta orden de desalojo contra los naso de San San y San San Druí, en Bocas del Toro; denunciaba la mancuerna Estado–empresa que gobierna y destruye el ingenuo sueño de justicia para nuestro país...

Sigo odiando y sigo sin comprender este extraño mundo en el que nos aplastamos como insectos ignorando el alma del otro, blandiendo las leyes que torcemos a nuestro favor e ignorando la justicia humana, la más básica.

Pero decidí reescribir el artículo después de saber que los empleados de Ganadera Bocas estaban tratando de atemorizar – más– a los naso a punta de bala (gamonal, gamonal de otras épocas que nunca fue exterminado...). El corazón arrugado me pidió más bien que le escribiera a los hermanos y hermanas que resisten acampados en San San, desprotegidos por su supuesto Estado, ignorados por sus teóricos compatriotas, silenciados por los medios de comunicación, incapaces de entender su papel integrador de un territorio. Aquí va:

“Queridos hermanos y hermanas: Lo sois no por indígenas ni por excluidos, sino por seres humanos que padecéis y reís como yo, que miráis a vuestros hijos e hijas con los mismos temores y anhelos que cualquier humano dotado de alma. Os escribo desde la más absoluta tristeza y orgullo. Vosotros, que cómo hubiera dicho José María Arguedas, tenéis ‘corazón de piedra y de paloma’, no permitís que el mundo duerma.

Los colonizadores y los republicanos, en momentos tan diferentes con excusas tan dispares, buscaron vuestra asimilación y

²¹ En marzo de 2009 se produjo un violento desalojo de las comunidades naso de San San y San San Druí. En noviembre del mismo año, la maquinaria de Ganadera Bocas volvió a tumbar las casas de los indígenas resistentes.

vuestro fin. Ahora lo buscan, con forma de modernidad legalista, los exterminadores empresarios angurrientos a los que la dignidad les parece un capricho étnico y los derechos ancestrales un exotismo postmoderno.

Sé que es difícil mantener la calma en estas circunstancias, no responder con fuego al fuego, no vengar el dolor que os han infligido una vez más: el despojo, la humillación, la violencia estatal y policial. Sin embargo, si queréis que el vientre de la tierra siga vivo, si queréis seguir sembrando la semilla del arco iris para que otros tiempos nos respeten, os debo animar a seguir la resistencia tozuda, pacífica y ruidosa. Con vosotros compartí agua y penas, de vosotros escuché la fortaleza y la suavidad del cauce del Teribe... os diría que no estáis solos. Y no lo estáis. Hay miles de personas que os comprenden y os apoyan, pero son tan pocos... Vivimos un mundo endurecido de corazón e individualista de espíritu. Y vosotros... ¡ay vosotros! Que creéis en lo colectivo y en las razones que no figuran en las leyes ni en los libros...

Os toca resistir mientras tratamos que el corazón agazapado en la ciudad palpite de nuevo, sufra con la injusticia que os toca y sonría con las pequeñas batallas ganadas al sistema de explotación. No invoquéis la causa indígena, porque os acusarán de trasnochados. Tampoco, la multiculturalidad, porque es palabra inventada sólo para los salones políticamente correctos. Que no se os ocurra hablar de justicia a secas o de hermandad, porque os lloverán pedradas por filocomunistas o por ingenuos.

Toca aferrarse a los Derechos Humanos, a esa declaración tan hermosa como ignorada pero que, a veces, da miedo a los gobernantes ciegos. No apeléis a la conciencia, que esa es elástica como el caucho; no llaméis a la solidaridad de los movimientos sindicales o de las oeneges, cada cuál –con contadas excepciones– ocupados en mantener su propia maquinaria funcionando. Sí podéis recurrir a los líderes de otras comunidades, a los que entienden en carne propia lo que es quedar en la calle de la noche a la mañana, lo que es el golpe torpe y seco de los antimotines – bestias alienadas por un mísero salario–, lo que es la exclusión social y cultural –mucho más perversa que la pobreza–.

Desde acá, desde las estribaciones del pesimismo y la tristeza, os ofrezco tan sólo palabras y algo de la energía que no tengo. Se gane o se pierda la pelea, los párpados del universo se abren un poquito más gracias a vuestra fuerza”.

el tonto sueño de un caminante

No recuerdo casi nunca mis sueños. Al menos, los que debo tener mientras duermo. Siempre he pensado que es un mecanismo de defensa, un bloqueo, dirían los especialistas en estas cosas de la ensoñación. También me pregunto quiénes son esos especialistas, cuando, quizá, los únicos avalados por la vida para estas lides son los poetas y las poetisas que tratan de poner en palabras lo que el alma rezuma en vigiliadas tan dormidas como soleadas.

Sin embargo, sueño mucho despierto y, una vez más, intuyo que lo hago para protegerme. Cuando estoy despierto, con los ojos bien abiertos, las orejas prestas a escuchar y el resto de los sentidos en posición de alerta, nuestro mundo me duele demasiado. No entiendo, por ejemplo, la violencia legal que ejercen los poderes políticos y económicos contra la gente más honesta, más auténtica.

Por tanto, no entiendo las diferencias de oportunidades, la humillación a las comunidades despojadas de derechos para garantizarles la llamada seguridad jurídica a los de siempre, la mirada de niños y niñas que todavía no se preguntan por qué el azar o el destino los hizo nacer en el lugar equivocado a pesar del amor que reciben de sus familias, la ambición desmedida de los que tienen todo y quieren más, la estigmatización de cualquiera que luche por sus derechos, la manía de “otorgar” esos derechos cuando son consustanciales a cualquier ser humano por el hecho de serlo.

Ante tanto dolor, y mi ingenua manera de abordarlo, sueño despierto. Y sueño con cambios sociales profundos. No el cambio de mentira, soez y burdo, que ofrece uno de los candidatos a las elecciones. Tampoco el que predica con la boca pequeña la contendiente. Eso no son cambios. Todos sabemos que es más de lo mismo envasado en recipiente nuevo.

No, yo sueño con cambios de verdad. Y me imagino una sociedad en la que no queramos vivir en un piso 35 de una torre de metal contaminada y contaminante donde el vecino es un número y la vida un ascensor que casi nunca para en el piso que queremos. Un sistema en el que no todos los hijos e hijas de familia adinerada sueñen con ser administradores de empresas o inversores, sino maestros de escuela o médicos rurales con alta formación.

A veces, incluso, me imagino una sociedad donde la tierra sea del que la ocupa y del que la vive, no del que la explota y exprime para beneficio de cuatro gatos. Sueño que desaparecen todos los redactores de discursos falsos, aquellos que hacen decir a Torrijos cosas que ni él mismo puede creer (he tomado la mala costumbre de escuchar al presidente en sus recorridos por el país en los que reparte títulos de propiedad y mentiras, tan nocivos unos como otros). Con el fin de los discurseros, los políticos tendrían que usar su neurona en un acto de desnudismo peligroso pero honesto.

Cuando la imaginación vuela alto, puedo ver la dimisión masiva de los altos funcionarios de las instituciones internacionales que dicen saber de economía y que nos han llevado a la ruina. Sería algo así como que ya no valdría la justificación de la necesidad de un empleo, sino que los seres humanos habrían decidido trabajar sólo en aquello que no provoca el mal, el dolor ajeno.

A veces, voy caminando y me imagino a Erasmo con techo y cama y con una pareja a la que amar y que lo ame. Y en mi sueño no están sus tinacos de agua ni los carros que limpia por unos centavos ni la incertidumbre de la calle ni la mirada sobre el hombro de los que manejan a 50 centímetros del piso. Luego veo al “vecino”, en su esquina de siempre, pidiendo plata para conmemorar con trago el asesinato de su hijo, y puedo ver a su vástago vivo y al “vecino” más vivo, y caras sonrientes y una vida digna plagada de sueños tan ingenuos como los míos.

Luego llego a Plaza Catedral y me encuentro con Lupita, con Tony, con Raquel, con La China... con los que allí duermen para que Torrijos no duerma tranquilo... Y la bolita de los sueños se resquebraja y despierto para ver que estamos en este mundo, donde el único cambio posible llegará con un cambio radical. Y pienso en los pobres poderosos y en cómo un día correrán asustados porque la bestia de la injusticia que han alimentado por décadas, por siglos, también ha despertado, ha dejado de soñar en la lotería y ha decidido tomar las riendas de su vida. Y el cambio llegará, pero no será bonito ni sonarán violines. Y ninguno, ninguno de nosotros, saldrá ganando.

el absurdo cotidiano

Hay un poder evocador en el arte que, por sí solo y obviando el goce estético, justifica su existencia. Aquella canción que me transporta a una playa de la adolescencia; ese poema que proyecta parte de la película de mi vida; esas líneas de teatro en que reconocemos al que estuvo en la butaca y todos los sentimientos que se revolvieron entre las palabras; esos fotogramas que proyectados en el cine al aire libre tenían olor a verano y a anhelos...

Quizá por eso sentí como un triunfo personal la noticia de que Bruselas, por fin, inaugura un museo dedicado a René Magritte. Dicen que fue el maestro de retratar el “absurdo cotidiano” y, sin embargo, para mí representa el triunfo del sentido y el sentido de las cosas. La primera y única vez que me planté frente a los cuadros originales de Magritte fue hace 21 años y mi fidelidad a este pintor ha sido inquebrantable. Por él abandoné a Hopper, por él me aburre terriblemente el arte sacro o me aterra la pintura tétrica de algunos de mis compatriotas más conocidos.

El absurdo de Magritte fue luz para mí: cielos donde todo era posible –hasta una lluvia de sombreros–, puertas que se abrían de pechos y columnas, palomas inquietantes que dominaban el arte de la calma, arte que congelaba un pedazo de queso o de paisaje con el poder de fijarlo, de hacerlo realidad, aunque absurda. ¿Sabrá el artista cuánto marca, cuánto puede condicionar la mirada o la vida de los otros?

En estos tiempos absurdos me parece razonable, entonces, aferrarme a imágenes como las de Magritte y recuperar esa idea que olvido con cierta facilidad: casi todo es absurdo porque no sabemos mirarnos como un nanofragmento de la historia de la humanidad. Si así lo tuviera en cuenta todo el tiempo quizá no me tomaría las cosas tan en serio, quizá mis artículos no serían un tratado del cascarrabias profesional, es posible hasta que me riera más de lo que me rodea.

Sin embargo, esta idea, de la insignificancia histórica del individuo, a mí me empuja a lo contrario. Es decir, si en soledad somos insignificantes en términos históricos, con más razón hay que vincularse a lo colectivo; es más trascendental iniciar las luchas que algún día deriven en mejoras fundamentales para la sociedad a la que uno pertenece. Esperar resultados solo es manía de

auditores y de espíritus egocéntricos. Involucrarse en lo que acontece tiene poco que ver con heroísmo sino con la responsabilidad que tenemos en ese nanofragmento, con la imperiosa lógica de la vida.

Todos los razonamientos sirven para justificar posiciones contrapuestas. El nazismo y el comunismo compartieron algunos autores y compositores, y este relativismo histórico del que hablo puede servir para lanzarse de cabeza al hedonismo irresponsable o para sumergirse sin oxígeno al charco de las transformaciones sociales.

Las dos opciones son buenas si son conscientes. El problema de nuestros tiempos –los de la comunicación persuasiva– es que no sabemos cuánto de lo que hacemos es inducido y cuánto, propio. Esa es la batalla personal. No perder la vida siendo animal de circo que responde a estímulos del domador. No engañarnos.

Todo esto se puede hacer sin sufrir. Nuestra educación judeocristiana nos incita a sufrir en cualquiera de los casos, a añorar estar en la vereda contraria, a darle un tinte dramático a casi todos los aspectos de la vida. Si somos conscientes de lo absurdo de casi todo, y de lo insignificante que es lo que nos ocurre en la espiral histórica, le quitaremos peso al fracaso amoroso, a ciertas penurias económicas, al desgarrar de una pérdida, al patético panorama político, a la injusticia, a todo. La solución para lo estructural requiere de décadas, cuando no de siglos. A ésa podemos aportar. La solución para lo coyuntural no existe.

El truco, por tanto, es participar con todas las consecuencias de las batallas de nuestro tiempo pero sin esperar nada a cambio y sin deprimirse por ello. Tiempos de deseos cumplidos estos (deseos de consumo, por supuesto) en los que corresponde luchar desde la actitud menos caprichosa, más desprendida. No sé si tiene algún sentido lo que les cuento, pero tenía que compartir con ustedes la terapia que me he autoimpuesto para evitar una gastritis incontenible ante la sarta de estupideces que escucho de los “cambiantes”, ante la desvergüenza profesional de los “salientes” y ante la cantidad de trampas cotidianas que la vida privada se empeña en regalar.

ese fugaz momento

Es cuestión de tiempo y de plazos, como si de un crédito hipotecario se tratara. Cuánto tiempo añorando la vida, cuántos plazos hay que pagar –o apagar– para que controlemos su rumbo. Y, de pronto, de regreso de tu luna de miel se cae el avión en medio del océano, o justo en frente de la tienda de la china donde comprabas arrúgala y tomates otro carro impacta contra lo que queda de tu cuerpo, o, simplemente, una de las autopistas de sangre que nos recorre por dentro revienta cansada de bombear sin destino la salvia que te da el aliento. Ese fugaz momento es el que le da sentido o se lo quita a lo anterior. ¿Cuánto has vivido? ¿Qué has vivido? ¿Para qué has vivido?

Escribo minutos antes de subirme a un avión y, como siempre, no tengo miedo. Sin embargo, hace ya un tiempo que el estómago me recuerda su existencia con un vértigo antes inédito cuando las llantas de la bestia se separan del piso. No tengo problemas con la muerte –al menos peleo menos con ella que con la vida–, pero sí me aterra el aplazamiento eterno en el que suspende planes y avatares.

Quizá, ante ese abismo del fin incompleto, sólo queda vivir con la intensidad del último instante, con la irresponsabilidad de buscar felicidad y placer en dosis letales. ¿Imaginan? ¿Imaginan un planeta donde no existieran aplazamientos y donde la vida se jugara en tiempo extra siempre, buscando el gol de oro? Sé que habrá voces que calificarán estas elucubraciones de inmaduras, de irresponsables incluso: “¿Cómo se le ocurre?, Hay que vivir como la hormiguita del cuento, acumulando y previendo el invierno, para que no nos pase lo de la cigarra”. Y yo, enamorado siempre de las cigarras, ya desde niño pensaba que las hormigas eran como banqueros grises que avanzaban siempre en línea recta determinada por un capataz metiendo alimentos y pertrechos en oscuras cuevas en las que pasarían el invierno con la panza llena y el alma endeble. Nunca he tenido compasión con las hormigas. Sí por la temporal mosca, incluso por el eterno escarabajo, pero no por esos mínimos espectros de la previsión.

Pareciera entonces que morir es algo casual, que nos sorprende en una curva, en una nube, incluso en la triste bañera. Y, sin embargo, no lo es tanto. Damos pasos para vivir en determinado contexto y será en ese escenario donde la haremos creer que ella eligió formas y tiempo. Por ejemplo, estos días siguiendo los

terribles sucesos en la Amazonía peruana, pensaba cómo de diferente suena caer de un avión que caer en una lucha justa; incluso, qué diferente es morir como policía que como campesino. No hay nada casual en ello, hay elecciones, hay actitudes que desafían cara a cara a la parca para dotar de sentido el fugaz momento en que la memoria ya no tiene sentido.

Por eso, no es lo mismo la escenografía que elige Berlusconi para vivir –que será la misma para morir sórdidamente- o la que elige nuestro nuevo presidente electo. Todos y todas nos vamos con el decorado que es, a fin de cuentas, el que marca el recuerdo que de nosotros queda.

Presenció el accidente de Corozal en el que murió un joven de 26 años y ahí, en ese momento en el que yo recargaba el carro de combustible y me disponía a sortear otro rato de la vida, él murió sin que yo me diera cuenta, sin que los suyos lo supieran, sin que su futuro se resumiera. Nada importa lo que había planeado hacer al día siguiente, nada influyen sus enojos de la mañana o sus alegrías de la noche anterior. En ese fugaz instante, el sentido se hizo silencio.

Escribo poco antes de subir al avión y estoy seguro de que bajaré con las mismas cavilaciones. No hay respuestas para estas honduras que torturan al ser humano desde que es consciente de que lo es. Cuando escribo sobre las razones para vivir de esta u otra manera, en ocasiones me creo, pero la mayoría de veces recuerdo a Ondaki, un joven poeta angoleño y tres versos que más de una vez me inquietan. “Quero falar com esse de mim que escreve / apaziguar-me a través dele. / vezes demais, ele nao está”.

¡viva la pobreza!

El día que no haya pobres tendremos que inventárnoslos. Llevo varios días leyendo juiciosamente el diario –algo que no siempre es bueno para la salud intelectual ni emocional– y encuentro maravillosa la pobreza, estimulante, casi imprescindible. ¿Qué haríamos políticos, periodistas y empresarios si no hubiera pobres? ¿Qué harían funcionarios internacionales del desarrollo, *onegistas* varios, teóricos de la economía, consultores de diversa calaña? ¿Para qué congresos, cumbres y términos de referencia? Alguna vez, en respuesta a un artículo que escribí criticando Casa Cor, una escritora local me dijo que hay gente que nace con necesidades estéticas y otros que nacen pobres y así se quedarán, que así es el mundo. Y empiezo a darle la razón... ¡oh cielos!, creo que debo hacer un curso de Feng shui o algo similar a ver si encuentro el alineamiento de mis chakras –esos que nunca sé muy bien dónde se esconden–, porque empiezo a ser amigo de los fantasmas que antes me daban pánico.

Pero miren que hay un punto de lógica en todo este desvarío. Leo cómo las hidroeléctricas y las minas están justificadas para luchar contra la pobreza, aunque, claro, los pobres –esos seres tozudos e ignorantes– se empeñen en oponerse a ellas. Tampoco debe ser importante que en países repletos de minería o de represas, como en Perú o en la sacrosanta Colombia, la pobreza siga siendo un tumor en expansión.

También entiendo ahora que los ambientalistas son unas bestias primitivistas incapaces de ver el beneficio popular de cargarse miles y miles de hectáreas de bosques o de secar un río salvando el 10% del llamado cauce ecológico –un hilillo de agua para recordar lo que un día fue torrente–. Por supuesto que no leo ni una sola línea animando a reducir el consumo energético en ciudad de Panamá –que se come el 62% de la electricidad del país– o a dejar de construir moles de cemento, metal y vidrio: eso sería ir en contra del desarrollo... ¡y de los pobres!

También he aprendido que Martinelli, en realidad, cuando viaja por medio mundo para relajarse antes de empezar a trabajar está pensando en los pobres todo el tiempo. Pobre él, no poder disfrutar las calles de Madrid o de París por culpa de estos pobres desagradecidos que no entienden el sacrificio de estos ricos. Incluso entendí que si la universitaria Balbina hubiera trabajado

por los pobres se habría tratado de chavismo y que si lo hace Martinelli, será altruismo.

Imaginen los sacrificios que ha hecho el saliente Torrijos por la pobreza del país, igual que todos los presidentes anteriores: se dejaron las pestañas en el esfuerzo y redujeron la pobreza como dos puntos porcentuales en 15 años mientras las cuentas corrientes propias y las de los empresarios crecieron por encima del 10%, por ser conservador.

El Defensor del Pueblo también trabaja a favor de los pobres, y el contralor, y los ministros de Economía o de Desarrollo Social, y los obispos, y los predicadores, e imagino que hasta la vendedora de carne en palito de mi esquina (ella al menos alimenta a buen precio y buen humor). Entonces... si tantas mentes brillantes y generosas trabajan para eliminar la pobreza desde hace tanto tiempo y no lo han logrado... ¿deberíamos pedir la dimisión en masa, incluidos los obispos y predicadores varios! Si los evaluamos por metas cumplidas, si les exigimos algún tipo de eficacia, todos y todas deberían engrosar las estadísticas del desempleo por malos profesionales.

No es así porque el círculo virtuoso de la pobreza también los necesita a ellos: sin profesionales del desarrollo y la protección de los pobres no podría haber pobreza. Jamás podrán hacer la diferencia funcionarios y políticos que no se atreven a encarar la verdad de que en el sistema económico, tal y como lo conocemos, los pobres son tan necesarios como los consumidores. Si aceptáramos este hecho, los paños tibios nunca más nos dejarían dormir tranquilos porque nos recordarían a cada paso, a cada pago con la tarjeta de crédito, a cada cena deliciosa en mesa de restaurante, que para que nosotros tengamos eso una inmensa cantidad de seres humanos deben vivir con nada. ¡Qué viva la pobreza!

Unos toman posesión y otros tomamos posición... qué más remedio nos queda en este sistema democrático en el que durante los próximos cinco años el presidente tiene poderes de virrey y el pueblo anteojos mal graduados. Díganme si no... ahora el (ex) presidente Torrijos paseará por nuestras calles tan fresco como Moscoso o Pérez Balladares y, al igual que ellos, sus cacicadas, corruptelas y actos de nepotismo pasarán a la memoria colectiva como bochinchas porque la Justicia no las traducirá en penas.

Pero es el turno de la cadena de frío y eso hay que respetarlo. Algo más del 60% de la población creyó en su no propuesta y ahora habrá que ver qué hace con esa cuenta de ahorros abierta en el mercado de futuros y neblinas. De momento, y por si acaso, yo tomo posición y le indico al nuevo presidente –que seguro está muy pendiente de estas palabras– algunos de los retos que tiene por delante si no quiere rematar la venta de garaje de su antecesor.

Gestión territorial. La cosa es de moratorias. El Estado debe parar inmediatamente todos los procesos de venta o concesión de tierras de los panameños hasta auditar lo hecho hasta ahora y hasta tener un plan de ordenamiento territorial de todo el país que logre compatibilizar las inversiones públicas y privadas con el respeto a los recursos naturales y, especialmente, a los derechos de la población afectada. Ya está bien de repartir el cake y luego venderlo como si fuera un acto patriótico por el desarrollo.

Desarrollo humano. La pregunta es clara: ¿Desarrollo económico y estadístico a secas o desarrollo humano y democrático real? La pavimentación o apertura de calles, la energía eléctrica, el acueducto o el centro de salud por sí solos no sacan a nadie de la pobreza o de la exclusión (si no me creen visiten muchos de los pueblos del país que “gozan” de estos adelantos desde hace décadas). El tema es más complicado. Fomentar y aplicar de verdad los mecanismos de participación ciudadana (las consultas públicas, por ejemplo), incorporar a las comunidades al diseño de presupuestos municipales y de los proyectos que les afectan, fomentar la fiscalización social de los proyectos públicos... todos

²² Artículo que coincide con el acto de toma de posesión de Ricardo Martinelli como presidente de Panamá, en julio de 2009.

estos elementos construyen la red que saca de la exclusión. Lo demás: caridad o populismo.

Modelo de país y de capital. Solucionadas las dos cuestiones anteriores (hoy voy de milagros), hay que pensar qué modelo de país y de capital (teniendo en cuenta la población y los recursos que concentra) queremos para el futuro. Hasta ahora es un país de centros comerciales, inversiones especulativas y casinos, con lo que ello comporta de imán para el lavado de dinero, narcotráfico y otros “juegos” conexos... ¿o somos tan ingenuos para creer que la inseguridad y la violencia la provocan los excluidos barriales? Fomentar un urbanismo con el suficiente porcentaje de espacios públicos, pautas de vida sana, inversión fuerte y sostenida en la creación de capacidades creativas, una apuesta por la cultura y por el fomento de la identidad nacional, la búsqueda de un modelo de ahorro energético, normas para la construcción sostenible y no destructiva de recursos... el paquete es amplio pero posible. Sólo hay que decidir qué país y qué capital se quiere y comenzar a trabajar con un plan que exceda la legislatura.

Reforma política e institucional. Está claro que el modelo político del país está agotado. La Asamblea Nacional sin prestigio ni autonomía, el aparato judicial carcomido por la impunidad y la carestía económica, el sistema electoral en permanente cuestionamiento por la falta de transparencia en las donaciones y por las profundas limitaciones a los candidatos independientes, muchas de las instituciones autónomas mermadas en capacidad y credibilidad... no sugeriré una asamblea constituyente –uno de los vicios más redundantes en Latinoamérica–, pero sí considero que el sistema puede ser reformado desde dentro si el cambio es realmente cambio y aplica sus mayorías.

Sé que todo lo que estoy planteando –y lo que falta y que jamás entraría en la camisa de fuerza de un artículo– no se va a realizar, pero siempre me gustó hacer cartas al Niño Dios o a los Reyes Magos, depende de la latitud donde me encontrara. Lo que quiero señalar es que todos y todas debemos tomar posición y defender el Panamá en el que creemos. Es mentira que no hay otros modelos de desarrollo, es mentira que no hay otras formas de hacer las cosas. También creo que es mentira el cambio reguetonero que nos han propuesto y que se nos vienen cinco años duros, pero quiero estar equivocado. Deseo profundamente que el presidente y su equipo nos sorprendan y prometo que, si así es, acá lo reconoceré y felicitaré el rumbo tomado. Las posiciones existen para modificarlas.

el miedo al pescado

La pobreza está tan hiperdiagnosticada que las ciencias sociales parecen voyeristas enfermizas. Por eso intuyo que la inacción de las administraciones públicas en países con altos índices de pobreza no puede ser casual. Si está tan claro lo que ocurre y se conocen las claves para superarlo... ¿por qué seguimos gastando millones y millones en medidas inocuas?

Alguna vez he expresado que, sin ser partidario de la teoría del complot, sí me temo que, aun inconscientemente, nuestras élites –que más o menos millonarias son las que siempre gobiernan- no quieren erradicar la pobreza: tendrían enfrente, en ese caso, a un ejército de ciudadanos conscientes de sus derechos, dispuestos a reclamarlos y a participar en la vida pública. Demasiado arriesgado.

Por eso, Torrijos invirtió mucho dinero en canchas de fútbol sintético en los barrios y poblados más empobrecidos del país –lo mismo hacía Pablo Escobar en las comunas de Medellín-. Sin entrar a analizar la aculturización de la invasión futbolera en un país de bate y guantes, siempre he pensado que la estrategia era cansar a los pobres a punta de deporte para que al llegar a sus casas y ver su ruinosa vida no les diera por pensar, activarse y lanzarse a la calle a quemar carros –esa manía que tienen los excluidos franceses de vez en cuando-.

Igual acontece con la frasecita de marras que repite sin cesar la gente que come todos los días hasta la llenura: “a los pobres no hay que darles pescado, sino que hay que enseñarles a pescar”. Tremenda hipocresía de quienes no han pescado en su vida y que, como yo, pueden ganar dinero como consecuencia de una mezcla bastante facilonga de estudios+oportunidades+red de amigos+salud –sin olvidar el “sudor de la frente” de todos los que trabajamos en aire acondicionado-.

Pero no, el pobre: que pesque... Como no puede gastar en el supermercado ni comprar por Internet, que pesque. La seguridad alimentaria es, probablemente, el primer paso para salir de la pobreza. No es un cheque a los viejitos sin pensión ni una red de oportunidades que reparte migajas ni un metro innecesario ni siquiera un mejor acceso a los servicios de salud. Como es bien sabido, si un niño o una niña no es alimentado de manera adecuada desde la gestación hasta los 18 meses, ya no hay nada que hacer. Su desarrollo cerebral será insuficiente y lo máximo que podrá hacer

toda su vida es pescar porque cualquier labor más compleja será un reto casi imposible.

Igual que me parece intencional la mala educación que se ofrece a los sectores más empobrecidos, considero que la inseguridad alimentaria es provocada por los poderes tradicionales. Imaginen a una población bien alimentada... eso significaría que sería una población pensante, recursiva, emprendedora (no en el sentido productivo-laboral de la palabrita) y, por tanto, una amenaza contra el sistema clientelista de desigualdades crónicas en el que una minoría hace tanta plata.

Si el gobierno del cambio es del cambio –y no sólo de los gestos de autoridad testosterónica típicos del populismo-, debe asumir como una de las primeras tareas una ley de seguridad alimentaria que asegure el acceso a una alimentación compensada, la educación nutricional y la asistencia cuidadosa a las mujeres embarazadas. Mientras todo eso se implementa... toca repartir pescado como locos (si es que son más). De nada sirven las cañas de pescar cuando la situación es tan grave. Hace un tiempo, un experto en la materia me dijo en privado una frase poco correcta políticamente, pero cierta en el fondo: “No sólo condenamos a nuestras poblaciones a la pobreza sino a la idiotez”.

Quiero pensar que hay nuevos funcionarios públicos cargados de fuerza y buena voluntad, que creen que las cosas se pueden hacer de otra forma. Entonces inviertan la fórmula: apuesten a las personas y no a las obras, apuesten a esa mitad del país que no come lo suficiente en lugar de gastar en cemento y asfalto, tengan claro que es un trabajo a mediano plazo, pero que rinde frutos incalculables.

Si algo ‘bueno’ tiene el populismo de derechas es que puede hacer lo que le dé la gana sabiendo que los medios de comunicación nunca lo atacarán –a diferencia de cuando la misma acción la toma un dirigente de izquierdas-. Así que, animo al presidente de la cadena de frío a afrontar la seguridad alimentaria como el primer reto de su gobierno y a que gaste lo que haga falta en torcerle el cuello al hambre. Esa sí sería una buena señal.

la cáscara y la pulpa

El Estado se ha convertido en una especie de contratista de contratistas. Construye y hace cosas, más o menos eficientemente –más menos que más-, sin echarle cabeza al por qué de las cosas o el para qué de ellas. La mayoría de quejas que diariamente salen en los diarios de comunidades llorosas por la falta de atención estatal tiene que ver con construcción. Estamos en el mundo del bloque.

El trío mágico de peticiones en las comunidades suele consistir en: educación, salud y electricidad. Aunque, en realidad, lo que piden es escuela, centro de salud y torres de energía, ya que nadie se preocupa por el contenido de las edificaciones sino por las construcciones en sí.

La cinta costera es un ejemplo que apuntala mi tesis, pero es mucho más dramático buscar la confirmación en pequeñas comunidades rurales donde se levantan aulas de clase preñadas de sobre costo, centros de atención sanitaria más vacíos que la cuenta corriente de un mendigo y electricidad que en lugar de traer desarrollo viene con la televisión a cuestas.

Un médico ngäbe calificaba hace unos meses esta trilogía como “la mentira del desarrollo”. Lo hacía desde una comunidad con necesidades básicas insatisfechas y partía de una reflexión más que acertada: “Vaya a las comunidades que tienen escuela, centro de salud y energía desde hace 20 años y mire si han salido de la pobreza...”. No, no habían salido porque era pura forma sin fondo, ladrillos sin masa gris, aparente atención estatal y verdadera desidia de Estado.

Esto no es sólo culpa de los gobiernos, hacedores irreflexivos que corren contrarreloj para apuntarse éxitos mediáticos, sino de unas sociedades que se emboban con la cáscara brillante de la fruta y se olvidan que el licuado que alimenta se hace con la pulpa.

Leo un análisis sobre el mal estado de las escuelas, otro sobre el mal estado de los parques. Es fácil oír lamentos sobre el triste aspecto de los hospitales, pero no es tan habitual escuchar debates de fondo sobre la calidad o el tipo de educación que acontece dentro de las escuelas, o sobre medicina preventiva o atención humana a los pacientes... Eso no sólo depende de presupuestos, sino de cabeza y sensibilidad.

Es decir, el problema no está en si se fusiona o no el Inac con el Ipat sino en el trasfondo filosófico de la decisión (si es que la tiene); lo más grave no es que en las escuelas haya goteras, sino que los docentes vayan desgastados a repetir lecciones mal aprendidas repletas de imaginarios y prejuicios nocivos para la salud; lo más triste no es que falten medicinas, sino que, desde unos cuantos pasos antes, a los pacientes que buscan el sistema público se les trate a las patadas como si fueran ganado; la pregunta no es cuántos baches tiene la carretera a Darién (unos dos millones) sino para qué sirve, qué concepto de desarrollo territorial ha pensado el país para una zona como esa; la disyuntiva no era ampliar o no el Canal en función de presupuestos y complejidades ingenieriles, sino qué país se quiere tener en 25 años y si es el de empleados de servicios o el de autogestión y sostenibilidad; el reto no es sólo bajar el costo de la canasta básica, sino plantearse por qué el país no produce ni da acceso democrático a alimentos de calidad y en la cantidad suficiente para poder presumir de soberanía alimentaria...

La lista de pulpa venida a menos es interminable y el peligro de las cáscaras es que puestas en un mal lugar pueden provocar una resbalada monumental. Hay que provocar los grandes debates para encontrar las pequeñas soluciones. Por desgracia, estamos en la era de la 'productividad' y las 'cifras' y los gobiernos tienen pánico a pensar, porque eso se podría traducir en inactividad. Las personas también estamos atenazadas por ese temor. Se ensalza al que hace, se aparta al que piensa. Por eso el nuevo presidente gusta tanto, por la imagen de "hacedor".

Sin embargo, algunas cabezas pensantes son necesarias en cualquier fórmula de éxito. Dudo que desde los gobiernos, o desde los platós de televisión, se colabore a redefinir el modelo de país más allá de los bloques de cemento. Por eso es imprescindible que periódicos, grupos civiles organizados, vecinos, obreros, estudiantes y demás sectores del país se den a la tarea de pensar para proponer. Parece un trabajo estéril, pero es siembra para futuro, fruta fresca entre tanto fruto seco.

el paraíso vacuo

Si una característica tiene esta postmodernidad, más o menos global en la que navegamos, es el cambio de paradigmas, el final de lo social, de lo comunitario, de lo común. Cambiamos la quizá ingenua, pero necesaria causa de la Humanidad con mayúsculas por lo local, por lo próximo, por las batallas de jardín, por lo personal, por la estrecha frontera del cuerpo propio, por el triste spa donde los biombos garantizan la intimidad que se sentía amenazada por la vieja y diminuta toalla de sauna.

Hablar del bien común, escribir sobre el ámbito de lo público o propugnar por una economía solidaria y no destructiva es sinónimo de filocomunismo, de viejera o de estupidez “científica”. Sin embargo, elogiar la cultura del emprendedurismo –individual–, del éxito –individual–, del consumo –individual–, de la autoayuda –que no va en carro, sino que es individual– y de los chakras –los del cuerpecito individual– es estar a la moda, entender el entorno cambiante y potenciar una sociedad de individuos responsables.

Me cruzo todo el tiempo con amigos, amigas o conocidos que han abrazado este *freaky age* de la “sanación” –individual–. Van a terapias, participan en ceremonias de “limpieza”, aprenden feng shui o se hacen vegetarianos para salvar su alma y su cuerpo, y consideran, aunque algunos lo digan con la boca chiquita, que la pobreza, la exclusión, la drogadicción o la estupidez mental es consecuencia de un karma o de la mala energía que la infeliz víctima no ha sabido trabajar. La culpa de todo es del individuo –victimarios y víctimas al tiempo–, así como está en su mano alcanzar el paraíso postmoderno.

La tendencia sanadora empuja al vegetarianismo no por el bien del planeta sino por la salud mental del hígado interior; invita a abandonarse en los brazos del sexo tántrico no para liberarnos de la sociedad patriarcal sino para extender el placer hedonista; promulga un abstencionismo político no por descrédito en la clase corrupta, sino por desidia colectiva, y construye con materiales ecológicos su casita en el campo no para demostrar que se puede vivir de otra manera, sino para vivir hacia dentro a su manera.

Los que no han llegado tan lejos practican la nueva religión del “yo mismo” con profesionalidad, pero desde la ignorancia. Se encierran en edificios o urbanizaciones amuralladas y vigiladas por circuito cerrado de televisión; le enseñan a sus hijos que no hablen

con desconocidos cuando desconocen a la mayoría de sus vecinos o compañeros de escuela; consagran su vida a un “no me moleste” o a un “quiero realizarme”, que siempre conjuga en primera persona del singular, y se presentan a las puertas del poder público sólo para preguntar aquello de “¿y de lo mío qué?”. Lo nuestro, lo de todos, se reduce a una serie de autopistas reales y virtuales y a un (súper) mercado común que no tiene nada que ver con lo comunitario sino con lo masivo.

En el paraíso prometido se es onanista, ciego y sordo, un poco perverso, apenas un superviviente acorralado por el propio miedo impuesto desde afuera. En ese paraíso de neón y vacuidad la gente se tiene miedo mutuo: un joven negro y en shorts es un delincuente por definición y una mujer sociable de más es una santa menos en el pabellón masculino, los partidos de fútbol se juegan en canchas cerradas y acristaladas por aquello de la balacera, las madres entregan a sus criaturas a instituciones educativas privadas donde se les enseña a afilar y utilizar las uñas, y las conmociones generales duran lo que dura el decreto que las ordena.

Allá, en ese paraíso, no podría existir un Parque de los Aburridos –porque fisgonear la partida de dominó ajena es delito–, la incertidumbre del amor libre se sustituye por la certera doble moral –donde un solo casamiento mantiene varios prostíbulos–, el debate de ideas queda reducido a la falsa idea de la democracia mediática, y el voto se ejerce de forma digital desde la misma pantalla de computador desde donde se otea amigo o pareja en un motor de búsqueda que aplica algoritmos para detectar tus coincidencias con otros seres solitarios, pero de chakras impolutos, que navegan en la pantalla propia y en la bragueta ajena abrazados a la fibra óptica.

El paraíso vacío es fácil de manejar, pero insoportable de vivir si se piensa o si se cree, ingenua pero necesariamente, que no somos nadie sin los otros y que la salvación individual depende indefectiblemente de la salvación de la Humanidad. Vuelta a empezar.

el espejo patriarcal

¿Cuál es la profunda raíz de la injusticia? Cada cual tiene una respuesta a esta pregunta tan abierta como abrumadora. Para tratar de intuir los orígenes buscamos en los estudios sociales (que si la redistribución de la riqueza...), en los políticos (que si el secuestro del poder...), en los económicos (que si la acumulación de capital o el modelo instaurado con el inicio de la agricultura...), en los esotéricos (que si la mala vibra que genera el pinche jarrón chino ubicado mal en la entrada de la casa...)... Mil y una explicaciones para lo no justificable, para lo lacerantemente vulgar de esta injusticia obviada por la minoría y que afecta a las mayorías.

La única explicación que me ha sorprendido en los últimos años tiene que ver con la gestión del poder y, especialmente, con la gestión patriarcal del poder y la dominación que se ejerce a través de la coacción sexual.

Al leer los textos de mujeres como Victoria Sau, Casilda Rodrigáñez o de la mismísima Hannah Arendt, me vi obligado a sacar el espejo –el que escondo para evitar encontronazos conmigo mismo– y mirarme a la luz de la tradición patriarcal para ver si, como yo ingenuamente creía, había borrado de mi el machismo –mera representación cosmética del patriarcado– o si seguía siendo un gorila-macho que se cree superior a la mujer.

Confieso, ahora que no me lee nadie, que perdí la prueba. Sí, quizá había avanzado algo en lo cosmético, en las formas machistas, pero, en el fondo, mi genética incorporaba –incorpora– los modos patriarcales de entender la vida, la relación con los otros y las otras, la forma de amar patriarcal, incluso la manera de odiar...

Lo que podría haberse quedado en una reflexión personal, individual, íntima, se transformó en una mirada crítica sobre la sociedad, sobre nuestros mundos, sobre la manera de ser y de dejar de ser.

El patriarcado está instalado en el fondo de nosotros y nosotras y nada hemos avanzado en realidad. Hace unas semanas escuchaba a una amiga andina comentar cómo, en su opinión, la “liberación de la mujer occidental era una farsa”. Siempre he pensado esto, aunque decirlo en voz alta o en artículo público es provocar un posible linchamiento de mis amigas.

Socialmente –igual que en mi caso personal– damos pasitos en la limpieza cosmética de la desigualdad pero no hemos avanzado ni hacia la equivalencia (concepto mucho más interesante que el de igualdad) ni mucho menos hacia un contexto donde las formas del poder abandonen el cruel patriarcado para reinventarse desde una asunción de la sexualidad natural y desde roles no condicionados por la superioridad de género.

La mujeres entran al universo masculino, pero no hay una revolución cultural que nos sitúe en equivalencia. De ahí lo que Sau denomina como Mujer Función Hombre en el hogar, o la Mujer Coartada en el terreno profesional (“el tipo de mujer que, por circunstancias diversas, se abre camino en áreas profesionales o políticas tradicionalmente reservadas a los hombres y que, al hacer el análisis de una insólita situación, atribuye su éxito a la ayuda y cooperación recibida de aquéllos, pasando por tanto a defender la tesis de que las mujeres que no llegan a sus mismas cotas de éxito es por culpa de ellas mismas”). El hombre, en todo caso, no abandona su posición de supremacía a pesar de dejar un pequeño espacio público a mujeres que consienten las reglas del juego patriarcales.

El tema es muy amplio, imposible de evacuar en un artículo de periódico, pero mi intención es provocarles a sacar el espejo. Los hombres en especial, porque son mis compañeros de ruta; las mujeres con capacidad crítica, porque hay que revisar si estamos removiendo o no los cimientos de este poder patriarcal que nos lleva a las guerras, al instinto de dominación, a un universo político y mercantil caníbal, a la intensa y perversa represión de la sexualidad femenina –reducida a “dar placer al otro”–, a la representación fálica y animalizada de la sexualidad masculina y, entre otras cosas, a la educación troglodita de nuestros hijos e hijas que siguen creyendo que la virgen María quedó preñada por un viento alisio, que la mujer es emocional y variable, que el hombre es decidido y no se complica, y que, con estos antecedentes, entran a una vida plagada de traumas y frustraciones.

el odio a los ñángaras

Siempre hace falta un enemigo, una amenaza, un miedo para controlar el miedo. La historia es un libro repleto de enemigos y de miedos, un tratado sobre cinismo y una enciclopedia sobre cómo utilizar el miedo al enemigo externo o interno para justificar las mayores atrocidades.

Cuando el racionalismo no estaba de moda y las llamadas leyes “naturales” vivían sus siglos de estrellato, el miedo, casi siempre, era a la ira de dios o de los dioses (depende de la zona y la cultura imperante). No trabajar para el amo o no seguir ciertos preceptos morales desataba la ira divina en forma de desgracia personal (enfermedades) o colectiva (desastres naturales, malas cosechas, etcétera). Pero el castigo también podía ser humano, y de eso se encargaban las embajadas de los dioses en la Tierra: los sacrificios humanos en los grandes imperios americanos o la Inquisición de la sacrosanta Iglesia católica son ejemplo de ello.

La ilustración trajo “las luces” y, con ellas, todo debía ser más creíble, más científico. Desde las políticas eugenésicas y de higiene racial de Hitler (justificada por el miedo a la contaminación de la raza aria), hasta la Operación Cóndor (“necesaria” por el avance terrible de los movimientos del entorno socialista en el Cono Sur) ... todos encontraban razones (léase enemigos) para iniciar procesos sangrientos en los que el bien común quedaba salvaguardado. La mayoría de la población, por cierto, estaba de acuerdo. Siempre está de acuerdo. No por instinto, sino porque para ello nos preparan la formación de las escuelas y los mensajes de lo que antes se llamaba propaganda y ahora, simplemente, se denomina programación de televisión.

Lo que me sorprende es que no evolucionamos. Cuando se acabó la denominada Guerra Fría (parece tan lejano aquel 9 de noviembre de 1989 y los martillazos sobre el Muro), parecía que el enemigo comunista ya perdía vigor. Las películas gringas deberían buscar otro “malo” prototípico para hacer atentados y fastidiar la fiesta capitalista. Y lo encontró, rapidito. Mucho antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Manhattan, hombres de cejas pobladas y pelo de esparto ya llenaban las pantallas de cine, amenazando con reventar aviones o con imponer el burka en los salones de moda de París. La falsa Guerra del Golfo o la invasión de Somalia así lo confirmaban. Parecía, entonces, que “vencido y humillado” el bloque comunista -con Nicaragua gobernada por

Violeta Chamorro, el acuerdo de paz en Guatemala y las aproximaciones a democracia de Chile, Argentina o Panamá- las personas de izquierda podían relajarse un poco y olvidarse de las persecuciones, desapariciones y estigmatización a las que fueron sometidas por décadas en Latinoamérica.

Pues, les tengo una noticia: el odio a los ñángaras (esa forma tan despectiva de denominar en Panamá y sin distinción a cualquier persona que esté a la izquierda de Ratzinger) sigue intacto.

Estos días me daba hasta pudor leer los comentarios en línea de los lectores de este diario contra un par de articulistas que osaron a hacer planteamientos desde una izquierda muy moderada. Y me dio tristeza. Me dio tristeza que, como en Colombia, todo el que no esté de acuerdo con la corriente mayoritaria de derecha sea calificado de antipatriota, de traidor, de enemigo público. Se hace desde la ignorancia más absoluta, pero no creo que ignorando las consecuencias.

En este país, donde la izquierda es anecdótica, no se soporta ni siquiera su mínima existencia. Una democracia sana (pero creo que, en realidad, a nadie le gusta la democracia) permite todas las corrientes y deja un margen también para el desengaño o el descontento. Acá no. Todos tenemos que estar felices y sonrientes por el advenimiento de la “locura colectiva” y debemos ver en el rey de las abarroterías al nuevo Mesías que, con un dedo mágico, deshace los entuertos de décadas de compleja historia política y social.

No me da tristeza porque me afecte, ya que yo declaro sin pudor que mis ideas políticas están a la izquierda (no en esa reducción patética que equipara izquierda a comunismo, prueba de la ignorancia y de los efectos de la propaganda), sino porque ese miedo a la diferencia, al disenso, hace que las sociedades se radicalicen y que cierren los ojos ante los abusos y las persecuciones. Ya hemos pasado por esto y sabemos que los ataques irracionales contra las minorías generan odio y reacciones violentas. Dejen de advertir sobre el riesgo de que el “filocomunismo” se tome Panamá porque, además de inviable, es un miedo tan irracional como estúpido. En este país, donde el capitalismo ha sido el rey desde su origen, la injusticia, la pobreza y la exclusión siguen siendo el desayuno de la mayoría. Y seguimos vivos, a pesar de todo.

verdades e incomodidad

Vamos a contar verdades. ¿Les parece? Ya hablar de verdad ha perdido glamour... como decía un buen amigo: “la verdad está sobrevalorada porque, en realidad, nadie la quiere conocer”.

Son mejores las medio verdades o las verdades disfrazadas de show mediático, de espectáculo televisivo que no atragante mucho la comida y que, a ser posible, eche la responsabilidad fuera de la mesa particular.

Por eso, quizá, sea más saludable gastarse 100 dólares –o 150– para escuchar a Al Gore, el nuevo gurú del catastrofismo que factura millones de dólares al año después de un lifting de imagen gracias al cual ha pasado de político mediocre y conservador (aunque progresista si se compara con la tropa de Bush), a padre de la salvación terrenal.

Exige carro híbrido para moverse por ciudad de Panamá, aunque no será para ahorrar ya que en la factura de sus conferencias no hace descuentos y sus empresas –de consultoría en negocios “verdes”, su televisora o sus acciones en Google y demás– van viento en popa. Varias organizaciones “ambientalistas” aparecen en la nómina de patrocinadores o “invitadores” oficiales pero la verdad, de existir, es que no es muy ecológico un evento de megaélite reservado a los que tienen el dinero y no necesariamente a los que pretenden salvar este planeta más híbrido que humano.

El calentamiento global es verdad, pero no es verdad que dependa sólo de nuestras actitudes individuales, sino del consumo exacerbado en el primer mundo, desde donde llega el gurú, y de la contaminación de las industrias que pagan la nómina de los que pueden comprar la entrada para escuchar a Gore.

Por ejemplo, los peligrosísimos indígenas nasos que fueron expulsados la semana pasada de la Plaza Catedral con policías antimotines no asistirán a ver la película de la Verdad Incómoda porque están ya bien incómodos hacinados, sin comida y sin derechos, tratados como animales por un Gobierno que, por supuesto, prefiere los animales de Mario Guardia que a sus propios ciudadanos. Es posible que varios altos cargos del Ejecutivo y que la esposa y varios familiares de Guardia, miembros reconocidos de la alta sociedad panameña, estén escuchando a Gore en directo. Ellos sí aprenderán cómo evitar las emisiones nocivas de carbono

de cada una de sus vacas cuando hacen sus necesidades fisiológicas –las vacas, entiéndase bien– en territorio ancestral naso.

A todos nos encanta formar parte del ejército de “concienciados” dispuestos a escandalizarse por los datos que Gore condensa en su exitoso comercial –perdón, documental– que le valió un premio Nobel y pingües beneficios. Sin embargo, otro gallo cantaría si nos tocara implicarnos con nuestra realidad y defender el ambiente que nos están arrebatando. No hay que esperar a esta verdad incómoda enlatada para saber que es actitud suicida acabar con los ríos de Chiriquí para aportar al consumo eléctrico o a las cuentas de Carlos Slim; ni que la tala de madera en Darién o la extracción de arena o las minas a cielo abierto son heridas profundas a este Panamá y a este planeta que no tienen recambio. Tampoco nos gustaría saber que antes de la devastación natural está la agresión a las comunidades. Pero para eso no hay que mirar muy lejos, sino leer el diario y ver como todas las semanas tenemos ejemplos de panameños y panameñas expulsados de sus tierras o afectados por algún proyecto de “desarrollo” que no aguantaría ningún examen serio de sostenibilidad humana o ambiental.

No sabemos si Gore le hará la prueba de la huella ecológica al nuevo avión del Ejecutivo que Martinelli jura que no usará –un poco extraño esto de comprar algo para no utilizarlo–, ni si se atreverá a ir al Canal a contar que un alto porcentaje de lo que pasa en los barcos es el alimento del consumismo desmedido que está amenazando a la especie más que Irán y la gripe A juntos.

La verdad no existe, ya lo sé. Si la hay, es múltiple. Pero de lo que no hay duda es que las mentiras sí campean a gusto y que deben tener buen sabor porque nos las tragamos sin rechistar.

irresponsable indiferencia

Digo yo que debería ser un asunto de egoísmo. Claro... que si yo quisiera vivir en un planeta habitable, que si quisiera que mis hijos que no tengo crecieran en una sociedad que no tienda a la autodestrucción, que si me importara mi salud o mi vejez apartaría la indiferencia y la cobardía del menú de mis actitudes.

No parece así. En la posmodernidad líquida y desquiciada, la indiferencia a todo lo que no sea consumo se ha impuesto. La inmensa mayoría vive en una burbuja insensible que sólo se ablanda en épocas decembrinas o cuando la televisión nos avisa de la llegada de la Teletón. La actitud de protección -“no quiero ver, no quiero sufrir”- es tan cortoplacista que anuncia desastres mayores. El sistema de comunicación, por si fuera poco, con sus mensajes reiterados, logra que veamos como un peligro público a todo aquel que sí lucha por lo suyo, que defiende lo colectivo, que se alza contra las injusticias: un *neochavista* fusión del Che y Bin Laden que puede carcomer los cimientos de tan precaria convivencia con el peligro. Los revoltosos, los radicales, los izquierdistas, los apocalípticos -como los bautizara Umberto Eco-, los que están en contra del progreso... en fin, los que hay que mantener bajo vigilancia por si acaso cobran más fuerza de la permisible.

La indiferencia se cierne como la peste de nuestros tiempos. Pueden matar a una mujer en la calle a plena luz del día y la mayoría de ciudadanos mirará de lejos mientras unos pocos optarán por marcar el 104 para que los servicios de “limpieza” estatal recojan los restos y limpien la escena del crimen para que se olvide rápidamente. Pueden poner diques al mar, vender nuestros ríos o cercenar montañas, y nosotros, frente a la pantalla de plasma, estaremos preocupados por la clasificación al Mundial de Fútbol de Argentina o emocionados ante un premio Nobel de la Paz otorgado a futuro a San Obama.

La indiferencia nos convierte en sombras de seres humanos, más crueles que si fuéramos victimarios, más ausentes que si fuéramos víctimas. Vemos caminar a un puñado de indígenas y campesinos que defienden nuestro futuro y miramos a otro lado o pensamos que mejor estarían trabajando en lugar de “vagabundear”; quizá financiados por potenciales terroristas, quizá simplemente porque no tienen metas y proyecto de vida como nosotros, que aprendimos a vivir en las clases del MBA de Administración de Empresas o leyendo el Selecciones. Vemos como

cada día maestros, obreros, desempleados, periféricos en fin, llegan a las puertas del poder a protestar y pensamos que afean el Patrimonio de la Humanidad, que provocan atascos de tráfico en la ciudad, que ya está bien, que un poco de orden no estaría mal. Y no vemos, porque la ceguera social lo impide, que cualquier día podemos engrosar las filas de los excluidos, que la línea que diferencia el dentro del afuera es muy delgada, que cada vez el afuera se hace más y más grande mientras el adentro tiene que construir muros mayores y contratar más guardias de seguridad para no sentirse amenazado.

Por eso, hoy, apelo a su egoísmo (y al mío). Tenemos, debemos, dejar la cobardía a marcarnos, a perder algo en el camino, a sufrir. Debemos hacerlo si queremos dejar un mundo habitable para otras generaciones, si queremos cumplir con nuestra responsabilidad histórica (que no consiste en acumular sino en ser parte de este entramado y mejorarlo), si queremos, al fin, dormir tranquilos, con la sensación de no solo ser buenas personas sino de haber aplicado esa bondad con los otros.

Ayer, 12 de octubre, muchos de los que sí luchan, muchos de los que no se callan, muchos de los excluidos de la fiesta de la opulencia y la supuesta comodidad estuvieron en la Plaza Catedral²³ recordándole al presidente Martinelli que quien vende la patria, que quien vende su tierra, está vendiendo a su madre. Es posible que ni usted ni yo hayamos asistido a la marcha pero, al menos, le pido que sea consciente de que ellos y ellas están trabajando por nosotros, por nuestro mundo, por nuestro futuro. Sin indiferencia hacen la diferencia.

²³ El 12 de Octubre de 2009 entraron a Ciudad de Panamá los participantes en la Caminata Nacional, Indígena, Campesina y Popular que recorrieron cientos de kilómetros para reclamar el respeto a los pueblos originarios y a los campesinos de Panamá.

vamos a contar mentiras...

Sí que somos malpensados, con lo fácil que es confiar y dar una oportunidad a todo el mundo. De verdad, dejemos la suspicacia... ¿Cómo se les ocurre que Gioconda Torres de Bianchini no va a ser una contralora general imparcial? ¿Sólo porque haya trabajado los últimos 15 años al servicio de Martinelli? Como dijo el también independentísimo presidente de la Asamblea Nacional, José Luis Varela, “si el Presidente cree que cuidó bien su patrimonio, creo que ésta puede hacer lo mismo con el dinero del país”.

Es decir... avanzamos en el nuevo concepto de Estado-finca... todo lo que sea bueno para el señor presidente es bueno para el país. Y así debe ser, porque si hacemos producir de forma rentable una finca a punta de explotación y caciquería pues también podemos aplicar la fórmula al país y hacerlo competitivo gracias a esta innovadora interpretación de la democracia.

La cosa se va a aclarando. Ya vamos a tener Contraloría controlada, aparato judicial mediatizado y, en breve, por la pinta que tiene el asunto, cambiaremos de procuradora general para que no moleste en este escenario de independencia férrea de los poderes. Estoy saltando de alegría al ver los avances en la institucionalidad y en la democracia de este país que quiero ya más que si hubiera nacido en las riberas del río Chucunaque.

Así que estoy en sintonía con el 86% de ciudadanos que aman a Martinelli y que se han dado cuenta, ¡ya era hora!, de que es mejor señor feudal blanco que demócrata disfrazado.

Otro asunto que me tiene feliz es la actitud aleccionadora y ejemplar de la oposición. ¡Qué claridad! ¡Qué renovación! ¡Qué humildad! El PRD -Partido Reperdido Dedocrático- se renueva con la misma sangre en un ejercicio de transfusión sanguínea innovador y promete hacer oposición... en 2014. El Gobierno feliz, porque en este país no se permite el nacimiento de otros partidos y menos sin son de oposición real a la derecha –es decir: de izquierda–.

Se logra así el equilibrio de poder deseado en cualquier sistema democrático representativo: un gobierno de mayoría, con una Asamblea de la misma mayoría, apoyado por la mayoría del empresariado y con una oposición mayormente desaparecida y autodestruyéndose.

El panorama no puede ser más alentador, al menos para los familiares y ex empleados del presidente. Los últimos han sufrido un *upgrade* repentino gracias al programa de puntos de la tarjeta de fidelidad del supermercado político y han pasado de vigilar tomates y cartones de leche a gestionar el país. Los primeros van firmando contratos jugosos para hacer “cosas del primer mundo” –como eso de tener internet en la esquina de casa para que los vecinos de Mañanitas puedan utilizar sus blackberries–.

También podrán mostrar orgullosos sus laptops los vecinos de Curundú gracias al megaproyecto del Gobierno que según este diario le dará “Otra cara a la pobreza”. Buena definición, porque la pobreza es lo que es, pero una maquilladita no está mal de vez en cuando. Porque ya basta de creer a los ñángaras de turno o a los pesimistas que insisten que hasta que no se solucione la injusticia básica de esta sociedad, la plata metida hoy en soluciones habitacionales se traducirá en las multis con pandillas del mañana.

Hoy estoy cuadrado 100% con este momento histórico que nos ha tocado vivir y con la estúpida sensación de que alguien se equivocó con el eslogan: los locos somos bien pocos en este universo donde los cuerdos del poder suenan tan desquiciados. O los locos son mayoría y están en el gobierno y en la oposición y el resto... estamos en el limbo que el Vaticano cerró por falta de clientela.

Hoy escribo una oda a la mentira porque la verdad, de existir, debe estar avergonzada o escondida, porque no logro verla ni en medios de comunicación ni en los espejos del camino. Por ello, fui a mi médico a que me recetara algo para pasar el trago y su consejo fue inapelable: “no se tome tan en serio la vida, no se sienta tan comprometido por este terruño y, a ser posible, beneficiese de esta “piñata”. Cuando vea su cuenta y su nariz crecer, será la señal de que se está recuperando”.

la hipoteca inconsulta

O algunos funcionarios del Gobierno son unos ignorantes o piensan que el resto somos brutos. O las dos cosas al mismo tiempo. Leo las declaraciones de Ricardo Quijano, el viceministro sin árboles, quien asegura que explotar Cerro Colorado²⁴ para vaciarlo de cobre, en plena Comarca Ngäbe Buglé, no supone un problema ambiental porque está “pelao”.

Es casi un insulto que este cargo trate, primero, de dibujar a los ambientalistas como un coro de histéricos que se oponen a todo y que mienten sobre los daños de la minería y, después, de limitar el potencial daño minero a la tala de árboles, cuando el efecto más perdurable de cualquier proyecto de este tipo es la contaminación de las fuentes de agua y la alteración del hábitat.

Esta misma semana se ha conocido un estudio del Observatorio Ambiental de América Latina que indica que de los 337 proyectos que hay en la región, 139 están en conflicto de intereses con las comunidades. Panamá figura en la lista y lo hace a pesar de los esfuerzos de nuestros Gobiernos por favorecer a las empresas y de las millonarias inversiones en publicidad y en coimas que invierten los empresarios mineros en el país.

El caso más dramático, por su dimensión y sus secuelas, es el de Petaquilla: una bomba de tiempo que va a regar cianuro en pleno Corredor Biológico Mesoamericano en un proyecto que no tendrá más de 10 años de vida útil, que dejará trabajos mal remunerados y de baja cualificación durante ese periodo, pero que, según los científicos, puede dejar los ríos contaminados y el ecosistema gravemente afectado por los próximos 40, 50 ó 60 años.

Desde que comenzó el polémico proyecto Petaquilla hasta ahora se han dado amenazas, quema de casas de campesinos que se oponían a la mina, publicidad engañosa, descalificación de todo aquel que haga preguntas incómodas... Recuerda al viejo Oeste o las colonizaciones de las que algún día fuimos víctima. Ahora, eso sí, con algo más de habilidad, la minera saca al aire cientos de cuñas en las que se muestra como si fuera un nuevo Estado: hace centros de salud, escuelas, etcétera (algo que a pesar de haber ido a

²⁴ En Cerro Colorado, Comarca Ngäbe Buglé se encuentra una de las mayores reservas de cobre del mundo.

Coclecito y alrededores no he visto), como una bananera más que se encarga de “sacar de la miseria” a unas comunidades que no eran miserables.

Ahora le toca a Cerro Colorado, pero con la bendición del Gobierno antes siquiera de abrir el primer hueco en la tierra. La lucha de las comunidades contra estas multinacionales que se llevan los recursos más valiosos a cambio de migajas es desigual. Ciertas organizaciones de la capital –en especial el Centro de Incidencia Ambiental (CIAM)– están apoyando a la gente que vive cerca de estos proyectos y cantantes, actores y comunicadores de renombre se han sumado a la última campaña impulsada por CIAM (“Contaminas”). A cambio, reciben los insultos sistemáticos de los supuestos “mineros” que compran minutos de radio y televisión a supuestos “periodistas” que se venden al mejor postor.

El papel del Gobierno y de la Asamblea Nacional en este tema es vergonzoso. En el primer caso, porque el Ejecutivo –éste y el anterior– firma una costosa hipoteca para la salud y el ambiente de los panameños y las panameñas. Ahora, la papa la maneja el MICI y los “administradores” porque la Anam ha desaparecido del mapa, ¡y nos quejábamos de la anterior administración! Cuando las empresas multinacionales mineras se vayan, nos quedará un problema ambiental grave por décadas. Según el Centro de Política Mineral de Estados Unidos, en ese país existen unas 500 mil minas abandonadas, lo que supone un gasto al gobierno de entre 32 y 72 billones de dólares para remediar la contaminación.

En el segundo caso, porque el órgano Legislativo debería aprender de otros países que han declarado una moratoria a la concesión de licencias mineras hasta que haya un plan de desarrollo sostenible y aceptable para las comunidades, a las que jamás se les consulta como indica la ley.

Me pregunto quién juzgará a estos funcionarios en el futuro ¿serán sus hijos, sus propios nietos los que lo harán al recorrer un país desertificado y contaminado? De momento nos toca exigir con todas nuestras capacidades una consulta nacional sobre este tema. No puede ser que cuatro funcionarios (por mucho que cuenten con el respaldo de los votos) le carguen a los panameños una hipoteca más (ya cargamos con la de la deuda externa).

utopías para la supervivencia

La Navidad no es un paréntesis que me provoque puntos suspensivos, pero el nuevo año sí es como dos puntos que me provocan empujar este cuerpo y esta alma hecha de retazos, de jirones que llamamos vida, de rasguños y caricias atrapados en las esquinas de la muerte.

Me hace ilusión pensar que hay más días, que el fin de año nos permite soñar que cerrar un capítulo sólo es una posibilidad de abrir otro. Ciertamente, también entran ciertas nostalgias, la inevitable pesadez de arrumar recuerdos para dejar espacio en la huella de la memoria.

En esas estoy por estos días de extraña buenaventura y cariño concentrado (no siempre confiable, pero abundante). Me dedico a ordenar lo acontecido: el abrazo de un amigo en el silencio fabricado de la ruidosa terminal, los sonidos de la Plaza Catedral que han sido tantas plazas en este año, el descubrimiento insospechado de que el amor es la única manera de engañar a la vida, la compañía de la soledad cuando el mundo se confabula contra las palabras disonantes, la llamada generosa de alguien que da las gracias, la pelea inútil con algún sordo, las cientos, miles de palabras escritas para poder hacer la digestión de seguir respirando.

He tratado de poner cada recuerdo en su sitio, cada derrota en su olvido, cada falsa victoria en su pedestal de aliento. Creo que me ha ido bien y, como siempre, me doy a la tarea de soñar con un nuevo año diferente, preñado de utopías tan irrealizables que me permitan concretar propósitos, caminar, dar, tan siquiera, un paso, hacia la coherencia, a parecerme (si la fortuna y la voluntad me acompañan) a lo que me gustaría ver en los espejos.

No tengo el propósito de dejar de fumar, ni de beber. Dudo que Dios asome por estos predios y estoy casi seguro de que la lluvia no va a fabricar lagos con duendes en los que escapar de la obligación de actuar. Así que voy con lo realista, con lo posible.

Busco, entonces, que ya no haya fronteras, que se vacíen las mazmorras de calle Perú y que ser extranjero no sea un delito en ningún país porque no habrá países. Imagino un 2010 en el que las palabras no hieran, sino acaricien, hasta cuando sean contrarias o contraríen nuestros imaginarios.

Imagino que va a ser un periodo creativo, donde los centros comerciales se vacíen al mismo ritmo que las salas de teatro y las bibliotecas se llenen.

Los empresarios mineros se darán cuenta de que para mirar a sus hijos a la cara deberán dedicarse a fabricar dulces en lugar de arañar la tierra y los reyes del crecimiento empezarán a montar en bicicleta para que el ruido de las calles solo sea el de los silbidos.

Cuando este cambio comience, no más allá de marzo, la lluvia comenzará a ser alivio en la casa de los campesinos, que tendrán tiempo para charlar del futuro en lugar de temer al presente. Se verá en la plaza pública una reunión de blancos e indígenas en la que compartirán cuentos y experiencias para hacer de este planeta un lugar no solo habitable sino deseable. Las parejas, animadas por este derroche de racionalidad (es lo único razonable), se besarán con insistencia en las calles y en las ventanas donde las cortinas serán un olvido, aprenderán a aprehenderse y la piel será papel en blanco donde escribir el relato del cariño. El PIB se calculará con base en la ternura y las peleas las solucionaremos, alternativamente, con sonrisas y con canciones. Los políticos serán transfugas y venderán pulseras en las calles y la palabra economía se habrá olvidado del vocabulario de unos ciudadanos que valorarán más el tiempo que la plata.

Yo sé que usted –que lee desprevenido esta sobredosis de melcocha– pensará que ya he perdido el poco sentido común que me quedaba, pero entienda que no imagino otra forma de enfrentar este mundo de desbalances, de violencia e injusticia, que no sea soñando despierto, alimentando de utopías las pesadillas del insomnio. Si me lo permite a mí, permítaselo a usted.

Agarre papel y lápiz, o computador y teclas, o grabadora... olvídense de que las cosas tienen que ser como son y comience a enloquecer de cordura. No hay ejercicio más hermoso que perder la cabeza para encontrar el alma (“ese pequeño sol de adentro”, como traducían alma los indígenas guraní de Uruguay). Cuando termine, contagie de esta enfermedad a su entorno hasta que, realmente, los locos (y no los descabezados) seamos más.

2010

las identidades excluyentes

Hay algo casi misterioso en la conformación de las identidades nacionales. En general -la cultura propia- la tradición nacional está construida sobre cimientos prestados. Somos lo más parecido a un sancocho cocinado a fuego lento en el tiempo de la historia. Un poco de acá, una pizca de más allá, una palabra prestada, un baile mestizo, unas modas copiadas, otras de una originalidad férrea... Lo misterioso está en que siendo así una colcha de retazos, nos creemos hechos de una pieza, únicos y exclusivos y, por supuesto, mejores que el otro, que el resto de la Humanidad.

La identidad es rica precisamente por su carácter mimético y Panamá sabe mucho de esto. Puente de las Américas, Istmo que unió lo que estaba destinado a comunicarse, lugar de migraciones con alas y con pies, arqueología del mestizaje que no cesa... Siempre llegaron extranjeros al país (como a la mayoría de países, por cierto), y este tránsito ha dejado herencia y carácter.

En Los Santos se baila a ritmo africano con vestidos coloniales, en Boquete hay apellidos de pronunciación europea y rostros de rasgos imposibles, en Bocas o en Colón los afrodescendientes hunden su historia en la remota África pero también en Jamaica o en Haití... Somos eso, mezcla, y ese es el mejor patrimonio que nos ha dejado la convulsa historia a todas las naciones.

Entonces... ¿por qué nos sentimos mejor que el resto al autonombrarnos con el gentilicio del punto del mapa donde la casualidad nos hizo nacer? ¿Por qué un español se cree más que un portugués o que un hondureño? ¿Por qué un costarricense se considera mejor que un nicaragüense o un argentino mejor que un paraguayo? No lo entiendo, es de esas realidades que me cuesta digerir en un mundo en el que si algo necesitamos es entendimiento.

Un gringo no es malo por el hecho de ser gringo, igual que un panameño no es menos por el hecho de tener ese pasaporte. Cada ser humano es un universo al que juzgamos con demasiada ligereza y con contundencia abundante.

Esta diferencia entre “nosotros” y los “otros” genera la figura del “extranjero”, un ser inadaptable, al que se le ponen fronteras en el país adoptado y cuya mezcla lo hace también foráneo en su terruño de origen.

Eso permite cierta distancia de todo, es verdad, y da una ventaja sentir que no se tienen las piernas enterradas en el lodazal de la identidad.

Aunque a veces, solo a veces, da cierta rabia no poder mezclarse más, desaparecer en la simbiosis humana de los lugares que se habitan o se visitan. El acento se convierte en detector de sospechas, el aspecto en prisión preventiva y el pasaporte en dictamen de a priori.

¿Tiene solución este juego de identidades excluyentes? Quizá sí, pero parte de lo humano. La relación con el “otro” debe basarse solo en el conocimiento personal, en lo que las palabras y los actos pueden transmitir del alma y de la energía de ese ser que tenemos delante y que debajo del turbante, del saco o de la túnica no deja de ser un equivalente. No somos iguales, definitivamente. Pero eso no es así por nuestro origen nacional, sexual o religioso, sino porque cada ser humano es un universo construido por cada minuto en que se ha relacionado con su entorno.

He logrado esquivar este artículo durante meses porque me daba pereza tener que escribir sobre lo obvio, pero llegó la hora. La acumulación de brotes xenófobos en un país como Panamá me da miedo y tristeza. Los he visto en otros lugares y en sus diferentes formas y siempre, siempre, me dan pánico. Cuando las razones son las de la patria, la razón ya ha perdido.

[Haití hundida, la isla que fue el motor de todas las independencias americanas, resquebrajada por el olvido más que por los terremotos. Los muertos vivientes ahora están muertos y el mundo, entre la vergüenza y la desidia, trata de justificarse con curitas. Suerte a los herederos de Petion.]

Fujimori y su manía de reencarnar

Tengo un nexo emocional muy fuerte con Fujimori. En el año 1997, cuando “el chino” tomó a sangre y fuego (más sangre que fuego) la Embajada de Japón en Lima, yo dirigía un periódico en Managua y como tal, escribí un editorial duro alertando sobre aquella bestia disfrazada de Presidente y sus secuaces.

En ese momento, entre la derecha latinoamericana había fujimorimanía y todos rezaban para que el niño Dios les pusiera por Navidad un presidente de la República lo más parecido posible al ahora encarcelado ex mandatario.

Es obvio que mi etapa como director de aquel medio acabó 24 horas después de que se publicara el editorial. Hice las maletas, pero defendí siempre la obligación de indignarse ante los golpes de Estado con o sin armas, ante la concentración del poder y ante los supuestos Mesías.

Cinco años después, ya en la Colombia de la uribemanía, cuando aún no llevaba un año en el poder, se me ocurrió declarar ante los medios que Uribe estaba aplicando a ese magnífico país un fujimorazo más lento y mucho más peligroso (porque, a diferencia de Fujimori, Uribe es un ser brillante que ambiciona la gloria más que el poder o la plata).

Hoy, con toda la tristeza del mundo, toca seguir indignado y hablando sin miedo y sin temor a confrontaciones. En eso debería consistir la democracia, ¿no?: en poder hablar en libertad, en debatir y contradecir siempre en el marco del respeto y de la institucionalidad.

En Panamá se está produciendo un nuevo fujimorazo. El padre del “autgolpe democrático” (lo debería haber patentado) se ha vuelto a reencarnar en otro país de la región. No puedo escribir este artículo ni con sarcasmo ni con humor. La situación es demasiado grave como para perder el tiempo.

Ricardo Martinelli y sus secuaces han decidido tomarse el poder. No gestionar el poder que los ciudadanos le otorgaron (que es limitado), sino tomarse todos los ámbitos del poder para poder manejar el país como una finca explotadora de Soná o como una congregación de adeptos. El desprecio por la institucionalidad, la concentración de poderes, el irrespeto por todo aquel que no esté

en la línea oficial, las reformas ministeriales que nos encaminan hacia un estado coercitivo, la soberbia... son los rasgos de personajes autoritarios en lo profundo y cínicos en la superficie. En el proyecto de Martinelli aparecen personajes peligrosos como Papadimitriou (fiel seguidor del proyecto político más vilipendiado de la historia reciente: el de George W. Bush), tenebrosos como Mulino (un tongo de saco y corbata que parecería desear calzar uniforme), de doble apariencia como Varela (agazapado esperando el turno y sirviendo a sus propios intereses y a los de los corifeos rezanderos) ... Los primeros espadas son estos, pero están repartiendo a sus gentes por todas las instituciones del Estado, porque la Asamblea Nacional se les ha quedado pequeña para su proyecto político de futuro.

Sin embargo, todo esto no me parece tan grave como el clima de temor que se siente en el país. Miedo a hablar por las consecuencias que puede tener; miedo a tomar posición porque en este duelo de calle arriba / calle abajo, si uno no está con el Gobierno es un maleante; miedo a salir a la calle porque la sociedad civil ni está organizada ni tiene la fuerza necesaria para arropar protestas; miedo a quedar fuera del reparto, miedo.

El daño que puede generar el gobierno de Martinelli, si sigue por este camino, es mucho más profundo y permanente que el que han provocado corruptos e ineficientes anteriores. Herirá de muerte a esta joven democracia y volveremos a la época de las bananeras, en las que desde la gerencia de una empresa se decidía la suerte de buena parte del país.

El Presidente está a tiempo de rectificar, de no cumplir con los augurios que hablan de proyecto reeleccionista, de sacar sus manos del Órgano Judicial, de eliminar la politiquería de las relaciones con la Asamblea, de retomar una senda que prometía eficacia y transparencia.

Gobernar no es tener la razón, sino atender a razones, la de los millones de panameños que no pueden perder más tiempo en el rejuego político, mientras su calidad de vida y sus perspectivas de futuro siguen lastradas por la historia.

Si Unicef pudiera ser coherente retiraría de inmediato de Panamá su sede regional para América Latina y el Caribe. Haría las maletas, daría una tumultosa conferencia de prensa y dejaría de editar informes y estudios sesudos ante la incontrovertible dureza de la realidad panameña.

¿Acaso es coherente seguir haciendo incidencia a favor de la infancia en un país que va a rebajar la edad de imputabilidad a los menores de edad de los ya escandalosos 14 años a los inconcebibles 12 años? ¿Acaso pueden seguir trabajando Christian Children's Fund o Casa Esperanza o las decenas de organizaciones nacionales que tratan de ayudar a los niños, niñas y adolescentes excluidos de este sistema excluyente? Los argumentos a favor de esta decisión del Cambio y seguida a rajatabla por los corifeos parlamentarios son tan ridículos como populistas.

Los crímenes cometidos por menores de 14 años son tan escasos como lamentables. El síntoma de una enfermedad social que comienza con la injusticia y la brecha social, y termina en asesinato o violación. Pero, insisto: son anecdóticos en las estadísticas criminales y no son una enfermedad sino el síntoma de ésta. Claro que para los políticos es mejor hacer esta bulla, aplaudida desde algunas radios y televisoras, que encargarse de la inseguridad. Hace unos días, el diario El Siglo publicaba un interesante análisis de las estadísticas de homicidios en Panamá durante el mes de enero de 2010. El texto revelaba que ni es el narco ni son los menores de edad ni las pandillas las que elevan las estadísticas de sangre.

No, estimados lectores y lectoras, se trata —en el mayor porcentaje— de riñas de borrachos o de crímenes por peleas entre vecinos y amigos. Una pequeña deuda por saldar, un quemado con poca paciencia, unos tragos de Seco Herrerrano (el que enriquece al beato vicepresidente) mal encarados... La mayoría de muertes violentas se dan por el terrible ambiente en que vive la mayoría de nuestra sociedad, en la que sólo un 20% de familias cuentan con papá y mamá, que subsiste en barrios agresivos en lo arquitectónico y lo económico, con cero oferta cultural, con pocas

²⁵ La ley sobre el Régimen Especial de la Responsabilidad Penal para la Adolescencia. Disminuye la edad penal a 12 años.

opciones de futuro. Y cuando no hay futuro se ataja el camino hacia la muerte.

Criminalizar a la infancia es una apuesta perdida y una hipoteca a futuro. Podemos seguir bajando la edad de imputabilidad hasta los cinco años y no cambiará nada, porque ver el fenómeno de la inseguridad desde la única óptica de la coerción es un error clásico de los gobiernos autoritarios que jamás ha conducido a nada bueno. Y no se ha escuchado la voz de la llamada sociedad civil organizada manifestándose en las calles o en los foros públicos. Es cierto que tampoco ha sido consultada por este Gobierno de hechos que, como ya anunció, no piensa cogobernar con organizaciones no gubernamentales y similar calaña.

Pensándolo con frialdad, quizá es que nos importe poco que a los niños de 12 años (normalmente de origen afroantillano y pobres) los metan a La Joya o a La Joyita. Primero, porque se está reforzando la valla perimetral, así que estarán a buen recaudo, cuidado por criminales mucho más expertos que los formarán en las lides del delito refinado. Segundo, porque si normalmente tomamos café recolectado por menores ngäbes, si podemos dormir con el alto índice de abuso sexual y maltrato que sufren niñas y niños en los hogares, si no nos importa que nos empaque el mercado un menor a cambio de unos centavos con los que pagarse los estudios... ¿por qué nos tenía que perturbar esta nueva ley del Gobierno?

Sería interesante ver algún día al hijo de 15 años de un ministro encarcelado por manejar ebrio la Toyota Prado de la familia o, quizá, tan solo ver al padre encarcelado por robar dinero público. Pero eso no ocurrirá. Este sistema está pensado para criminalizar a los pobres que, al mismo tiempo, son los que más sufren los rigores de la violencia. Los mismos pobres que, en algunos casos, apoyan esta ley y que, cuando vean a unos lincees deteniendo a su hijo de 13 años y comience la cadena de represión, se lamentarán de haber creído en esta medida tonta, populista y vergonzosa para un país que dice querer ser del primer mundo.

Nos toca esperar que todas las organizaciones que trabajan con menores se larguen corriendo, denuncien el abuso, se indignen al menos con lo que está ocurriendo a su alrededor. Que alguien lo haga, porque mientras en la Asamblea se da un golpe certero a los derechos fundamentales de la infancia, el resto la pasamos carnavalesando, que parece mejor emborracharse y olvidar que presenciar esta inacción ante los atropellos.

entre violencias

Parte fundamental del modelo democrático occidental es depositar el monopolio del ejercicio de la denominada “violencia legítima” en el Estado. Desde la óptica más ingenua heredada de Weber y de otros teóricos, que son cimentadores de los sistemas que hoy vivimos y sufrimos, hay una “violencia legítima” y dado que el Estado se funda en base a un contrato social, parecería lógico que las armas, las fuerzas coercitivas (policía y demás fauna uniformada) y el castigo no estén en manos de grupos privados de interés (terratenientes, iglesias, etc...) sino que sea gestionado desde lo público.

Suena bien. Pero para que esto fuera cierto, el Estado debería ser realmente fruto de un acuerdo y los que lo gestionan deberían estar volcados al servicio y al interés público, más allá de sus agendas particulares o de su ideología. No es así.

Los estados occidentales (es en los que sobrevivo y por tanto no me corresponde a mí la crítica a los orientales o a los árabes) son hoy, en el siglo XXI, los principales protagonistas de la violencia, sin apellidos, sin legitimidad, moralmente repudiable. No me refiero solo a las guerras o ataques armados (algo tan burdo que no merece explicación), sino a la violencia cotidiana que nuestros gobiernos y aparatos judiciales ejercen contra nosotros, los ciudadanos, supuestos contratistas de estos servidores públicos. El Estado panameño, como otros, es violento todos los días.

Es violencia directa el estado de pobreza en la que se mantiene un alto porcentaje de la población; es violencia el hacinamiento en las casas y la falta de servicios públicos; la Caja de Seguro Social ejerce la violencia en sus salas de espera y en su negación de medicamentos y auxilio; es violencia la justicia que mantiene a más de la mitad de los reclusos sin juicio en condiciones infrahumanas; es violencia arrebatar las aguas o los montes a los ciudadanos para entregarlos a empresas que cuentan con pequeños ejércitos de seguridad privada; es atraco a mano armada la corrupción diaria y descarada; es violencia someter a nuestros niños y niñas a una educación de mala calidad en aulas indignas y con maestros peor formados; ejerce violencia evidente el Estado en cada retén policial, en el que dependiendo del color de la piel del ciudadano y del carro en el que se desplace cambia el tono y las amenazas; es violento

toparse con una pareja de lince y sentir miedo; es violencia que las mujeres tengan peores salarios, cero comprensión y estén sometidas a un imaginario excluyente; es violencia que las personas con opción homosexual tengan que esconderse de vecinos y autoridades; es violento nuestro sistema fiscal...

El Estado es violento. Pero jamás escucharemos o leeremos esa calificación en medios de comunicación o tertulias de “entendidos”. Sin embargo, el calificativo violento lo guardamos para los manifestantes que son agredidos, detenidos y tratados como perros por la Policía. Se llenan páginas de textos escandalizados ante la violencia obrera que impide el normal (y violento) desarrollo de nuestra vida cotidiana.

No sabemos quién tiró primero, quién provocó o cómo sucedieron los acontecimientos de la semana pasada en Avenida Balboa y en Calle 50²⁶, pero el trabajo ideológico y propagandístico del poder es tan bueno que damos por hecho que fueron los obreros los violentos y que los agentes de policía “tuvieron” que poner orden. Es decir, volver al orden (violento) establecido en que nos suben impuestos directos o pisotean nuestros derechos, pero permanecemos callados y felices porque podemos circular con nuestro carro por las violentas y trancadas calles de la ciudad.

Los empresarios (que comparten con gusto el ejercicio de la “violencia ilegítima”) protestan y se rasgan las vestiduras sin reflexionar en cómo con los salarios de miseria se ejerce violencia o al revisar las bolsas de sus empleados al salir del puesto de empleo (¿se imaginan que hicieran lo mismo a los clientes en el Club Unión?) humillan y generan odio y violencia.

Criminalizar la protesta ciudadana es una práctica tan vieja como la dictadura. No defiende a Suntracs ni a ninguna organización en específico, sino a todas al tiempo y sin exclusión. Si los fieles a Don Bosco pueden interrumpir el tráfico durante horas o se cierran calles por unos carnavales que no todos comparten, los trabajadores deberían poder hacer lo mismo; y las amas de casa; y los estudiantes; y los jubilados; y los desempleados. El corte de calles no es el problema, sino la injusta (y violenta) distribución de la riqueza, la falta de oportunidades y los derechos conculcados. Solucionen eso y se acabarán las protestas callejeras. Claro, eso sería una amenaza a su poder y a sus cuentas corrientes. Entendido.

²⁶ Durante una protesta del sindicato Suntrac fueron detenidos 200 trabajadores después de altercados violentos.

el planeta a deshora

Avenida Balboa, Ciudad de Panamá, 8:30 p.m. del viernes 26 de marzo de 2010. Faltaban 24 horas para la llamada Hora del Planeta, el momento en que miles de ciudadanos estupidizados por el marketing verde apagarían sus luces para prender la conciencia contra el cambio climático. La megapantalla publicitaria instalada en el triángulo de la muerte (centro comercial, río contaminado, hacinamiento urbanístico) ilumina la Avenida y enceguece a los conductores. Miles de vativos derrochados en nombre del mal gusto y del consumismo alocado en los que aparece un mensaje de la organización WWF anunciando La Hora del Planeta, el alegato contra el consumo energético. Casi me choco. Ya me parecía un performance poco efectivo el show del apagón, ahora además me resulta desagradable. La coherencia de la acción, si es que tenía, se diluye en un mar de electricidad aérea.

Averiguo más... la ANAM es parte del comité organizador. Ahí el estómago empieza a revolverse. El personaje que dirige la ANAM, el mismo que desprecia en público a los ambientalistas, el mismo que autoriza que se destroce el Bosque Protector Palo Seco, el mismo que permite que uno de los pocos resquicios verdes de la ciudad se venga al piso en nombre del “desarrollo”, el mismo que está vendiendo el país a cachitos, patrocina que los ciudadanos apaguen sus luces: pero las luces de la conciencia.

La Hora del Planeta no apuntó a los culpables del calentamiento global, sino que cayó en la trampa del sistema y responsabilizó a los ciudadanos. De nada sirve que las panameñas y panameños de a pie apaguen luces o consuman menos cuando los grandes derrochadores de la energía son los centros comerciales, las industrias y los supermercados (abiertos 24 horas en un acto irracional y que consume más energía que todas las casas de los barrios donde están instalados). Decía el sábado Denis Moreno, administrador general de la Autoridad Nacional de Servicios Públicos (la oficina donde se regala el país), que las hidroeléctricas hacen falta y son buenas. Lo dijo en Chiriquí, casi para restregar a esta provincia que se esté quedando sin ríos. “Somos un país que ha sido bendecido porque a pesar de la crisis mundial Panamá ha seguido creciendo de manera positiva, lo que significa que la sociedad consume más energía porque la calidad de vida ha sido

mejorada”, explicó el intelectual Moreno y justificó su tesis en el hecho de que, en 1970, cada panameño consumía 50 kilovatios al año y ahora suma 300 por persona.

Es el problema de las estadísticas, porque en una casa humilde se sigue teniendo el mismo bombillo, quizá hay un nuevo televisor. Pero esos 300 kilovatios son consumidos realmente por los edificios de Punta Pacífica, por los supermercados, por Albrook Mall, Multiplaza o los nuevos centros comerciales de Santiago o David.

La Hora del Planeta hubiera tenido sentido si hubiese atacado directamente al presidente Martinelli y su acto vergonzoso de anunciar un cambio en el Código Minero porque se lo pidió su homólogo de Corea del Sur; si en lugar de concierto en Panamá la Vieja hubiera concentrado sus actos frente a la ASEP y hubiera mostrado el disenso con el modelo energético del país; si en lugar del show ingenuo y dañino del apagado mundial de luces hubiera promocionado un modelo de decrecimiento que potenciara el pequeño comercio y la escala humana en lugar de los megacentros comerciales; si hubiera explicado a la ciudadanía que el modelo de ganadería del país aporta más al calentamiento global que toda la contaminación vehicular... en fin ¡Tantas cosas y tan pocas ideas!

Tiempo perdido en esos 60 minutos, futuro empeñado ante un gobierno con un modelo extractivo violento, antidemocrático e ignorante. Estamos en manos de locos y desde la sociedad civil la tibieza no ayuda. Que el planeta nos agarre confesados. Si hubiera juicio final (los católicos saben que es una patraña), Martinelli, Javierecito Arias, Denis Moreno, Alberto Vallarino y los cómplices ciudadanos arderían en las hogueras hechas con los restos del planeta. Mala suerte: el juicio final –como el “desarrollo”– es un cuento para adultos y la realidad está pavimentada de concesiones mineras e hidroeléctricas.

un mal negocio para Panamá

Vamos a mirar al mundo, a este sancocho de países donde se apiña la humanidad y por cuyas banderas matamos y vivimos como si el azar no tuviera que ver con el cómo y el cuándo. Lo vamos a mirar para aprender de desarrollo, de las bendiciones de las inversiones en grandes proyectos de explotación de los recursos naturales, de cómo las multinacionales mineras han mejorado la calidad de vida de todos los lugares donde desembarcan con su canto de sirena (casi siempre, como acá, ayudadas por los prolijos gobiernos locales cuyos funcionarios terminan siendo accionistas o beneficiarios del negocio).

Ejemplo 1. Perú, una de las mecas de la minería en Latinoamérica. Grandes beneficios para las multinacionales, grandes inversiones que se recuperan con creces, cero desarrollo. El sector minero en Perú da empleo a menos del 1% de la población trabajadora del Perú, es decir, casi nada. La tecnificación de la minería ya ni siquiera permite malmorir en la mina.

La Oroya, una de las poblaciones mineras con 70 años de explotación es la octava ciudad más contaminada del mundo; en Cerro de Pascua, otro lugar de minería, ocho de cada 10 niños están intoxicados con metales pesados. En total, se calcula, que unos 250 mil peruanos están intoxicados con metales pesados. Gran desarrollo.

Ejemplo 2. República ¿Democrática? del Congo. Fue bendecida con una maldición: el coltán. Este mineral negro, del que Congo tiene el 64% de las reservas mundiales, es el que se utiliza para fabricar las baterías de todos los celulares o los computadores portátiles que utilizamos en el resto del mundo. También es la razón y la financiación de las guerras en África central. La ONU asegura que con la “explotación mineral en Congo” se financia a la guerrilla ruandesa y deja grandes cantidades de dinero a los militares de alto rango de Uganda. Las minas de coltán son lugares de esclavitud en pleno siglo XXI. Congo se desarrolla gracias a la minería y a la inversión de empresas multinacionales, en su mayoría norteamericanas.

Ejemplo 3. Cerca del 40% de los bosques indonesios están siendo explotados por compañías mineras, entre ellas la todopoderosa británica Río Tinto. Decenas de miles de personas han sido desplazadas de sus comunidades y un ejército de

paramilitares, con la anuencia del Estado, mantiene el control de las áreas concesionadas. Las multinacionales acumulan denuncias que van desde el delito ambiental a la violación de mujeres. La cosa no es muy diferente en la India, donde la población tribal se ha armado en una guerrilla para defenderse de los ataques paramilitares financiados por las empresas mineras. Estas deben ser muestras de minería sustentable.

Estos pequeños ejemplos ilustran perfectamente el futuro de Panamá, gracias a la política de “cambio” promovida por Ricardo Martinelli. Cambio de las leyes para permitir la inversión directa de gobiernos en el sector de minería; cambio en la visión de un Panamá verde y ecoturístico gracias al botín de cobre que hay entre Cerro Colorado y Petaquilla; cambio de caciques porque después de recuperar el país de las garras del imperio del norte ahora se lo vamos a entregar a las empresas del norte, del este o de donde vengan...

El beneficio económico no es para Panamá, los daños ambientales y sociales sí. Un informe de Danny Kennedy, de la organización Proyect Underground, señala que “los países industriales consumen más de dos tercios de la producción anual de los nueve minerales más importantes. Estados Unidos, Canadá, Australia, Japón y Europa Occidental, con el 15% de la población mundial, en conjunto consumen la mayoría de los metales producidos cada año: aproximadamente 61% de todo el aluminio, 60% del plomo, 59% del cobre y 49% del acero. En un cálculo per capita, los distintos niveles de consumo son especialmente marcados: el estadounidense promedio utiliza 22 kilogramos de aluminio al año, el ciudadano promedio de la India usa 2 kilogramos y el africano promedio apenas 0.7 kilogramos”.

Es decir, los minerales son como la cocaína, se producen en el sur, dejan su rastro de muerte y devastación en los llamados “países en desarrollo” con la promesa del “desarrollo” y el beneficio es para el norte. Bueno, y para los rentistas y comisionistas locales. Nada nuevo en Panamá (cuyas élites, como señala Julio Manduley) siempre han vivido de las sobras de los inversionistas extranjeros, sin hacer nada, excepto daño. Terrible negocio para los panameños.

si gana el miedo, perdemos todos

No es nada nuevo. Los arquitectos del poder descubrieron en la segunda mitad del siglo XX, y especialmente después de la caída –o tumbada- del Muro de Berlín, que había que cimentar la catedral del miedo: miedo a los terroristas, miedo a la crisis económica, miedo a perder “lo que tenemos” –aunque lo que se tenga sea un cable pelado-, miedo a la delincuencia común y a los comunes que delinquen, miedo a la izquierda, miedo a Chávez y a sus palabras, miedo a la gordura, miedo a la soledad, miedo la fealdad, miedo del vecino, miedo de lo desconocido, miedo de las profecías mayas y miedo de los besos sin mascarilla, miedo a la enfermedad, miedo al miedo...

En Latinoamérica, hasta bien entrados los 90 el principal miedo era a los comunistas: seres que comían niños, que querían quitarnos todo lo “bueno” que los dictadores de derechas y el Departamento de Estado nos había dado. Sigue inoculada esa paranoia entre nuestra gente, que confunde izquierda con comunistas y comunistas con barbarie. Pero en Panamá, el Ejecutivo de Martinelli está consiguiendo, con cierto atraso, lo que algunos de sus próceres del norte han cuajado con el tiempo: ha provocado miedo antes de que nada ocurra.

Con excesos verbales bien pensados, un par de leyes tan estúpidas como trogloditas y el nombramiento de unos cuantos gorilas acá y allá (como el que califica de poesía todo lo que no le gusta –se nota que no ha leído en su vida nada más que los manuales del Perfecto Fascista Latinoamericano-) ha logrado que una buena parte de la sociedad tenga miedo. En los pasillos de la ciudad de Panamá y en las veredas del Interior se habla de dictadura civil, se baja la voz para expresar la preocupación por la represión venidera, se huele el miedo a kilómetros. El sindicato come niños está agazapado en los cuarteles de verano y la sociedad civil se esconde en renqueantes justificaciones dejando que el poder desvíe la atención sobre los asuntos importantes: una corrupción desmedida, una ineficacia en la gestión de lo público monumental, unos delincuentes que asaltan negocios a la luz del día porque saben que la Policía es de mentira y una Asamblea y un Orden Judicial que parecen más bien una reunión de patio y un desorden inmoral.

El miedo está ganando la partida antes que la realidad. Y ese es el mejor triunfo de estos arrogantes gobernantes de la miseria. No podemos ceder al miedo, hay mucho margen de actuación, de defensa de las esquilas de esta democracia defenestrada antes de haber madurado. La sociedad civil, ese término ambiguo para definir el todo y la nada, es más amplia que un par de clubes de empresarios y un par de asociaciones más o menos acomodadas. En los barrios hay organizaciones poderosas de base, en el interior cientos de comunidades están organizadas y luchando. Su voz debe ser escuchada pero, para eso, unos cuantos medios de comunicación deben limpiarse los oídos y hacer de altavoces de la dignidad.

Los análisis simplones de la realidad solo alimentan el miedo y la ignorancia. Se sataniza a los maestros, se estigmatiza a los campesinos, se trapea el piso con los ambientalistas, se ignora a los indígenas. Quizá, si le damos la vuelta al argumento, esto ocurre porque el poder le tiene miedo a la gente y eso es esperanzador. Miedo contra miedo, luz contra oscuridad, poesía frente a tontos, palabras contra afrentas, ciudadanía contra carcelazos, ríos libres frente a muros de cemento, alzamiento en almas contra las armas de la torpeza.

[Si nos apegamos a la ley, hoy debería comenzar la condena de monseñor Ulloa y su combo. El sábado y el domingo cerraron las calles del Casco Viejo de Panamá de forma violenta, con vallas de ciclón, policías hasta en la sopa y requisas. ¿La Iglesia católica también le tiene miedo al pueblo? Lleven cuidado porque los pueden penalizar con hasta dos años de cárcel por cerrar así las calles. Me gustaría saber si la Policía y el SPI harían lo mismo ante un evento evangélico, de la comunidad indostán o de los afrodescendientes... no creo. El poder siempre ha cuidado a sus aliados]

las tercas cicatrices de la historia

La mayoría de los países vive atado a su historia por una conexión bruja que no permite miradas limpias ni juicios tranquilos. Las cicatrices que deja la Historia, las vergüenzas propias, las malas jugadas ajenas, se empeñan en supurar memoria de vez en cuando, ensuciando el presente, como una clara prueba de que no cerrar bien los capítulos tiene altos costos sociales y políticos aun décadas después.

En mi país de nacimiento, España, el fantasma del dictador Francisco Franco ha salido de los armarios de la transición 35 años después de ser oficialmente enterrado. Sólo hizo falta que un juez como Baltasar Garzón osara a abrir una causa para investigar los crímenes del franquismo y que se comenzaran a abrir fosas comunes que llevaban 60 o 70 años tapadas por el aluvión del presente para que la parte más oscura de ese país haya sacado las uñas y esté dispuesta a crucificar al juez y a todo el que lo defienda.

No es de extrañar, aún hoy. En España no ha habido un proceso revisionista de la historia de la llamada Conquista de América y en los libros de historia aún se ofrece una versión descafeinada de lo ocurrido tratando de evitar el tono de gesta con el que se hablaba de la Conquista hasta finales de los 70 pero esquivando de igual modo la realidad del genocidio y la rapiña que supuso la llegada de los españoles a las costas americanas.

Algo parecido, salvando las distancias, está ocurriendo en Panamá²⁷. El nombre de Noriega sigue generando sarpullidos en algunos y recuerdos peligroso en otros. El último periodo de la dictadura militar, el comandando por Noriega, y la invasión son temas semi tabús en Panamá y después de muchos años acá son contadas las ocasiones en las que he podido tener una conversación abierta y franca sobre el asunto.

Una buena amiga me dijo hace tiempo, cuando se sospechaba que el dictador iba a quedar libre en septiembre de 2007, que se habla poco del tema entre la clase media influyente porque en el fondo todas las familias tenían miembros en bando y bando y que

²⁷ En abril de 2010, Manuel Noriega legó extraditado a Francia procedente de Estados Unidos.

había como una amnesia consensuada, un no volver a hablar de aquellas cosas. No pasarse la factura.

Lo cierto es que se puede no pasar la factura pero, al tiempo, mirar de frente a nuestra historia para alejarnos de los mitos y las mentiras compartidas y construir sobre bases firmes. Al igual que en España, muchos de los protagonistas de aquellos años están vivos y son personajes activos de la sociedad. En realidad yo solo he visto que se le pasa la cuenta a Balbina Herrera, que de vez en cuando se pone a pedir perdón en lugar de admitir lo ocurrido e interpretarlo como un momento histórico. No sé si se le da tan duro porque es mujer o porque viene de un estrato bajo, pero lo cierto es que el director de la Policía, muchos de sus oficiales y algunos de los personajes que rodean al presidente de la República –igual que ocurría con el caso de Martín Torrijos- tienen una historia cercana al dictador y a sus desmanes.

Hay que cerrar ese capítulo, pero bien cerrado. Es decir, con verdad y reparación. Parece inconcebible que aún no esté claro cuántas personas murieron durante la invasión estadounidense y que la reparación haya sido esquivada. Es inconcebible que los pedazos de la historia del país se vendan o se tumben como si no significaran nada –la viaja sede de la embajada gringa convertida en edificio de oficinas o el YMCA en supermercado-; que no haya debates serios sobre por qué los gobiernos de Panamá no han hecho ningún esfuerzo serio por traer a Noriega al país y juzgarlo por sus crímenes –o hay miedo a que prenda el abanico y que su mugre alcance a muchos?-; que los jóvenes ya no sepan ni qué pasó ni quién fue quién en aquellos años...

La experiencia de España es lamentable, con una transición a la democracia envuelta en el secretismo y en el “tratémonos pasito”, sin haber iluminado los hechos dramáticos de la postguerra civil ni haber hecho justicia con las víctimas de uno u otro bando, y mirando hacia delante de forma compulsiva como si su propio pasado no le perteneciera. Mi país de nacimiento va a pagar el costo, ojalá Panamá no cometa los mismos errores porque siempre, siempre, se terminan pagando.

la mala educación

“La educación os salvará”. Desde la montaña del sermón, el discurso se repite una y otra vez. La educación como objeto de deseo, la educación como mantra telúrico para invocar la puerta de salida de la pobreza, para engañar, para deformar, para adocenar... Casi nadie pregunta en estos tiempos ¿qué educación? O, digamos, que hay una respuesta estándar que se aleja radicalmente de los debates pedagógicos de principios del siglo XX y que tiene que ver con la instrumentalización del sistema educativo. De la secundaria deben salir buenos obreros, costureras, habladores de call centres, barmans, mucamas varias, vendedores de tres al cuarto, policías. De la universidad, profesionales medios que alimenten el grueso y adiposo grupo de la clase media esclavizada por el blackberry y por el arribismo.

Claro, hablamos de la educación pública, la mala educación, la que queda reservada a los que no pueden pagar por la educación privada, que no es mejor, solo tiene un mensaje de cabecera diferente: “La educación os enriquecerá” y que, por tanto, expulsa ejecutivos de empresa, gerentes generales, supervisores de nivel, emprendedores (una de las palabras que más repulsión me causa), advenedizos del poder dispuestos a utilizar a la masa y encima esperar recompensa social como empleadores.

Estamos en la era de la Mala Educación y como empezó hace tiempo -quizá después de que mayo de 1968 alertara al poder de que las universidades pensantes eran un peligro, o de que en las aulas de colegios religiosos se formara un buen grupo de revolucionarios latinoamericanos- el círculo vicioso está perfeccionado: alumnos sin educación, maestros con poca educación, evaluadores maleducados... ¿Qué educación no tienen? La que fomenta el pensamiento crítico, la que provoca la autoestima del alumno, la que se centra en el aprendizaje y no en la enseñanza, la que tiene a los libros de texto como punto de partida y no como final autocontenido, la que no considera una pérdida de tiempo las Humanidades, la que es peligrosa para el poder establecido...

He visitado y conocido varias escuelas públicas en el país, rurales y urbanas, y mi única conclusión es que son fábricas de pobres donde no se les enseña nada fundamental. Tampoco nada innecesario. No parece muy diferente la Universidad de Panamá, la

otrora fábrica de pensamiento parece ahora un depositario de esperanzas que se van truncando al avanzar los años. Sin un papel social ni una producción intelectual brillante (excepto honrosas excepciones), la Universidad de Panamá es el potrero de un señor feudal acostumbrado a lidiar con el poder y a hacerle el quite a la educación.

De remate, tenemos una ministra que no sabe nada del asunto –no tendría por qué- que maquilla con palabras lo que ni ella ni su equipo saben enderezar. Parte de los gremios está enquistada en discursos corporativos anticuados y en la negativa a reconocer su cuota de responsabilidad en el desastre. Otra parte, sin embargo, tiene un discurso generoso y bien planteado; aunque en el reino de los sordos la palabra inteligente no puede ser escuchada.

Así que en este panorama, a los locos del cambio se les ocurrió hacer una reforma curricular vacía de contenidos. “¡Reformemos!”, dijeron, y comenzaron a inventar sobre la marcha un plan piloto que no tiene nadie al volante.

Pobre nuestra educación pública: vaciada de alumnos de clase media, acorralada por una educación privada hambrienta de matrícula, con todo el sistema de formación de maestros desmontado (pobre Normal de Santiago, cuna de pensamiento y revuelta en otra época) y con unos padres de familia que no tienen ni tiempo ni conocimiento para pedir algo diferente. La Mala Educación sirve para que los hijos estén “cuidados” mientras los papás y mamás se parten el lomo trabajando en este País de las Maravillas y para formar a la futura generación de servicio que deberá alimentar de salarios baratos el aparato del desarrollo.

“La Educación os hará idiotas”, es el nuevo lema del sistema. Y se cumple a rajatabla. Miles de excluidos formados en nuestras escuelas forman parte del pueblo dormido que defiende un modelo nocivo para su salud y que apoya al gobierno corporativo donde el fondo es una broma y la forma, la panacea. No cambiará esto porque, como dijo Papadimitriu sobre las indemnizaciones a las víctimas del accidente del Bus 8B-06-, sería un precedente que el Gobierno asuma la responsabilidad por cada alumno maleducado...

super p-99 y la licencia para matar

Las cosas son como parecen ser. Esta semana recibimos dos honorables visitas: la del presidente más desacreditado de Europa y el del presidente más esquilmador de Asia. Que el demonio nos agarre confesados. No está claro por qué viene Berlusconi²⁸, si a una fiesta degenerada o a explorar algún negocio oscuro ofrecido por nuestro anfitrión, el rey de lo inconsulto, el finquero de Panamá. El segundo si sabe a qué viene: a cerrar el negocio de cobre en Cerro Colorao, para el cuál el finquero ofreció cambiar leyes y poner alfombras rojas.

El proyecto del Super Panamá 99 (P-99) va avanzando, cada vez nos parecemos menos a un país y más a un supermercado. Lo que corresponde a un país serio y democrático no funciona (educación, seguridad pública, Caja del Seguro, tránsito...), pero todo lo que corresponde a la lógica empresarial especulativa va de maravilla. Este es el reino del descarado empresarial, de los negocios multimillonarios, de la corrupción vestida de cambio para que nada cambie. Y, mientras... mientras la gente sigue al margen de esta locura. Los más pobres porque la tarea de subsistir ya es colosal como para estar preocupados por leyes chorizo en lugar de estar buscando un pedazo de yuca. Los más ricos, porque por fin gobiernan el país como les da la gana, como finca en la que medrar para ganar mucho en muy poco tiempo. La clase media, cada vez más acosada, es genéticamente temerosa, así que permanece atrincherada pagando impuestos y sosteniendo la precaria economía nacional sin ver que en unos años ya no habrá nada que defender.

Hoy también tenemos en la ciudad de Panamá a los presidentes de Centroamérica y, claro, no hay mucho de ejemplar ahí. Latinoamérica vive tiempos aciagos en los que la polarización política y la visión estrecha de los medios de comunicación no ayudan a que nos demos cuenta de que, por abajo, los que gobiernan son los intereses económicos. Los gobiernos tienen poco margen de acción, excepto en los pocos casos en los que empresas y gobierno son la misma cosa (como en Panamá o en Chile). A este

²⁸ El presidente surcoreano, Lee Myung-bak, y el primer ministro italiano, Silvio Berlusconi, asistieron a la cumbre del Sistema de Integración Centroamericano en Panamá en junio de 2010.

estado de cosas colabora la paranoia de la seguridad, que justifica casi todo, y el mito del desarrollo, el cuento para niños más largo y tedioso que le han contado a nuestros pueblos.

El problema es que los dueños del Super P-99 no son cuidadosos y pueden terminar enfadando al cliente. Lo malo de dirigir una empresa es que se la puede quebrar. Todas las encuestas muestran un descontento creciente con el actual Gobierno y sólo aguantan el varapalo los ineficaces ministros mediáticos (Ferrufino y Santa Lucy) y el propio presidente (que solo habla cuando puede aparecer como salvador de la patria y que utiliza a Mulino y a Cortes para todo lo demás, para el trabajo sucio). Este pueblo no parece tonto, puede ser lento en reaccionar, pero ya ha pasado por demasiadas vicisitudes históricas en los últimos 40 años como para aguantarse otro finquero más.

Lo de esta semana significará un punto de inflexión, mientras el presidente recibe a sus compadres en la Gran Feria de Venta de Panamá, sindicatos, ambientalistas y organizaciones sociales de diversos pelajes seguirán en la calle. Hoy, con varias marchas que, al menos, tratan de demostrar que no se puede conculcar la institucionalidad sin que haya consecuencias (como ha sido el caso de la Ley 30 y de la extraña reforma fiscal).

Hoy Panamá es un *estado sacer*. Es decir, nada de lo que ocurre acá tiene consecuencias. La impunidad es parte de la institucionalidad y el Gobierno lo sabe. Las disposiciones que permite que policías delincuentes sigan en lo suyo o la disminución de los requisitos ambientales para los inversores son solo sincerar las cosas. Lo que ya ocurría ahora es legal. El Gobierno tiene licencia para matar y lo sabe. El pueblo tiene licencia para patalear pero le da miedo. Mientras, el que paga es el país, pagamos todos.

la sangre mancha el alma²⁹

Me cuesta escribir en estos días. Esto de opinar puede ser una astilla entre la suela del zapato y el pie cuando la realidad es tan triste, tan confusa, un campo minado de mentiras rellenas de esquirilas, una trampa permanente dispuesta a despertarnos de cualquier sueño amable en el que la Humanidad pudiera salvarse del colapso. Arrastro el pesimismo que provoca leer las reacciones sangrientas de aquellos que defienden al asesino Estado de Israel, a los jaleadores de la muerte, a los mercenarios de los intereses, a los que valoran más unas vidas que otras, a los que nos dibujan fantasmas tras cada verdad para convertirla en una triste caricatura de sí misma.

Nunca hablo de temas internacionales en estas páginas, porque para eso están otros espacios. Me mordí la boca con el tema Honduras; evité despotricar contra un mundial de fútbol que se organiza en un país que viola sistemáticamente los derechos de su población (por más que sea la cuna de San Mandela); no he querido opinar de los despropósitos en la crisis económica mundial ni sobre la doble moral de Europa y la moral sin moral de Estados Unidos en ese caso... pero el tema del ataque a la Flota de la Libertad por parte de tropas de élite israelíes parece un asunto casi local. La comunidad judía de Panamá se empeña en relacionar fé y Estado, como en el medievo. Desde mi óptica, una cosa son los practicantes de la religión judía y otra el Estado de Israel, por muy confesional que se declare. Yendo más lejos: una cosa es el Estado de Israel y otra los israelíes. Igual que no todos los panameños son responsables de las locuras del Gobierno de Locos ni todos los españoles somos responsables de las masacres hechas a lo largo de la historia por la Iglesia Católica desde y en nuestro territorio.

Pero la comunidad judía en Panamá se empeña en censurar cualquier crítica al Estado de Israel y trata de mostrarnos a todo lo palestino como equivalente a terrorismo y a amenaza mundial.

Lo que ocurrió en aguas internacionales frente al territorio autónomo palestino de Gaza es una violación del derecho

²⁹ El 30 de mayo de 2010 el Ejército de Israel atacó una flotilla humanitaria y desarmada que se dirigía a Palestina. Hubo, al menos, 9 muertos entre los cooperantes civiles.

internacional y se define como terrorismo de Estado. Aquí y en Indochina. Y si no lo ven así, fabriquemos otras hipótesis. Un lector digital comentaba el otro día en el sitio de Internet de La Prensa lo siguiente: “Cuando el 9 de enero de 1964 los Estados Unidos en defensa de la Zona del Canal, que legalmente era territorio de EEUU, disparo a matar primero contra los estudiantes panameños y luego contra el pueblo, quienes solo tenían piedras y palos como los activistas en Gaza, según su lógica [la de los que justifican a Israel], al igual que Israel, EEUU tuvo razón en defender su territorio y atacar a nuestro pueblo”. Buena hipótesis.

Pongamos otra que le encanta a la ultraderecha latinoamericana, férrea defensora de Israel: imaginemos que organizaciones civiles colombianas hacen una protesta frente a las costas venezolanas por la connivencia de Hugo Chávez con la guerrilla de las FARC y que éste ataca a la flota y mata a 10 colombianos... ¿Qué dirían? Otra bonita hipótesis.

Una última, imaginemos que Ecuador hubiera atacado con misiles a los helicópteros colombianos que entraron en su territorio para atacar el campamento de Raúl Reyes y hubieran muerto soldados colombianos... ¿sería en defensa de la soberanía ecuatoriana, verdad?

El cinismo se apodera de la política internacional una vez más. Naciones Unidas, dirigida por un lánguido surcoreano al servicio de Washington, agacha la cabeza y condena sin levantar la voz; Obama, que ante el mínimo estornudo de Irán amenaza con represalias, ahora no tiene “pruebas” suficientes para intuir que a Israel se le fue la mano; Europa, la reina del transformismo, juega a ser espuma de champagne y pasa de la indignación al silencio en pocos segundos...

Pues, sabiendo que ahora todo el lobby judío de Panamá me incluirá en la lista de seres indeseables (porque se empeñan en mezclar religión con política), declaro que yo estoy indignado, asqueado, enfadado, molesto, incapaz de entender cómo personas pensantes pueden ordenar ese torpe y violento ataque, cómo pueden despreciar así las vidas ajenas, cómo pierden la poca autoridad moral que les quedaba de esta forma tan patética. Me declaro enemigo moral de Israel (no de los fieles judíos ni de los israelíes) y prometo que, cuando tenga voto en el Consejo de Seguridad de la ONU, haré todo lo posible por hacerles la vida imposible. Eso si, sin pegar un tiro, que la sangre mancha el alma. ¿O no se han dado cuenta?

de lo hermoso y lo grotesco

“Tantas palabras escritas desde el principio, tantos rasgos, tantas señales, tantas pinturas, tanta necesidad de explicar y de entender, y al mismo tiempo tanta dificultad porque aún no acabamos de explicar y aún no conseguimos entender”. Se fue el maestro y se fue el alma. Es tan difícil escribir, tratar de entender, fisgonear formas de explicar cuando la palabra ha muerto...

Esta Humanidad es tan contradictoria que lacera, tan compleja que es sencillo abandonarse y perder el eje... sin embargo, este hombre no lo perdió, jamás, y su carne ya putrefacta abona la tierra fértil de la hermosura, de esa parte de la Humanidad que merece la pena, que nos reconcilia con lo que somos o, quizá, solo con lo que podemos ser.

En el último post de su blog, alguien por él -porque él estaba en la concienzuda tarea de morir- reprodujo un fragmento de una entrevista concedida hace tiempo: “Creo que en la sociedad actual nos falta filosofía. Filosofía como espacio, lugar, método de reflexión, que puede no tener un objetivo concreto, como la ciencia, que avanza para satisfacer objetivos. Nos falta reflexión, pensar, necesitamos el trabajo de pensar, y me parece que, sin ideas, no vamos a ninguna parte”.

Qué hacer con este legado de José Saramago, cómo evitar que nos queme en las manos, cómo esquivar la mirada del espejo de la coherencia, cómo salvarse de su rabiosa manía de quitarnos la venda cada vez que preferíamos ser ciegos antes de ensayar a salir de la caverna... Nos falta pensar, decía él. Y yo pienso -o lo intento- de una en nuestro país y en el vacío de cerebro que habita en los salones del poder, en la grotesca patanería de los dueños de los votos y de la saña.

Pienso, insisto en pensar, en cómo puede esta Humanidad ser tan ambivalente, tan poliédrica, tan endiabladamente contradictoria. Lo mismo pensé el pasado jueves³⁰ cuando los segundos de vida acumulados me obligaron a ver a los grotescos y *simióticos* antimotines -armados hasta los dientes que no tienen

³⁰ Ese día se produjo una manifestación masiva en contra de la controvertida Ley 30 que modificaba diferentes códigos afectando temas sindicales, ambientales y de seguridad.

bajo los cascos- provocando al pueblo que deberían defender; la rabia de imaginar al presidente y a su séquito deseando que volara una piedra para hacer añicos la paz social de cementerio en la que habitamos, pidiendo sangre para así justificar el miedo al otro, a los sindicatos, a la gente que defiende sus derechos. Salí de la ratonera preparada por las autoridades en la Plaza Catedral orgulloso de hacer conocido los verdaderos zapatos de un pueblo que marchó en paz y de forma masiva. Y de ahí... la vida otra vez mostrándome las contradicciones... ay... Carlos Méndez, otra de esas flores preciosas que nace a la sombra de árboles que asfixian y ocultan, hace un concierto cargado de Humanidad, de carne, de alma, de imágenes sutiles (regaladas por Ana Endara y otros artistas locales), de cierta rabia contenida y de mucha generosidad esparcida al viento como polen que no podía germinar en algunos de los funcionarios grotescos que se sentaban en primera fila – siempre buscan la primera fila porque es su única forma de existir.

Puede parecer que una cosa no tiene que ver con la otra, pero... ay.. tienen tanto, tanto que ver. Es complejo mantener el espinazo recto en este mar de contradicciones que es vivir. Pero el maestro lo logró. Salía de su refugio de Lanzarote, sigilosamente, con ese tono de voz pausado para hablar de solidaridad, de otro mundo, y de este pésimo mundo pésimo en el que ser optimista es un acto infantil, fútil, absurdo. Sus palabras, como las notas de Carlos Méndez, como una pincelada bien dada o como una marcha donde la hermandad se podía respirar, son la cara decente de esta especie, las semillas que permiten seguir arando esta tierra fértil que empresarios y gobiernos quieren esquilmar y para continuar apoyando a las comunidades que son molestas para los explotadores que utilizan palabras de desarrollo para ocultar la sangre que van a derramar.

Saramago se despidió de si mismo alguna vez, quizá sin saberlo. Es mi pequeño homenaje a la palabra hecha carne: “Me despido de los muertos, pero no para olvidarlo. Olvidarlos, creo, sería la primera señal de mi propia muerte. Aparte de ello, tras este viaje de escribir tantas páginas, he llegado a la conclusión de que debemos levantar del suelo a nuestros muertos, apartar sus rostros, ahora sólo hueso y cavidades vacías, la tierra suelta, y recomenzar a aprender la fraternidad por ahí. (...) Me despido de los muertos así”.

Lo que sucede en Bocas no suele acontecer. La paradoja es histórica. Como la cara oculta de la Luna, hay zonas del país, del planeta que son invisibles hasta que el reflejo de las llamas que las incendia no se divisa desde la lejanía. Para los que creen que Bocas del Toro es el archipiélago turístico y cercenan el 95% de la provincia, puede parecer que la crisis de los últimos días es sorpresiva. Para los que conocemos bien la provincia, la caminamos y estamos con sus gentes, esto solo cristaliza la situación de abandono y discriminación sistemática que el resto del país practica con una de las zonas más hermosas, ricas y pobres del país.

Panamá se enriquece y desaparece al tiempo por sus dos extremos, Bocas y Darién. La gran diferencia es que en Bocas, los indígenas Ngäbe-Buglé son fuertes, están organizados y, ante todo, están cansados. ¿De qué? Del abuso laboral, de la falta de infraestructuras públicas, de la corrupción endémica, de los medios de comunicación pagados por empresas como AES o Empresas Públicas de Medellín, de los finqueros del medioevo que siguen manejando los hilos del poder, de las enfermedades estúpidas que matan sus hijos, de la suciedad, de la precariedad y el hacinamiento en las viviendas milagrosas, de los inversionistas abusadores o de los “turistas residenciales” que han desplazado a cientos de indígenas de playas y lomas para construir la postal que vendemos al mundo y que oculta barrios de refugiados como La Solución.

En Bocas del Toro es en donde el Gobierno Nacional se niega a aplicar las medidas cautelares de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos que ordena la paralización inmediata de las obras de la represa Chan 75 por el irreversible daño que se le está causando a comunidades como Charco La Pava, Changuinola Arriba o Nance de Riscó; en Bocas del Toro es donde el ministro de Seguridad, José Raúl Mulino, trata de que los gobernadores actúen como en el Viejo Oeste expulsando a las comunidades Naso de sus tierras ancestrales para beneficiar a su amigo vaquero Mario

³¹ Del 2 al 11 de Julio unos 10.000 indígenas ngäbe, muchos empleados de la Bocas Fruit Company, protestaron por la Ley 30. La dura represión policial concluyó con, al menos, 4 muertos y cientos de heridos de diversa consideración. Estos hechos le supusieron a Panamá serias advertencias internacionales por violación de Derechos Humanos.

Guardia; en Bocas del Toro es donde se están expulsando de la carretera a cientos de familias Ngäbe para vender esas tierras a mejores postores; en esa provincia es donde la Bocas Fruit Company ha hecho y deshecho su antojo desde hace más de un siglo; es en Bocas del Toro donde el contrabando y los negocios dudosos son manejados por diputados, ex diputados y calaña similar de todo el arco político nacional.

La huelga de Bocas no ha sido solo por la Ley 9 en 1, la Ley de la Muerte. Esa ha sido la gota que ha colmado el vaso y el Gobierno del Cambio, en lugar de escuchar y entender, ha hecho lo único que saben hacer los finqueros: reprimir. Hay varias víctimas mortales, aunque el Ejecutivo no lo quiera reconocer, cientos de heridos, muchos líderes escondidos, compañeros heridos hacinados en el cuartel policial de Changuinola y, ante todo, mucha indignación, rabia, dolor.

Los panameños son buena gente (y los bocatoreños son panameños aunque el mensaje desde ciudad de Panamá sea otro) y aguantan los abusos con excesiva calma... hasta que revientan.

En estos días, Bocas del Toro somos todos, todos los que creemos en la justicia, en la dignidad humana y en los derechos humanos. Los gorilas que han enviado a cientos de antimotines, que han reprimido antes de escuchar, que han tratado de estigmatizar al movimiento de Bocas por el hecho de que la mayoría son indígenas (habitantes originarios de esta tierra usurpada por rentistas), que se han burlado del Estado de Derecho y que solo se atreven a detener a estudiantes menores de edad en la capital esos no son panameños, son enemigos de un pueblo que no aguenta ni un abuso más.

Son días de malos recuerdos, del *deja vu* dictatorial. Pero es por eso, precisamente, que también son los días del valor, de la resistencia, los días de la dignidad de las y los panameños y de todos los que aman a esta tierra valerosa.

pobres habitando la desigualdad

Imagino que hay una pobreza más dura que la material. La de la soledad no escogida o la de la falta de alma o la de la precariedad de los afectos o la del déficit de humanidad. La mayoría de los diagnósticos en este mundo de científicos tiene que ver con cifras y es difícil ir más allá de lo supuestamente “objetivable”.

Esta semana los estudiosos de la pobreza de la ONU nos contaron que América latina se desangra por la desigualdad. Puede ser que seamos más “ricos” que África, pero somos más desiguales. Los que tienen, tienen cada día más, y los que no tienen cada vez son más y tienen menos. En medio, hay poco. Panamá es equiparable en desigualdad a Uganda (o a Honduras, Colombia o Paraguay) y debería mirar a algún vecino del sur, como Argentina o, especialmente, Uruguay, que gracias a los sistemas de protección social de sus Estados aparecen en las mejores posiciones del Hemisferio.

La pobreza es relativa. No todos nos sentimos pobres en el mismo punto. Los varemos que ha establecido el Banco Mundial -y que ha acogido con entusiasmo la ONU desde inicios de este milenio- son relativos. Según estas instituciones ser pobre de remate es vivir con menos de 1 dólar al mes. Aunque el Índice de Desarrollo Humano mide algo más pues incluye desde el acceso a saneamiento básico hasta temas educativos o de salud. Quizá por eso Cuba aparece bien en el ranking, mejor que muchos de sus vecinos; quizá por eso Bolivia sale tan mal parada.

Pero la pobreza es más cosas. La imposibilidad de acceder al ocio; la falta de participación en las decisiones públicas que afectan a nuestras vidas; la humillación a la que se nos somete en el servicio público de salud; las terribles horas gastadas en el empobrecido transporte para llegar al pobre trabajo; la falta de ecuación de calidad y liberadora; el triste sometimiento al discurso religioso como única salida de emergencia a esta vida que no se comprende en medio de tanta precariedad; el diario contagio de la mentira a través de los medios de comunicación; la castración sexual; el abuso permanente que sufren niñas, adolescentes, jóvenes y mujeres; la patética dictadura televisiva que adormece e idiotiza....

A veces, para sentirse rico, hacen falta menos cosas y más derechos. Menos plata y más personas, más redes auténticas de fraternidad, más amor horizontal, más trabajo pero con menos explotación... El índice de desigualdad (que para la ONU tiene nombre femenino, Gini) marca la pauta de la explotación. Con los ingresos que tiene Panamá este país debería ser, como mínimo, un Uruguay; claro que allá la educación es importante, hay una tradición cultural alimentada y cuidada, permiten que un ex guerrillero sea presidente sin que nadie le esté recordando todo el día pasado o perfidias, y no se han dado a la tarea de abrir el territorio nacional como un plátano para regalarlo a las mineras.

La pobreza, a veces, es no ver, no darse cuenta de que los humanos no somos animales sin sentimientos que solo precisamos de trabajo y dinero. Un buen libro, un paseo por una calle limpia y segura, una limonada en una terraza que no cueste como un coctel en un hotel de cinco estrellas, una pareja honesta y cercana, un futuro dibujado por nosotros mismos... la riqueza del ser humano es lo que colma su alma y eso, por desgracia, no hay casi político que lo intuya ni programa de gobierno que lo abarque.

Levantarse en la mañana y ver a tu lado los párpados, con los que amanece la sonrisa, o saber que la gente que te rodea no es el enemigo sino la comunidad que nos acoge son algunas de aquellas cosas que los expertos no miden y que los empresarios no tasan (todavía). La desigualdad es el peor tumor visible de la sociedad capitalista; la pobreza, la lacra que marca a los excluidos del paraíso de las cosas y de la ciudadanía.

el arrepentimiento y la baba de caracol

Es bueno esto de tener un gobierno mediático. Todo se soluciona con declaraciones y las declaraciones van de lleno a nuestro espíritu católico, que siempre funciona cuando de arrepentimientos falsos se refiere.

Un buen amigo siempre se declaraba voz en grito como católico y cuándo alguien le preguntaba el por qué del fanatismo el siempre decía que el catolicismo era la religión más laxa del planeta y que, por eso, él se adscribía. Explicándolo con más detalle, mi amigo diseccionaba las otras religiones o creencias (musulmana, judía, budismo, etc..) y aseguraba que en éstas los preceptos eran de obligado cumplimiento, la militancia iba en serio y, además, no habían inventado un mecanismo tan perfecto para el ser humano como era la confesión y el arrepentimiento. Es decir, el catolicismo lo perdona casi todo y perdona una cierta doble moral porque, como reza el dicho popular, “el que peca y reza, empata”.

Nuestro Gobierno tiene claro este precepto de hondas raíces culturales y anda pecando y rezando a diestro y siniestro. Primero apruebo leyes y después pido disculpas porque se pudo hacer mejor; primero disparo y mato y después pido perdón; primero le doy candela a los medios de comunicación y después les pido ayuda. La técnica funciona y es mediática, porque al público le encanta. El presidente, de forma calculada, habla 15 minutos en una fiesta y reparte disculpas a diestro y siniestro para que después un medio de comunicación adepto saque en portada “la Confesión de Martinelli”, sin contexto, sin matices, y nos haga casi llorar ante el “arrepentimiento” aparente del hombre aparentemente más poderoso del país.

Si se combina la técnica del arrepentimiento aparente con la caridad –otro gran gesto católico- disfrazada de generosidad, el hombre tiene masas de adeptos. Que un pobre salonerito que cobra 400 dólares al mes le comenta a este hombre del pueblo que es su cumpleaños, pues el hombre se quita e rolex de ocho mil dólares y se lo regala. ¡Qué generosidad, qué cerca del pueblo!

Sus ministros, meros aprendices del gran gurú, hacen lo mismo, pero les sale peor. Unos porque no saben cómo escalar puestos y otros porque de su boca es difícil que salgan palabras generosas (ni siquiera en apariencia).

El cuadro mediático de nuestro gobierno se completa con la receta mágica de la “baba de caracol presidencial”. Nosotros ingenuos y criticones por naturaleza, que aún no entendíamos para qué servía la acción del Gobierno o leyes tan extrañas como la llamada chorizo, ahora ya tenemos la respuesta: ¡para todo!

Que su hijo recibe quemaduras de tercer grado, aplíquele la Ley 30; que su esposo está siendo infiel y lo agarra en un descuido, aplíquele al Ley del Carcelazo; que no tiene que darle de comer hoy a sus hijos, hábleles del PAN y sus estómagos se inflarán como por arte de magia.

La baba de caracol presidencial, según las declaraciones del propio presidente, sirve para todo. La Ley 30 impedirá por arte de magia que los Wild Bill entren a Panamá (hay que ver qué hacemos con los que estén dentro); el PAN acabará de una vez por todas con los robos; y el transfuguismo político terminará con el PRD y así... un problema menos.

En el país andamos sin políticas públicas ni planes de gobierno. Es decir, todo tiene primero un lema mágico y después se inventa el contenido. “Elige tu vida”... y andamos esperando a saber cómo se come eso; “Ahora le toca al pueblo”... y la Interpol sigue buscando al tal Pueblo a ver si lo extraditamos de una vez; “En Panamá hay libertad de expresión y mi gobierno la respeta”... y luego vemos qué hacemos con el púgil Prieto o con la persecución a los periodistas; “Corredores gratis”... y después explicaremos que con suerte eso será dentro de 10 años o que nos referíamos a que correr por la cinta costera no tendrá peaje.

La verdad es que el único lema que parece corresponder a la realidad es el de “Los locos somos más” y el mejor producto oficial es la baba de caracol arrepentido, una nueva especie de molusco gasterópodo que viste corbata y saco y goza de una nanomemoria prodigiosa, como el pueblo.

la banca de la sabiduría

Tenemos un día para casi cualquier cosa. El colectivo o la realidad que no tiene un día mundial es como si no existiera. Pero es razonable, un juego ancestral como el del cumpleaños, la boda o el bautizo... un ritual, un punto de inflexión en el que recordamos que somos gente, o que somos gente junto a otra gente o que la etiqueta bajo la cual nos clasifica esta humanidad de gesto torcido tiene algún sentido más allá de la clasificación en el archivador de la variedad humana.

Acaba de pasar el día de los pueblos originarios, el día de una minoría que alguna vez fue lo único y que luego fue aplastada, excluida o ignorada por los mezclados como yo, por los que parecemos tener patente de corso, la arrogancia agazapada tras los párpados y alma forrada de acero.

No quiero hoy discutir sobre el nombre (indígena, originario, aborígen...), ni sobre los defectos que arrastran los pueblos originarios que no pueden ser más perfectos que el resto de los humanos. Más bien, escribo para reconocer lo que nunca he puesto en palabras, mi suerte, mi privilegio: el de haber podido estar cerca y el de haber bajado las prevenciones para escuchar, ver y aprender.

No voy a caer en el juego del “buen salvaje” al que algunos europeos como yo entraron de cabeza con mala conciencia y peor autoestima. Yo he aprendido y mucho de los pueblos originarios de esta América donde la sangre ha sido batida para crear otra raza hermosa que es la del mestizaje, si no la raza cósmica de Vasconcelos si la utopía del encuentro, del anacionalismo, de construir algún día –ya que ahora es una ficción política o una categoría de biblioteca- una Latinoamérica plural y sin más fronteras que las de los jardines particulares.

Mi primer contacto con pueblos indígenas fue ya hace 14 años, y pasito a pasito me fui acercando como el invitado que se sabe intruso y heredero de una fortuna manchada de sangre que carga con la responsabilidad de lo hecho por sus antepasados pero no con la culpa de lo que él no hizo. La mayor lección de acercamiento me la dio Víctor, un cacique Uitoto de la Amazonía colombiana. Me hizo trabajar jornadas enteras junto a él y a su familia en la construcción sagrada de una sagrada Maloka. Hablaba poco pero

me miraba mucho y preguntaba (esa sabia forma de aprender si se tiene la capacidad de escuchar las respuestas). Varios días después consideró que ya éramos gente lista para hablar y nos sentamos en una diminuta dependencia fría y luminosa al tiempo. Me regaló la paz de su alma y los consejos de sus ancestros, tejidos en las noches de La Chorrera, su comunidad, al ritmo del mambo de coca y el estruendo de la noche callada.

Víctor fue quizá el que me invitó por primera vez a tomar asiento en la banca de la sabiduría, esa donde indígenas y no indígenas debemos reconciliarnos y compartir saberes y desconocimientos. Fue el primero de muchos encuentros, con él, con sabios emberá, kunas, aruacos o nasos... qué más da. Los diferencian muchas cosas pero los acercan algunas raíces compartidas en sus cosmovisiones, esas que corren riesgo de perderse porque lo que las armas y la explotación no han logrado lo puede conseguir la televisión y el dinero.

De ese conocimiento precapitalista rescato varias enseñanzas. Un ser humano que camina hacia la coherencia debe lograr que lo que piensa no se modifique al pasarlo por el filtro de los sentimientos, debe verbalizarlo en palabra dulce y luego traducirlo en acciones coincidentes. Tarea titánica pero necesaria si queremos ser gente. La libertad, me dijo una vez Víctor, es básicamente responsabilidad, la responsabilidad del amor, del amor al resto y por tanto respetar su libertad, la del otro, para, a través de ella, ser libres nosotros. Finalmente, me quedo con el temor a la plata como símbolo del egoísmo, de la acumulación, de la codicia individualista que nos aleja de nuestra comunidad de afinidad y nos vuelve perversos y peligrosos.

Qué raro suena este conocimiento tan básico al tiempo y tan escaso de encontrar en el mundo occidental. Si nos pasamos por estos filtros, la mayoría saldrá mal parada. Crecer no es tener más sino saber más, de uno y de los otros. El día de los pueblos originarios debería servir para acercarnos todos y todas a la banca de la sabiduría y dejar de ver a las personas de estos pueblos como un fenómeno folclórico o exótico, o como personas con incapacidad que precisan de nuestra protección y conocimiento. Ser iguales es tan difícil que deberíamos conformarnos con ser equivalentes.

bonus track

Algunos artículos no publicados por urgencias mayores

en el ‘pele police’ del pueblo

Por fin justicia: mientras Alí Babá viaja en alfombra mágica y el presidente Martinelli anda más que feliz en los zapatos del pueblo (esos que una vez usurpados son como un certificado para hacer lo que se quiera), el pueblo se ha armado de *pele police*³² para cuidar sus intereses y no dejar que le roben o que lo estafen.

Las primeras jornadas del *pele police popular* han sido de lo más reveladoras y han regado de justicia las calles del país. Los retenes populares, instalados estratégicamente frente a la Asamblea Nacional, en la Calle B, en el peaje del Corredor Sur de acceso a Costa del Este y junto a alguno de los restaurantes más político-faranduleros de la capital, cuentan con la herramienta tecnológica y van armados con la Constitución de la República –para refrescar legalmente a los detenidos- y con libros de historia –para despertar del olvido a los desmemoriados-.

Ayer mismo, sin ir más lejos, fueron retenidos tres ex presidentes a los que, al introducir su nombre en el *pele police* les salieron casos de corrupción que costaron a las arcas del estado varias decenas de millones de dólares y por los que nadie pagó nunca. Los apellidos de los *supuestos* eran Moscoso, Pérez Balladares y Torrijos. La prueba de la alcoholemia les salió negativa a los tres pero ninguno superó el *eticómetro* –sophisticado aparato de origen secreto que logra determinar el porcentaje de ética en la sangre de los infractores-.

En la subestación de El Chorrillo ya no caben los diputados que al ser sometidos al *pele police popular* tenían cuentas pendientes con el Estado, casos de corrupción por todo el territorio nacional y falsedad en testimonio público reiterada. Los retenidos serán condenados, sin excepción, a vivir en Curundú Sin Rehabilitar por periodos que oscilan entre 2 y 4 años, sin contacto con el exterior ni prebendas.

Hay información no confirmada que indica que también cayeron en el retén de Calle B: Alejandro Garuz, al que le aparecieron contactos no confesados durante su gestión al frente del SPI e

³² El *pele police* es un dispositivo electrónico con el que la Policía de Panamá comprueba los antecedentes de los ciudadanos. Ha supuesto casos de abuso de autoridad y maltrato.

incapacidad contra el crimen en el viceministerio de Seguridad Pública; José Raúl Mulino, por injurias y calumnias contra la sociedad civil y los trabajadores y por contratar asesores de dudoso proceder sin dimitir cuando éstos son descubiertos; Roxana Méndez, por pasar de cargo en cargo sin llegar a ejercerlos; Balbina Herrera, por oportunismo político y incapacidad manifiesta, y Juan Carlos Navarro, por hacerse el “Loco” ante los problemas de la ciudad en la que no gobernó por 10 años.

Los agentes del retén popular del Corredor Sur tiene problemas serios ya que al introducir en el aparatejo el nombre de un ciudadano homónimo del presidente de la República, pero que jura ser solo dueño de un supermercado grandotote, la lista de delitos contra la Nación ocupaba seis pantallas: venta del suelo patrio a intereses extranjeros, persecución de los movimientos sindicales, mentiras públicas –en las televisoras de “pacotilla”-, desprecio de la organizaciones críticas, contratos directos sin justificación “notoria”... El *pele police* se ha colapsado y ha debido enviarse a la casa matriz para ser reiniciado. Mientras, el ciudadano en cuestión está siendo custodiado por vecinos de Las Garzas de Pacora quienes le encuentran un parecido sospechoso con un Papá Noel que pasó en vuelo rasante por la barriada en periodo electoral.

Las autoridades de la Autoridad Popular del Tránsito de Delincuentes contra la Nación están evaluando suspender la aplicación de la maquinita ante la crisis nacional que se avecina ya que tanto los vecinos de Curundú como los de Pacora consideran injusto que se utilicen sus residencias como “contenedores” de alta seguridad. Los detenidos se quejan de la persecución y los agentes buscan espejos para regalárselos.

Sorprendentemente, Bosco Vallarino, que enfrentó el *pele police* en un retén sorpresa de la Cinta Costera, salió libre ya que no había registro alguno que indicara actividad: de ningún tipo...

el respeto a los muertos

Yo no sé por qué o cómo o quién mató a Javier Justiniani, pero sé que toda muerte es un drama familiar y una luz menos en la Humanidad. En el caso de Justiniani es mayor la tragedia porque era un activista en varias causas, polémico, sin miedo, frentero... No lo conocía mucho ni era amigo suyo, pero su asesinato me dolió, como me duele el de cada panameño, coreano o palestino sobre la faz de este planeta, como me dolió el asesinato a mano de paramilitares de un activista finlandés y de una activista mexicana³³ el pasado martes.

No puedo y no quiero hacer un panegírico de Javier Justiniani ni justificar lo que no hay que justificar. Lo que quiero es denunciar la insensibilidad, la torpeza y la brutalidad del Ministro de Gobierno y Justicia, José Raúl Mulino, quien nos tiene acostumbrados a sus salidas de tono. Este ser, por denominarlo de algún modo, se dedicó a ensuciar la imagen de Justiniani en las primeras horas tras el asesinato del presidente de la Fundación de Apoyo al detenido. Con el cadáver caliente, el ministro de Estado habló como vulgar resentimiento, con sospechosa inquina. En cualquier serie de investigadores, ahora todas las sospechas apuntarían a él.

El pasado 10 de abril, Justiniani escribía una carta abierta al Gobierno en el que denunciaba persecución por parte de altos funcionarios: “En tan solo diez meses de este Gobierno me han largado de la Presidencia, el dinero de mi banda se lo han dado a un tercero por el solo hecho de que no lleve mi nombre, me han encarcelado ilegal e injustamente, han penetrado mis actividades personales, profesionales y gremiales diciendo que por orden del Presidente donde este Javier Enrique Justiniani González, Cédula 8-326-615, todo esta bloqueado y de verdad que todo me lo han bloqueado, intentan despojarme de todo, poniendo en riesgo la seguridad de mi familia y de mis colaboradores, que dependen de mi trabajo, y su familia”. En la misiva, Justiniani responsabilizaba de esta persecución a Mulino y a otros dos funcionarios. Y concluía: “Estimado Señor Ricardo Martinelli, presidente de la República, de

³³ El 27 de abril de 2010, un grupo paramilitar atacó una caravana humanitaria en México y mató a Bety Cariño y a Jyri Jaakkola. El 29 de abril, Javier Justiniani fue asesinado a tiros por un sicario en su propia oficina.

la manera más humilde le pido que por favor esta persecución cese, y le digo que cese porque es cobarde, es injusta y es desigual”

Por eso parece tan sorprendente esta reacción violenta del ministro insinuando que la muerte del abogado es culpa de si mismo. No fueron a robarle, no fue una casualidad, era un sicario que hizo un trabajo rápido y efectivo.

Cabe preguntarse qué hubiera ocurrido si hubieran asesinado al directivo de alguna fundación más “noble”. Quiero decir, Justiniani siempre trabajó con excluidos: presos, miembros de las bandas independientes, muchachos de barrio pobre. Su muerte es tan grave que genera terror pensar que haya sido por causas políticas o por razón de su trabajo como defensor de derechos humanos. Su muerte se debe aclarar y pronto porque ocurre en un punto álgido del acoso a la sociedad civil organizada y Justiniani era eso, miembro activo de la sociedad civil organizada y más vulnerable.

Creo que la solidaridad del resto de organizaciones se debe sentir, que en el Foro de la Sociedad Civil que se celebra hoy en la Arquidiócesis de Panamá debe haber un homenaje sentido a una persona imperfecta como todas pero valerosa como pocas.

El trabajo a favor de los más excluidos no es amable y la única recompensa posible es que haya cambios reales en esta sociedad, que cada vez seamos más activos, más solidarios, que no veamos el asesinato del otro como un problema ajeno ni las desdichas del enemigo como motivo de fiesta. Es el momento de integrar fuerzas y pensar en el bien del país (no solo en el bienestar particular).

Como me recuerdan muchos lectores molestos con mis columnas, solo protestar es una actitud cómoda y poco constructiva. Actuar es obligación cuando los espacios de libertad se coartan día a día y los que ejercen el poder creen que, además, son dueños de la razón. El ministro de Gobierno debe recapacitar, algunos de sus compañeros y compañeras, también.

los vendedores de pensamientos

Hay dos tozudas verdades que voy a revelar hoy a la humanidad. Apunten pues. Primera: la estupidez no conoce límites ni distingue a sus víctimas. La segunda: cuando el poder quiere reprimir es tan insistente como torpe (aunque no siempre, y ahí es cuando se torna peligroso). Hay acontecimientos que logran resumir estas dos revelaciones.

La semana pasada vivimos uno de ellos. Las autoridades decidieron que las pancartas puestas en algunos balcones del Casco Viejo defendiendo el patrimonio eran un atentado contra el mismo. Por supuesto que los responsables de la Oficina del Casco Antiguo, de la Dirección de Patrimonio o del Instituto Nacional de Cultura no ven cada día al llegar a su trabajo el basurero en el que está convertido este Patrimonio de la Humanidad (en peligro) ni miden los 20 centímetros de pared original que los ¿restauradores? del Hotel Nacional han dejado en pie ni consideran un hecho especulativo la acumulación de propiedades que no son restauradas sino engordadas, ni les parece discrecional ni perjudicial que el Ministerio de Gobierno y Justicia cierre las calles que lo rodean cuando se le antoja, ni que el Ministerio de la Presidencia cerrara en abril de 2009 las puertas que, en teoría, ponen coto a los manifestantes y que no las haya vuelto a abrir restringiendo la libre circulación por dos calles céntricas del barrio, ni sienten amenazante a la Cinta Costera que roza ya con sus palas y camiones el barrio histórico, ni se les ocurre reparar los huecos en las calles, ni consideran un atentado estético los tinacos de garaje mecánico que instala la OCA y la Dimaud para que se pueda poner la basura a su alrededor (dentro solo caben las dos primeras bolsas), ni se les ocurre darle un buen servicio a los turistas, ni les parece agresiva la actitud de los *men in black* del SPI (que provocan temor a cualquier fulo con shorts y terror a cualquier negro del barrio), ni son capaces de terminar las sempiternas restauraciones de la Iglesia de Santo Domingo y de La Compañía que heredaron de la paquidérmica administración anterior, ni les parece vergonzoso que el primer violador de las normas de estacionamiento sea el Ministerio de Gobierno y Justicia que gusta de sembrar carros a su alrededor en varias filas, ni tienen planes para apoyar y consolidar a la población “pobre” que se resiste a la diáspora que imponen las inmobiliarias y dueños de edificios, ni...

La lista podría ser mucho más larga, pero es cierto que lo grave del Casco es que algunos vecinos y empresarios hayan puesto carteles reclamando el respeto del Patrimonio. ¿Cómo se les ocurre? ¿Desde cuándo ese es un asunto de los ciudadanos si para eso ya están las autoridades? Por eso, cuando varios de estos antisociales fueron citados por la Corregiduría de Policía y se presentaron a las ‘elegantes’ oficinas, el funcionario de turno hizo malabares para encontrar razones a la sinrazón. Primero trató de multarlos en base a la reglamentación municipal de vallas publicitarias (es una buena noticia saber que existe). Cuando los peligrosos ciudadanos argumentaron que lo suyo era el ejercicio de la libertad de expresión y no una publicidad comercial el triste bufón de escritorio argumentó durante un largo rato para demostrarles que los autores de tan agresivo acto de rebeldía no eran más que “Vendedores de pensamientos”.

A este funcionario hay que promocionarlo, debe pasar al Departamento de Discursos y Patrañas que debe tener todo Ministerio de la Presidencia que se precie. ¡Qué verbo!, ¡qué lírica!, ¡qué comprensión de la sociedad del consumo donde todo se compra y se vende!, ¡qué hermosa metáfora coincidente con la semana de la Poesía!, ¡Genio! No voy a develar su nombre porque la fama repentina podría abrumarlo, pero desde esta humilde columna me declaro un mero aprendiz del funcionario poeta. ¡Yo también quiero ser vendedor de pensamientos! Claro... y comprador de anhelos, compositor de bondades, tejedor de felicidad y consumidor de pasiones. Pero, querido funcionario, de momento lo que puedo ser es un ciudadano que exige sus derechos y no deja que el torpe poder que usted representa se la monte.

Ahora deberían florecer pancartas en todos los balcones de la ciudad, a modo de desobediencia civil ante este poder en el que cualquier funcionario se cree dueño de un supermercado. El derecho a la libre expresión no lo concede nadie, nos lo tomamos. Lo siento poeta.

índice de artículos

2007

encuentro de política (i) realidad	09
del hambre a la invisibilidad	12
el miedo a los gurús	15
‘Houston, tenemos un problema’	17
ogros en cuento de hadas del Canal	20
el paraíso necesita libros	23
la finca de los capitalinos	25
maquillaje tercermundista	27
los más tontos del paseo	29
¿quién nos protege de la seguridad?	31
la ociosa caridad de las élites	34
bienvenidos a la ruta por descubrir	37
el obsceno olvido	39
¡cuidado con los abstemios!	42
el pueblo es una amenaza	45
la excusa indígena	47
pequeña y controlada oda a la patria	50
alergia a los huelguistas	53
los ‘enemigos públicos’ de la infancia	55

2008

demonios y angelitos	59
el desayuno del abandono	61
carnaval púrpura	63
las carpas de la lucidez	66
el héroe es el villano	69
digamos que hoy no es martes	72
¡repartan el botín!	75
invierno, encrucijadas y delirios	78
breve manual para fumadores aislados	81
la dignidad de Macario	84
el juego de las apariencias	87
quiero ser presidente	90
la sobrevaloración de la esperanza	93
qué miedo da el miedo	95
la (i) responsabilidad de la Anam	97
la hora de los pobres	100
carta inútil a los candidatos	103
me rindo ante su verdad	106
latin american evil	109
la violencia de los sumisos	112
exijo una disculpa pública	115
adelantemos el fin de año	118
elogio a la política	121
fechas secuestradas	123
de buenos propósitos	125

2009

la desgracia democrática	129
no quiero cumplir los 15	131
gente-pensante-que-siente	133
yo nos acuso	135
palabras asesinas	137
carta al pueblo Naso	139
el tonto sueño de un caminante	141
el absurdo cotidiano	143
ese fugaz momento	145
¡viva la pobreza!	147
toma de posición	149
el miedo al pescado	151
la cáscara y la pulpa	153
el paraíso vacuo	155
el espejo patriarcal	157
el odio a los ñángaras	159
verdades e incomodidad	161
irresponsable indiferencia	163
vamos a contar mentiras	165
la hipoteca inconsulta	167
utopías para la supervivencia	169

2010

las identidades excluyentes	173
fujimori y su manía de reencarnar	175
¡adios Unicef!	177
entre violencias	179
el planeta a deshora	181
un mal negocio para panamá	183
si gana el miedo, perdemos todos	185
las tercas cicatrices de la historia	187
la mala educación	189
super p-99 y la licencia para matar	191
la sangre mancha el alma	193
de lo hermoso y lo grotesco	195
Bocas somos todos	197
pobres habitando la desigualdad	199
el arrepentimiento y la baba de caracol	201
la banca de la sabiduría	203

bonus track

en el <i>pele police</i> del pueblo	207
el respeto a los muertos	209
los vendedores de pensamientos	211

